



KYLIE BRANT

Extraños
al calor de
la noche

eLit

elit

EXTRAÑOS AL CALOR DE LA NOCHE
KYLIE BRANT

 HARLEQUIN™

Índice

[Extraños al calor de la noche](#)

[Sinopsis](#)

[Acerca de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Una mujer sin pasado... un hombre que era algo más que un desconocido.

No sabía cómo se llamaba, no sabía de dónde era. **Rianna Kingsley** sólo sabía que sus conocimientos de artes marciales y técnicas asesinas estaban muy por encima de lo que sabía una persona normal.

Todos los hombres que habían intentado asesinarla tenían algo en común: un tatuaje de un caballo alado exacto al que ella tenía en el tobillo. ¿Qué significaría?

Era muy peligroso para Rianna compartir nada con nadie, especialmente con el hombre al que habían contratado para matarla. Pero no podía resistirse a la tentación de sus brazos... o de su cama. ¿Habría entre ellos una historia de pasión... o de muerte?

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Kimberly Bahnsen
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Extraños al calor de la noche, n.º 189 - junio 2018
Título original: The Business of Strangers
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-234-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Acerca de la autora

Kylie Brant vive con su marido y sus hijos. Además de ser escritora, esta madre de cinco hijos trabaja la jornada completa enseñando a niños discapacitados. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a su papel de espectadora profesional de los acontecimientos deportivos en los que participan sus hijos.

Lectora voraz, disfruta de las historias de amor, misterio y suspense, e insiste en los finales felices. Sostiene que para escribir se inspira en los maravillosos autores que ha leído durante años. La mayor parte de los fines de semana y durante los veranos, se la puede encontrar frente al ordenador, tejiendo historias de amor con finales siempre felices.

Prólogo

Las aguas esmeraldas del Atlántico lamían perezosamente las playas de Santo Cristo. La sencillez de la nana susurrada por el flujo y reflujo de las olas era engañosa, porque aquel movimiento constante llevaba la vida o la muerte a la miríada de criaturas que dependían del mar para sobrevivir. Cada golpe de ola terminaba con la existencia de alguna criatura. Cada nuevo reflujo hacia el mar daba vida a otras.

Y a la mujer del traje empapado, el mar le daba ambas cosas.

Su cuerpo inconsciente rodó sobre las olas hasta alcanzar la orilla y fue depositado en la arena mientras las aguas continuaban atentas a sus mareas y a sus ciclos lunares. Aquella mujer había sobrevivido a todos los peligros del mar y éste le había proporcionado al fin un lugar en el que descansar. Los depredadores marinos no se habían fijado en aquel cuerpo vestido de negro.

Quizá supieran que los humanos ya habían hecho su trabajo.

Aquella mujer podría haber muerto allí, con el rostro presionado sobre la arena y los pulmones llenos de agua salada. Pero el amanecer se había extendido ya desde las montañas y comenzaba a pintar el horizonte. Y también una isla habitada con gentes inquietas y madrugadoras, ansiosas por sacudirse el manto de oscuridad que cada vez presagiaba más sombrías amenazas.

Habría sido fácil perder el conocimiento si no hubiera sido por el ruido constante que la rodeaba.

Una voz. Al final identificó el sonido, aunque no las palabras. Tardó algún tiempo en reconocer la lengua, era castellano, y la voz era la de una mujer. No podía explicar por qué ambos datos aliviaron

su miedo.

—Despierta, Ángel. No me he tomado la molestia de salvarte para que ahora te pases la vida durmiendo. Despierta y háblame.

La oscuridad la rodeaba con la promesa de arrastrarla de nuevo a la dulce inconsciencia. Pero alguien la hizo volverse y tumbarse boca abajo; el dolor la atravesó arrancando un gemido gutural de su garganta.

—Lo siento mucho —dijo alguien en español.

No registró la disculpa, y tampoco la deliberada delicadeza de aquellas manos. El dolor le corroía los músculos, los tendones, los huesos.

—Te llamo Ángel porque estoy segura de que Dios te sonríe —le pusieron un paño húmedo en la frente—. ¿Cómo si no habrías sobrevivido a dos tiros en la espalda y a una de las peores tormentas del verano en el mar?

¿Tiros? ¿Mar? Esperó, pero aquellas palabras no evocaban ningún recuerdo y el miedo comenzó a convertirse en pánico.

—Debías estar en un yate. ¿Estabas buceando?

Cuando mi hija y yo te hemos encontrado en la playa, llevabas un traje de neopreno. He tenido que cortarlo para curarte las heridas.

Traje de neopreno. Buceo. Comprendía las palabras. Esperó a que se produjera alguna asociación mental. Pero nada. El pánico emergió en medio de su agonía.

—No puedo hacer mucho contra el dolor, lo siento. Cuando estés bien, te llevaré al médico. Y él podrá llevarte a la policía.

—No —Ángel se incorporó en la cama para aferrarse a la mano de su rescatadora con una fuerza sorprendente—. No, al médico no. Y tampoco a la policía.

Luz frunció el ceño.

—Yo ya no puedo hacer más de lo que he hecho.

Afortunadamente para ti, soy auxiliar de enfermería. Pero las tuyas son las primeras balas que he quitado en mi vida y no tengo nada para evitar una posible infección.

—No se lo digas a nadie.

—Pero esto tengo que denunciarlo. No puedo... —se interrumpió cuando vio que la mujer a la que había llamado Ángel cerraba los ojos como si le faltaran las fuerzas.

—¿Está muerta, mamá? —preguntó María, su hija de ocho años, mirando a la desconocida con los ojos como platos.

—No —todavía no.

Luz fijó la mirada en la mujer inconsciente que yacía en la cama. La lógica le decía que fuera a pedir ayuda en cuanto se atreviera a dejar sola a su paciente. La semana anterior, la guerrilla había derrocado al gobierno de Puerto de Ponce, a menos de treinta kilómetros de allí. Con la cantidad de refugiados que habían entrado en todo el país, estaba casi convencida de que Ángel era uno de ellos.

Aunque... su fisonomía era caucasiana y no había llegado por la frontera. ¿Y cómo podía Luz hacerla volver a un país destrozado cuando había estado tan cerca de la muerte?

Luz deslizó el brazo por los hombros de su hija y la estrechó contra ella. Podía esperar un poco más. El tiempo suficiente para que Ángel le diera algunas respuestas.

Los días fueron pasando y Ángel estaba cada vez más fuerte. Insistía en ir caminando a la playa cada noche para ir recuperando las fuerzas. Con ayuda de Luz, se cortó el pelo con el mismo estilo que la primera. Ambas eran suficientemente parecidas en altura y peso como para ser confundidas en la oscuridad, sobre todo porque Ángel vestía la ropa de Luz. Pero no parecía ser importante. Ángel nunca veía a nadie por los alrededores.

Empezó a identificarse con ese nombre, aunque seguía indagando

en las profundidades de su mente intentando, sin éxito, obtener alguna información sobre sí misma. Hablaba en castellano con Luz y el japonés, el árabe, el francés y el alemán le resultaban también fáciles, pero pensaba en inglés.

Estaba prácticamente segura de que era americana. No tenía ningún acento reconocible, pero eso era algo que se podía erradicar. Tenía información sobre acontecimientos recientes de numerosos países, pero lo que más dominaba era la cultura popular americana.

El espejo le decía que debía de tener aproximadamente la misma edad que Luz, unos veinticuatro años. Pero no reconocía a aquella mujer de pelo castaño y ojos dorados. Tenía la nariz recta y una boca pequeña de labios llenos. Al margen de sus heridas, estaba en una forma física excelente. No había identificado ninguna marca en su cuerpo, excepto un caballo alado tatuado en el tobillo izquierdo. Era pequeño, no medía más de cuatro centímetros, pero era un detalle significativo. ¿Aquel símbolo habría significado algo para ella en otro momento o sería el producto de una borrachera?

La respuesta a aquella pregunta la eludía, al igual que las otras muchas que se hacía a sí misma, como aquella sobre la instintiva necesidad de mentir a la mujer que le había salvado la vida. Había conseguido que Luz le prometiera mantenerla en su casa en secreto tejiendo una intrincada historia sobre poder, corrupción y un marido rico y viejo que ponía un celo especial en resguardar su reputación como político. Luz no había cuestionado su negativa a acudir a la policía, de la misma forma que no había hecho ninguna pregunta sobre el hecho de que Ángel tuviera tanta información sobre los dos países en los que se dividía aquella isla. De hecho, era capaz de recordar los nombres de todos los miembros de alto rango de los gobiernos isleños.

Lo que no podía recordar era su nombre. Cuando llegaba a su propia historia, era como si una esponja le hubiera limpiado la

mente. No podía acordarse de nada. Ni nombres, ni países, ni familia. No tenía la menor idea de quién era, ni de quién quería matarla o por qué.

De lo único que podía estar segura era de que sus enemigos todavía estaban en alguna parte. Y de que si tenían la más mínima sospecha de que todavía estaba viva, regresarían para terminar el trabajo.

Ángel caminaba por el interior de la casa intentando medir sus propias fuerzas. Luz y su hija habían salido y pensaban estar varias horas fuera. Iban a pasar el día en la playa. Luz trabajaba en uno de los complejos turísticos situados cerca de Ciudad de Playa y sus dos semanas de vacaciones estaban a punto de terminar. Regresaría entonces a trabajar durante otros dos meses mientras María se quedaba con sus abuelos.

La noche comenzaba a caer. Ángel encendió las velas. Madre e hija vivían con extremada sencillez, carecían de luz y de agua corriente. El tejado era de paja y las paredes de la casa de estuco. A pocos kilómetros de allí, los lujosos hoteles en los que Luz trabajaba ofrecían todo tipo de servicios, pero su casa bordeaba la miseria.

Ángel cruzó la puerta y salió al exterior. Podía oír las olas lamiendo la orilla. A pesar de su sencillez, aquel lugar era idílico.

Permaneció durante largo rato contemplando la luz de la luna en la oscuridad. A lo mejor Luz había ido a visitar a sus padres y se había quedado en su casa más tiempo del que esperaba. En cualquier caso, si iba a dar su paseo nocturno, cuando regresara a casa seguramente también habrían vuelto ellas.

Comenzó a caminar con paso enérgico, decidida a cubrir más distancia que la noche anterior. Pero no tardaron en asaltarla las mismas preguntas que dominaban habitualmente sus pensamientos.

¿Quién había intentado matarla? ¿Un marido? ¿Un amante?

¿Habría sido un desconocido o alguien en quien ella confiaba? Había visto el traje de neopreno que Luz había cortado. No era de los que proporcionaban en los hoteles de la costa. El material era demasiado caro. Debajo de aquel traje, sólo llevaba un traje de baño. Un traje de baño como cualquier otro, aunque era obvia su gran calidad. Y tampoco tenía ningún tipo de identificación. Ni marcas ni etiquetas de ninguna clase.

Ángel se obligó a correr. Las balas que Luz le había sacado de la espalda eran de un cartucho de nueve milímetros. La propia Ángel encontraba su capacidad para reconocerlo un tanto escalofriante.

Sabía de armas. Sus pies desnudos golpeaban la arena de la playa mientras corría. Intentar recordar el más mínimo detalle personal terminaba provocándole terribles dolores de cabeza, pero había datos como aquel sobre los que no necesitaba indagar.

Necesitaría ir a algún lugar en el que pudiera investigar sobre su amnesia, pero no podía ser un hospital. Su rechazo ante aquella posibilidad era superior al que le provocaba la idea de tener relación con la policía local. Y mientras no le funcionara la memoria, tendría que confiar en su intuición.

Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la casa. Había ido más lejos de lo que esperaba.

Después del cansancio inicial, su cuerpo se había recuperado con renovadas energías. Comenzaba a encontrarse suficientemente bien como para abandonar la isla. Pero no estaba segura de cuál podría ser su destino.

Distinguió la cabaña en la distancia, envuelta en sombras. Sintió un cosquilleo en la nuca. El instinto la obligó a detenerse incluso antes de que su cerebro le indicara por qué.

La casa estaba a oscuras.

Las velas que había dejado encendidas deberían estar

parpadeando en su interior, permitiéndole ver las ventanas. Era posible que la brisa hubiera apagado alguna, pero no todas ellas.

Escrutó la zona con la mirada, pero no vio nada. Aun así, decidió adentrarse en la selva y buscar algo que pudiera utilizar como arma.

Sus opciones eran limitadas.

Se conformó con una rama que encontró en el suelo, a la que desnudó de hojas. Quizá se estuviera alarmando por nada, pero la ausencia de Luz y de la niña no presagiaba nada bueno.

Bajó la mirada y se quedó helada. Distinguió dos surcos en la arena que se adentraban en la jungla. La adrenalina corría por su cuerpo. Alzó la rama, preparada para blandirla mientras seguía aquellas marcas. Se detuvo sin atreverse apenas a respirar y apartó unas hojas para revelar un cadáver.

La bilis se agolpaba en su garganta; el olor a muerte impregnaba el aire. Luz tenía los ojos abiertos y la herida que tenía en su garganta recordaba a una sonrisa odiosa.

¡No! Con aquella vehemente negación, Ángel parecía querer protegerse de la realidad. Fue la emoción, más que la lógica, lo que le hizo arrodillarse en el suelo y buscar un pulso que en realidad ya sabía ausente.

Luz había muerto por su culpa.

La culpa la invadía... Si el mar no la hubiera depositado en aquella franja de playa, Luz todavía estaría viva. María continuaría teniendo a su madre.

Al pensar en María se quedó sin respiración. ¿Dónde estaba la niña? ¿Habría sufrido el mismo destino que su madre o habría huido?

Rezó para que hubiera escapado, pero no tenía tiempo de ir a buscarla. Tenía que concentrarse en sobrevivir. Quienquiera que fuera el asesino, no iba a poder llevarse otra víctima aquella noche.

Ángel rodeó la casa desde el escondite que le proporcionaba la selva y se preguntó durante cuánto tiempo esperaría el asesino en su interior. Porque estaba allí, seguro. Y su única esperanza de atraparla era emboscarla desde dentro.

La idea le resultaba tan aterradora que ni siquiera se cuestionó la facilidad con la que era capaz de situarse en la mente del asesino. En lo único en lo que pensaba era en deshacerse de él antes de que pudiera atacar otra vez.

Tendría que avanzar en diagonal hacia la cabaña para llegar a una de las esquinas; aquel era el único punto ciego. Sin soltar la rama, fue avanzando centímetro a centímetro hasta detenerse debajo de una de las ventanas.

Los minutos transcurrían lentamente. Se oyó un ligero sonido; a continuación, una sombra cruzó la ventana. Ángel confirmó sus sospechas, estaba en el interior de la casa. De modo que necesitaba sacarlo de allí.

Si llevaba solamente un cuchillo, tendría una oportunidad. De una pistola le resultaría mucho más difícil defenderse. En cualquier caso, el elemento sorpresa sería el arma más efectiva. Si conseguía desarmarlo, sería capaz de neutralizarlo en un combate cuerpo a cuerpo.

El automatismo de aquel pensamiento la hizo detenerse; una parte distante de ella era consciente de la naturalidad con la que había urdido el plan para atacar a aquel hombre, para matarlo quizá. La impresionó aquella visión fugaz de su personalidad. De lo que quizá había sido. Pero la otra parte de ella continuaba serena y concentrada. Y absolutamente decidida a seguir viva.

Escuchó con atención. Al no oír nada, tomó un puñado de arena húmeda y la arrojó al tejado. Repitió el gesto varias veces y a continuación rodeó la esquina y fue deslizándose a lo largo de la

pared para poder asomarse al interior de la casa.

Una silueta negra se alzó frente a una de las ventanas. Era unos quince centímetros más alta que ella, estimó. Y la hoja de su navaja resplandecía en la oscuridad.

Se la envainó en la cintura antes de comenzar a salir por la ventana. Ángel imaginó que su intención era subirse al tejado y averiguar los planes de la persona que se había subido a él.

Pero no había nadie en el tejado.

Ángel se movió rápidamente; comenzó a correr blandiendo la rama y le golpeó con ella en las rodillas justo en el momento en el que se estaba volviendo hacia ella, haciéndole caer del alféizar de la ventana. El siguiente golpe se lo dio en la muñeca. Quería debilitársela antes de que pudiera sacar la navaja. Pero aunque consiguió su objetivo, un segundo después, el asesino estaba incorporándose con destreza. Blandió el arma con la otra mano y sonrió.

—¿Disfrutaste del baño de la otra noche? Esperaba que los tiburones acabaran contigo, pero siempre has tenido una suerte endemoniada.

Era americano, Ángel estaba prácticamente segura. Pero apenas tuvo tiempo de pensar en ello. El hombre le hizo una finta e intentó atacarla con la navaja, pero Ángel rechazó sus tentativas con la rama. En vez de retroceder, fue acercándose cada vez más a él hasta acorralarlo contra la casa, de manera que pudiera controlar sus movimientos. Pero él no iba a dejarse atrapar tan fácilmente. Se abalanzó hacia ella con la navaja y consiguió herirla en el hombro.

Un dolor intenso la atravesó mientras le golpeaba en el brazo con la rama. Oyó el sonido del hueso al romperse. La navaja cayó al suelo y ella la alejó de una patada. Con aquella herida, había igualado de alguna manera las condiciones de su oponente, pero no se engañaba

pensando que todo había terminado.

Aquella iba a ser una batalla a muerte.

Como en reconocimiento a esa idea, el asesino le dio una patada letal en el nervio femoral. Ángel giró sobre sí misma, agarró la rama con ambas manos y la estrelló contra sus genitales. Él agarró la rama y la movió con fuerza para hacerle perder a Ángel el equilibrio. Se abalanzó sobre ella, la hizo girar y presionó la rama contra su cuello, amenazando con ahogarla.

—Por cierto, Sammy te envía recuerdos —su voz era un susurro envenenado.

Ángel cerró el puño y le golpeó varias veces el hueso roto del brazo.

Después, le clavó el codo en el plexo solar y por fin sintió que disminuía la fuerza con la que sujetaba la rama.

Él le dio un golpe en la cadera que la tiró al suelo. Ángel giró, le dio una patada en el rostro y corrió hacia la navaja.

Sintió entonces su mano en el cuello, sin duda alguna intentando rompérselo para poner definitivamente fin a la pelea. Ángel alzó la navaja y se la clavó en el corazón.

Por un instante, su oponente tensó la mano y abrió los ojos tras la máscara con la que ocultaba su rostro. Después, relajó los hombros y la soltó. Ángel lo empujó y al distinguir la sangre en la oscuridad, se arrodilló a su lado.

—¿Quién eres? ¿Quién es Sammy? —le preguntó— —Él... mandará a otro de los nuestros... Y morirás... Traidora, hija de...

—¿Quién soy? —lo agarró por los hombros y lo sacudió violentamente.

Pero sus esfuerzos fueron en vano. El cuerpo quedó completamente flácido; los ojos del cadáver parecían burlarse de ella más allá de la muerte.

Ángel se levantó y entró tambaleándose en la casa, consciente del dolor en el hombro.

Una vez en el interior, humedeció una toalla y se limpió la herida. Después encendió una vela. Regresó a donde estaba el cadáver, se arrodilló y le quitó la máscara.

Ángel esperaba reconocer algo en aquel rostro, pero no le decía nada. Era un hombre rubio, de mandíbula cuadrada y ojos azules. Y sus palabras indicaban que la conocía. Hasta entonces había pensado que si pudiera ver algo o a alguien que le resultara familiar, despertarían los recuerdos, pero su mente continuaba en blanco.

Buscó en los bolsillos del cadáver, pero no encontró nada, salvo la funda vacía de la navaja que llevaba atada a la cintura, al lado de un bolsito estrecho de unos veinte centímetros de largo.

Se lo quitó también y lo vació. Dentro encontró un fajo de billetes, un ampolla con un líquido en su interior y una jeringuilla.

Desnudó al hombre con movimientos rápidos. Iluminándolo con la vela, examinó su cuerpo en busca de alguna marca que pudiera ayudarla a identificarlo.

Y estuvo a punto de perdersela. La sangre de la herida cubría su pecho, mostrando apenas un pedazo de su piel. Ángel utilizó la camisa para quitarle la sangre del pecho y descubrió un pequeño tatuaje.

La sangre comenzó a rugir en sus oídos. Era un caballo alado idéntico al que llevaba ella en el tobillo.

El retumbar de un trueno le recordó que tenía poco tiempo. Por lo poco que aquel desconocido había dicho, era evidente que había otros que trabajaban con él. No tenía manera de saber con cuánto tiempo contaba antes de que la siguieran. Agarró el bolsito, se levantó y se adentró en la selva, esperando encontrar a María.

Llevaba varios minutos llamándola cuando vio salir a la niña de

detrás de un arbusto. El alivio, y una enorme tristeza, la invadió.

—Lo siento. Lo siento mucho, pero ya ha terminado todo —dijo en español mientras la niña se acercaba—. Ven, te llevaré a casa de tus abuelos.

María se negaba a aceptar la mano de Ángel.

—No necesito que me lleves, yo sé el camino.

—Te llevaré para que estés a salvo.

Las lágrimas anegaron los ojos de la niña, pero el veneno de su voz era sorprendentemente adulto.

—¿Tan a salvo como mi madre? ¡Tú tienes la culpa de que esté muerta! —dio media vuelta y salió corriendo hacia la playa.

La respuesta de Ángel fue casi silenciosa.

—Lo sé —contestó.

Capítulo 1

Seis años después...

La sheriff Kingsley hizo un gesto para reclamar la atención de sus ayudantes. A la de tres, el ayudante que tenía frente a ella abrió la puerta activando un explosivo. Después, se echó a un lado mientras la sheriff terminaba de abrirla de una patada. Las cuatro personas que estaban en el interior ya estaban levantándose.

—¡Todo el mundo quieto!

Kingsley entró en la granja seguida de Cook y de Ralston. El interior era un auténtico caos; sus órdenes se fundían con los gritos de los sospechosos. Uno de ellos fue a buscar su arma y la sheriff sacó un rifle y disparó con un movimiento rápido. El hombre se derrumbó contra la pared al tiempo que se llevaba la mano a la herida que tenía en el hombro. Otro estaba intentando salir por la ventana y Kingsley le dejó marchar. Había policías rodeando toda la casa. No iría muy lejos.

—¡Manos arriba! ¡Y que nadie se acerque a esa arma!

Entraron otros tres policías para registrar el resto de la casa. Kingsley apuntaba con el rifle a los dos traficantes de droga que habían atrapado mientras sus ayudantes, Simpson, Cook y Ralston los esposaban. Hasta que no terminaron, no bajó el arma para entregársela a otro de sus ayudantes.

—¿Necesitas ayuda, Ralston? —le preguntó.

El hombre al que Ralston estaba intentando reducir era enorme, debía medir más de dos metros y no parecía dispuesto a colaborar. Habían necesitado dos policías para ponerle las esposas y aun así,

continuaba resistiéndose activamente. Kingsley se acercó a ayudar.

—Ya lo tengo.

El tono hosco de Ralston ya le resultaba familiar, puesto que no había utilizado otro para dirigirse a ella desde que la habían nombrado sheriff seis semanas atrás.

Como parecía que ya había reducido al detenido, Kingsley se puso unos guantes de látex y se acercó a la mesa del café. Entre montones de billetes descansaba una bolsa que contenía lo que parecían pedazos de cristal. Kingsley levantó la bolsa y soltó un silbido.

—Éste puede haber sido un buen golpe.

—¿Qué es? ¿Coca? —preguntó Simpson.

—A mí me parece que es metanfetamina en cristales —Kingsley metió la prueba en una bolsa mientras el hombre herido gruñía:

—No era nuestra. La ha colocado usted ahí. Todos lo testificaremos —miró a sus compañeros en busca de apoyo.

—Será mejor que no aparezcan las huellas de ninguno de vosotros en esa bolsa, genio —replicó la sheriff y les ordenó a sus ayudantes—: Metedlos en los coches. Simpson, en cuanto el médico haya estabilizado a tu detenido, llévalo a urgencias.

Uno a uno, los policías fueron sacando a los hombres esposados. Pero cuando Ralston pasó por delante de Kingsley, aflojó la presión sobre su detenido. El sospechoso aprovechó aquella oportunidad para bajar la cabeza y, con un rápido movimiento, golpear con ella el rostro de Kingsley.

Llegaron dos de sus ayudantes inmediatamente, pero no fueron necesarios. Kingsley había agarrado al detenido por la camisa, lo había tirado al suelo y había apoyado un pie en su cuello para retenerlo. Normalmente, no le resultaba difícil ignorar la actitud de Ralston, pero en aquel momento, su sonrisilla burlona le obligó a decir:

—Meyer, Backstrom, haceos cargo del detenido de Ralston.

Aquella orden provocó un gesto malhumorado del ayudante.

—No es necesario, lo tengo todo bajo control.

—No, lo tengo yo bajo control. Apártate.

Ralston se apartó a regañadientes para dejar que los otros dos policías metieran al sospechoso en el coche. Sólo después de que hubieran salido todos los hombres esposados, Kingsley se volvió hacia él y posó la mano en su hombro.

—Esta vez nadie ha sufrido ningún daño, pero cometiendo errores como ése, puede terminar herido o muerto cualquier otro policía. No dejes que vuelva a suceder.

Ralston giró sobre sus talones con el rostro sonrojado y los ojos entrecerrados.

—¿Eso es lo que los policías de la ciudad consideran un error? Después de leer su informe, yo pensaba que una tortillera como usted habría sido capaz de inmovilizar a toda una banda con una sola mano.

—Si hubiera tenido que encargarme de ellos, una de las primeras cosas que habría hecho habría sido incapacitar completamente a mi oponente. Más o menos así —presionó un dedo en la base de la garganta de Ralston, obligándolo a ponerse de rodillas.

—Me pregunto qué te molestará más ahora, Ralston, si trabajar para una sheriff tortillera o que vaya a darte una patada en el trasero.

Pasaron horas hasta que las detenciones y toda la burocracia que conllevaban hubieron terminado. Había que rellenar informes, etiquetar las pruebas y desviar llamadas telefónicas. Todas esas llamadas eran de Eldon Croat, inspector jefe del condado y primer responsable de que Rian hubiera sustituido al sheriff anterior. En aquel momento no estaba de humor para escucharlo.

La mejilla le palpitaba allí donde el sospechoso la había golpeado

y la creciente hostilidad de Ralston no mejoraba su humor. Aquel hombre había sido una pesadilla desde el momento en el que había asumido aquel trabajo. Ignorarlo no había servido de nada. Dudaba que hubiera mejorado las cosas entre ellos al ridiculizarlo delante de sus compañeros, pero al menos ella había encontrado cierta satisfacción en ello.

Miró el reloj. Eran más de las seis. Guardó el informe que estaba tecleando en el ordenador, se levantó, agarró su bolso y salió. Lo que necesitaba en aquel momento era un buen filete, dos dedos de whisky y disfrutar de ambas cosas en privado. Y eso significaba que tenía que ir más allá de los confines de Tripolo, Alabama. Probablemente incluso salir del condado de Fenton.

Marlyss, la secretaria, alzó la mirada cuando Rianna pasó por delante de ella.

— ¿Ya se va, sheriff?

— Voy a salir un rato. ¿Dónde puedo encontrar la mejor carne cerca de aquí?

Se había enterado ya de que Marlyss se consideraba a sí misma una gran gastronoma. Al parecer, su marido y ella dedicaban los fines de semana a la búsqueda de nuevos restaurantes. Y, a juzgar por el volumen de su contorno, solían tener éxito en la empresa.

— Shakers está a unos diez minutos de aquí, y allí preparan unos filetes bastante decentes. Aunque los fines de semana no es raro que haya incidentes.

— ¿Y fuera del condado?

Marlyss se inclinó hacia delante y abrió un cajón de su escritorio.

— Si quiere ir hasta Phenix o incluso a Columbus, tengo propaganda de algunos restaurantes que le gustarían. Llévesela.

Ria aceptó la propaganda. No iba a rechazar uno de los pocos ofrecimientos sinceramente amistosos que había recibido desde que

estaba allí.

—Lo haré, Marlyss, gracias.

Una vez duchada y cambiada, Ria estaba de humor para conducir. Tras examinar los folletos que le había proporcionado Marlyss, decidió cruzar el río Chattahoochee y llegar hasta Columbus. Después de seis semanas de trabajo, conocía a muy pocas personas en Fenton y en sus alrededores, pero era mucha la gente que la conocía a ella. En Columbus podría disfrutar de cierto anonimato y aquella noche, lo necesitaba.

Paró en el primer lugar que Marlyss había sugerido, pero estaba muy lleno y era demasiado pretencioso para su gusto. El segundo era más de su estilo y, una vez en su interior, se felicitó por su elección. Era un lugar silencioso, las mesas estaban situadas a suficiente distancia como para proporcionar cierta sensación de intimidad y el bar parecía bien surtido.

El servicio era rápido y discreto. En cuestión de minutos, estaba sentada cerca de unos ventanales con vistas al río y ya le habían tomado nota. Mientras saboreaba su primer whisky, tomó mentalmente nota de los ocupantes del restaurante, antes de que su atención se sintiera atraída por un hombre que había detrás de la barra, hablando con el camarero.

Una sacudida de puro deseo chisporroteó en su interior. Sorprendida, observó al hombre con más atención. Había pasado mucho tiempo, demasiado quizá, desde la última vez que había respondido a un hombre a cualquier nivel. Aquél iba vestido con unos pantalones negros y una camisa que llevaba remangada, mostrando sus musculosos antebrazos. Era unos seis centímetros más alto que ella y tenía el pelo negro, lo llevaba peinado hacia atrás, mostrando un rostro bien cincelado, de ángulos marcados. Era un rostro interesante, más que atractivo, y más aún por la cicatriz que lo cruzaba desde la comisura de un ojo hasta la mejilla.

Aunque fue su cuerpo el que le llamó la atención, fueron sus ojos los que la retuvieron. Unos ojos azules como el hielo y una mirada formidable.

Muchos encontrarían difícil sostener aquella mirada. Se volvió hacia ella, sólo un instante, y Ria desvió la mirada. No era una mujer de relaciones largas, nunca lo había sido. Y para atender las demandas de su sexualidad, elegía hombres poco profundos y que fueran de fiar.

Y aquél no parecía responder a ninguno de ambos criterios.

Alzó su vaso e hizo girar el líquido ambarino con expresión pensativa. Aquel día podía ser considerado el de su cumpleaños. Habían pasado seis años desde que había aparecido en las playas de Santo Cristo. Seis años desde que su aparición había supuesto la muerte de otra mujer.

Ria bebió; el whisky le abrasó la garganta. Si no hubiera estado decidida de antemano a descubrir su identidad, la muerte de Luz la habría convencido de que lo hiciera. Era posible que ella se mereciera su destino. Era una posibilidad difícil de contemplar, pero realista. Pero Luz había muerto porque se había desviado de su camino para ayudar a una desconocida y al hacerlo, había privado a su hija de una madre.

Y alguien tendría que pagar por ello.

Después de asegurarse de que María estaba a salvo en casa de sus abuelos, Ria se había alojado en uno de los hoteles más cercanos, le había robado la documentación a una mujer y había volado hasta San Diego. Un sentido innato de la precaución la había hecho tomar desde allí un autobús a Los Ángeles. Tenía motivos para pensar que podían seguirla. Una vez en Los Ángeles, había alquilado una habitación modesta en un barrio más que cuestionable y había dedicado varios días a buscar en los ordenadores del campus de

UCLA.

La camarera llevó un plato de humeante comida a la mesa de al lado y el estómago de Ria respondió con un gruñido de protesta. Cuando la camarera pasó a su lado, alzó su vaso vacío ligeramente. Sonriendo, la camarera asintió y regresó hacia la barra.

Internet era una buena fuente de información para aquellos que sabían lo que estaban buscando. Ria no había conseguido encontrar ninguna información sobre ella misma, pero sí había encontrado páginas en la red en las que se informaba de cómo obtener documentos falsos e incluso se detallaba cómo podía crearse uno su propio pasado. Tras solicitar ambas cosas, Ria había comenzado la verdadera búsqueda.

Quería saber quién quería matarla y por qué.

Sintió un cosquilleo en la nuca, se volvió y vio que el hombre en el que se había fijado se acercaba hacia ella con una botella de Chivas Regal. En silencio, lo observó sentarse en su mesa y acercar la botella a su vaso para llenarlo.

El magnetismo de aquel hombre era incluso más evidente de cerca; sus ojos azules resultaban todavía más convincentes.

—¿Estaba ocupada la camarera? —preguntó Rianna cuando el hombre terminó de servirle.

—No, debería haberle servido ella, pero he decidido traerle yo mismo la copa e invitarla a cenar.

Hablaba con una voz grave y amable, pero Rianna distinguió un toque de acero bajo su superficial encanto. Alzó la mano para llevarse el vaso a los labios sin dejar de mirarlo. Cuando volvió a posarlo en la mesa, le preguntó:

—¿Y si yo solo quiero beber?

—En ese caso, aceptaría su ofrecimiento e incluso se lo agradecería.

Se sentó al tiempo que le hacía un gesto a la camarera para que le llevara otro vaso.

Ria apretó los labios ante aquella evidente manipulación, pero la permitió. Había formas mucho peores de pasar el tiempo que compartir unos minutos hablando con un hombre fascinante. Y quizá incluso llegara a descubrir que no era tan intrigante como parecía.

—¿Es usted el gerente del restaurante o algo parecido?

—El propietario. ¿Es usted turista?

—No, no hace mucho que vivo por aquí —respondió de forma deliberadamente vaga, tanto por costumbre como por una precaución innata.

Había pasado los seis últimos años viviendo bajo una identidad falsa. Una identidad que había elegido cuidadosamente y que soportaría cualquier escrutinio sobre su pasado. Pero procuraba dar la menor información posible.

Mientras la camarera llevaba otro vaso a la mesa, su acompañante la escrutó con la mirada. El color de sus ojos destacaba especialmente por las oscuras pestañas que los rodeaban. Tenía un rostro duro y debía andar por los treinta y cinco años. La mayoría de la gente habría dicho que era la cicatriz la que le daba aquel aire de peligrosidad, pero Ria sabía que no era cierto. El peligro era más profundo.

—No parece de por aquí —hizo girar el whisky en el vaso y le dirigió una sonrisa.

La boca era el mejor de sus rasgos; unos labios llenos y sensuales que contrastaban con los duros ángulos de su rostro.

A Ria se le aceleró el pulso, para su propia sorpresa. Hacía mucho tiempo que no respondía a un hombre con tanta fuerza. De hecho, nunca lo había hecho. Al menos desde cuando podía recordar.

—No tiene ningún acento, aunque la gente de por aquí dice que

son los demás los que hablan con acento.

Eludiendo la pregunta que llevaba implícita aquella declaración, Ria se llevó el vaso a los labios y bebió.

—Usted tampoco tiene acento.

—Eso es porque soy de Nueva York, pero llevo cerca de once años en Georgia. Otros cincuenta años y creo que ya empezaría a considerarme sureño.

Ria sonrió. A ella ya le habían dejado también claro que era una persona de fuera y que probablemente siempre lo sería. Por ella, estupendo. No pretendía quedarse en Alabama para siempre. Sólo el tiempo suficiente para terminar la búsqueda que había iniciado seis años atrás.

—No tiene el aspecto del dueño de un restaurante.

—¿No? —se reclinó en la silla y se acercó el vaso a los labios, como si disfrutara del olor del whisky añejo—. Bueno, quizá sea porque tengo múltiples propiedades. Éste es sólo uno de mis negocios. Y desde hace diez minutos, mi favorito.

Si hubieran sido dichas por otro hombre, aquellas palabras habrían parecido propias de un flirteo. Pero no había en ellas nada que pudiera resultar desenfadado. Aquel hombre no se estaba tomando ninguna molestia en disimular que su interés en ella era puramente sexual. Y aquel reconocimiento la encendió. Una de las cosas que había llegado a aprender sobre sí misma era que no era una mujer que apreciara los juegos.

Jugueteó con la idea de aceptar el reto implícito en la carnal invitación de su mirada. Un encuentro rápido podía ser más efectivo que un whisky y un buen filete a la hora de aliviar la tensión de los últimos días.

Pero inmediatamente rechazó aquella idea. Aunque aquel hombre no pareciera reacio a las aventuras de una noche, había algo en él de

lo que recelaba. Aquel hombre llevaba la complicación estampada en cada centímetro de su cuerpo. Y ella ya tenía suficientes complicaciones.

Se oyó un sonido. El hombre sacó un busca del bolsillo y lo miró con el ceño fruncido.

—Tengo un asunto que atender. ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—Sólo el suficiente para terminar el filete que he pedido.

—Quizá cambie de opinión.

—No lo creo.

Él se levantó.

—Esta noche, la cena corre a cuenta de la casa.

—No es necesario.

—No, pero quizá de esa manera pueda convencerla para que vuelva a visitarnos.

—Quizá.

Aquella palabra salió de sus labios sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Una mirada de satisfacción cruzó el rostro del hombre.

—Hasta entonces.

Ria no se volvió para verlo marcharse, pero una parte de ella estaba deseando hacerlo. Aunque no creía que sus caminos volvieran a cruzarse, fantasear sobre la posibilidad de una próxima vez no le haría ningún daño. Había muy poco espacio en su vida para aquel tipo de sueños. La mayor parte de sus fantasías estaban relacionadas con la muerte o con la venganza.

Aunque el propietario del restaurante había dejado la botella en la mesa, no bebería más una vez terminado aquel vaso. Conocía sus límites y se ceñía escrupulosamente a ellos.

Había soportado una especie de proceso de reeducación. Cada dato que aprendía sobre sí misma era como un premio que podía

unir a otros para ir consiguiendo una sensación de plenitud.

Pero a veces aparecía algún dato que distorsionaba la imagen que se había formado de sí misma. No le había costado nada idear un plan para salir de Santo Cristo. En aquella época, no vacilaba ante nada, ni luchando contra un asesino enmascarado ni asumiendo una nueva identidad.

Aunque no había recuperado ningún recuerdo personal, había muchas cosas que recordaba y esos recuerdos le resultaban molestos. ¿Cuántas víctimas de una amnesia podrían decir que sabían cómo funcionaba un detector de mentiras? Ella confiaba plenamente en su capacidad para hacerlo y había superado con éxito la prueba para su reclutamiento en la academia de policía.

Para Rianna, era algo natural el entrar en un lugar nuevo y examinar a todos los presentes a una velocidad que reflejaba entrenamiento en aquellos menesteres. Le bastaban unas cuantas miradas para saber, por ejemplo, que el camarero que estaba detrás de la barra sería tan hábil utilizando un arma como preparando copas; o que la pareja que estaba sentada en una esquina probablemente mantenía algún tipo de relación extraconyugal. O que el hombre que estaba a su izquierda estaba reuniendo valor para acercarse a ella.

Ria ya no se cuestionaba de dónde procedían aquellas habilidades. Sencillamente, eran herramientas que utilizaba en busca de respuestas. Y aunque tenía pocos motivos para ello, estaba prácticamente segura de que, fuera cual fuera su identidad antes de la fatídica noche en la que había aparecido en Santo Cristo, había estado trabajando fuera de la ley.

Le había resultado difícil asimilarlo. Habría sido más fácil, mucho más fácil, inventar cualquier otra explicación. Había infinitos escenarios en los que una persona podía terminar a punto de morir en las playas de una isla. Pero si a ello se le sumaba su familiaridad

con las armas, algunas formas de combate y las técnicas de asesinato, quedaban muy pocas explicaciones que tuvieran sentido.

O bien era una criminal, o una mercenaria o alguna clase de militar autorizada por el gobierno. Y hacía tiempo que se había resignado a descubrir lo peor.

Intentó apartar de su mente aquellos pensamientos para evitar el dolor que los acompañaba. Apretó los labios con una expresión que debería haber apagado el interés del hombre que estaba a su izquierda y bebió un nuevo trago de whisky.

La carne llegó casi al mismo tiempo que el hombre que estaba a su lado.

—Parece que va a cenar sola —contestó con una sonrisa de anuncio de dentífrico—. Yo también. No es muy divertido, ¿verdad?

—¿Puedo traerle algo más? —preguntó la camarera.

Ignorando al desconocido, Ria le sonrió a la camarera y sacudió la cabeza.

—No, gracias. La carne tiene un aspecto magnífico.

La camarera le dirigió una rápida mirada al hombre y se retiró.

—A ese precio, ya puede. Aquí preparan muy bien la carne, pero no tanto como en Falstead, ¿lo conoce?

—No, y estoy deseando disfrutar de la que sirven aquí —como forma de rechazo, era más educada de lo que le habría gustado.

—Sería más agradable disfrutarla en compañía, ¿no le parece? —le dirigió una sonrisa y se sentó a su lado—. Me llamo Tyler Stodgill, por cierto. He pedido la cena justo después de usted, supongo que estarán a punto de servírmela, así que no hay ningún motivo por el que tengamos que cenar solos.

—Salvo que yo quiero cenar sola.

—Es malo para la digestión. Créame, lo sé. Viajo unos tres o cuatro días a la semana. Soy representante de productos

farmacéuticos —volvió a esbozar una sonrisa radiante—. Visito entre cuarenta y cincuenta médicos al mes.

Ria dejó el tenedor y el cuchillo en la mesa para no ceder a la tentación de clavárselos. No tenía mal aspecto. Era un hombre ligeramente fornido, de pelo rubio, ojos castaños y mandíbula redondeada. Vestía una chaqueta azul marino y una camisa blanca. Y realmente podría haber pasado por un vendedor solitario buscando un poco de compañía. Ria le habría creído si no hubiera sido por su mirada. Aquel hombre tenía una gran concepción de sí mismo y la peor pesadilla para una mujer, sobreestimaba su propio atractivo.

—Mire, he tenido una semana terrible, lo único que me apetece es tomar una copa, cenar y un poco de silencio. No sería buena compañía para nadie.

—Pues cuando Jake se ha sentado aquí, parecía ser la compañía perfecta.

—¿Quién?

—Ya sabe, Jake, el propietario, el tipo con el que ha estado bebiendo.

Jake. Aquel nombre le pegaba.

—Le he dicho básicamente lo mismo que le estoy diciendo a usted —le dirigió una significativa mirada—. Y él lo ha aceptado con más elegancia.

—Sea lo que sea lo que le molesta, yo soy el hombre capaz de hacerle olvidar todos sus problemas.

Estupefacta, Ria sintió la mano de aquel hombre en el muslo, acariciándola provocativamente por debajo de la mesa.

—Me alojo en un hotel que está cerca de aquí. Después de cenar, quizá podríamos...

Fuera lo que fuera lo que iba a decir, se interrumpió y terminó con un grito cuando Ria le agarró los dedos índice y corazón y se los echó

hacia atrás de tal manera que casi podía tocarse el dorso de la mano con ellos.

Ria mantuvo una expresión agradable, pero su tono era letal.

—Tiene que aprender a prestar más atención. No me interesa, ¿ahora lo comprende?

—Me va a romper los dedos —replicó él con los dientes apretados.

—No, todavía no, pero podría.

Stodgill estaba palideciendo. Ria advirtió que se acercaba la camarera.

—Ahora le van a servir la cena. Quiero que pida que se la lleven a otra mesa. A cualquiera en la que no pueda verlo. Si no lo hace, voy a hacerle daño de verdad.

—¡De acuerdo, suélteme!

Ria lo soltó, pero sólo porque la camarera acababa de detenerse frente a la mesa de Stodgill sin saber dónde servirle. Stodgill se recostó contra el respaldo de su asiento, musitando obscenidades. Ria tomó de nuevo los cubiertos.

—Creo que una de las mesas que están al otro lado de la barra se ajustaría mejor a sus necesidades —le aconsejó.

Stodgill se levantó.

—Quiero otra mesa —le dijo en voz alta a la camarera—. Estas vistas no me gustan.

—Pero usted nos pidió una mesa con vistas al río, señor. Ésta es la mejor...

—Maldita sea, ¡he dicho que quiero otra mesa!

Mientras algunos de los clientes contemplaban la escena, Ria vació su vaso de whisky. La botella continuaba allí, convertida en silenciosa tentación. Una tentación a la que no debía sucumbir. No

podía permitirse ninguna debilidad. Un solo desliz podría llevar a un asesino a su puerta. Como el que la había encontrado en Santo Cristo.

O el segundo que la había descubierto en Los Ángeles.

Cortó un pedazo de carne y se lo llevó a la boca, saboreando su sabor. Como mujer que se había enfrentado con frecuencia a la muerte, había aprendido a disfrutar de aquellos pequeños placeres. Ni siquiera después del tiempo pasado era capaz de comprender cómo había conseguido seguirla el segundo asesino desde San Diego a Los Ángeles, aunque sospechaba que habían seguido el rastro de los billetes que le había robado al primero. No llevaba ni dos semanas en Los Ángeles cuando, una noche, se había encontrado al asesino esperándola en su habitación. El segundo asesino había elegido como arma un garrote. La pelea no había durado más de unos minutos y al final, había sido el desconocido el que había muerto sin haber dicho una sola palabra.

Iba vestido exactamente como el que la había encontrado en Santo Cristo y llevaba un bolso idéntico a la cintura, con una ampolla, una jeringuilla y un fajo de billetes. El tatuaje, idéntico al suyo y al del primer asesino, lo llevaba en el hombro derecho.

Después de aquello, antes de volver a volar, Ria había tomado muchas precauciones. Había ido a comprar una cámara fotográfica y algunas otras cosas que necesitaba, aprovechando cada compra para ir cambiando billetes. Antes de abandonar Los Ángeles, le había hecho algunas fotografías al cadáver y a su tatuaje.

Ria dejó de comer carne para saborear las patatas asadas con mantequilla. Prácticamente, podía sentir cómo el colesterol le obstruía las arterias, pero ya gastaría aquellas calorías al día siguiente en el gimnasio. Estar en forma era vital para su trabajo, de la misma forma que parecía haberlo sido para cualquiera que hubiera sido antes su profesión.

Después de abandonar Los Ángeles, se había dirigido hacia el oeste de los Estados Unidos, seleccionando sus destinos al azar para crear confusión. Cuando se quedaba sin dinero, lo robaba con una facilidad que hasta a ella le resultaba desagradable. Había ido a parar a la Universidad de Iowa, donde le había resultado sorprendentemente conseguir documentación. Antes de descubrir su verdadera identidad, tenía que crearse una nueva.

—¿Va a tomar postre? —la camarera regresó con una sonrisa.

—No, pero tomaré un café.

Ria saboreó el café con expresión pensativa, perdida en aquellos recuerdos que comenzaban seis años atrás. En la universidad, se había servido de los ordenadores para buscar cualquier cosa que pudiera conectarla con lo que era ella.

El descubrimiento del cadáver que había dejado en su habitación de Los Ángeles había justificado la aparición de tres breves artículos en el *L.A. Times*. Ella esperaba que las revelaciones sobre la identidad del asesino le proporcionaran alguna pista. Incluso había llamado a la redacción del *Times* en un par de ocasiones para hablar con el periodista que había cubierto la noticia. Proporcionándole algunos detalles, había conseguido despertar en él el suficiente interés como para profundizar en el caso, pero al final había quedado archivado y sin resolver. El único dato de valor que había obtenido era el de que sus huellas dactilares no figuraban en el sistema de identificación. Y quienquiera que fuera el asesino, su muerte había causado tan poco revuelo como su propia desaparición.

Como obtener una nueva identidad no resultaba en absoluto barato, había tenido que utilizar prácticamente todo su dinero en obtener la suya. Y había sido ayudada, al principio sin saberlo, por la única persona a la que se había permitido acercarse, Benny Zappa.

Algo en su interior se suavizó al pensar en Benny, con aquel

caminar desgarbado y su nariz desproporcionada. La montura de sus gafas pretendía ser moderna, pero aun así no podía disimular lo que él era: un loco de los ordenadores. A su torpe manera, le había ofrecido ayuda, seguramente en un intento de seducirla. Al principio, Ria contemplaba sus tímidas tentativas como un medio para conseguir un fin. Pero tiempo después, había descubierto que había hecho un amigo en el proceso.

Su genialidad con los ordenadores era pareja a su pasión por los desafíos como pirata informático. No había base de datos que le pareciera impenetrable. Con la información a la que había podido acceder, le había proporcionado una nueva identidad y había seguido todas las pistas de las que Ria disponía. Y lo que más apreciaba ella de él era su disposición a utilizar sus habilidades sin hacer preguntas que ella no tenía intención de contestar.

Ria volvió a llenarse la taza de café mientras contemplaba el anochecer. Si regresaba en aquel momento, podría trabajar un par de horas más. No en la oficina del sheriff, sino en el estudio de la casa que había comprado en Trípoli.

Cada pista que conseguía sobre su identidad, cada dato que obtenía, lo codificaba y lo guardaba cuidadosamente en su ordenador personal. Hasta entonces, sólo tenía muertes y pistas que no parecían conducir a ninguna parte, pero no iba a renunciar.

Habría gente que podría considerar solitaria su existencia. Pero ella debía de estar acostumbrada a estar sola, porque durante aquella media docena de años, no parecía haberle molestado la soledad. Lo que le resultaba extraño era la generosidad de Luz, o la amistad incondicional de Benny. El hecho de que Ria hubiera contemplado ambas actitudes con recelo en un primer momento, seguramente era un indicativo de quién o qué había sido.

Llamó a la camarera, dispuesta a marcharse. Pero fuera lo que fuera lo que había aprendido sobre sí misma, no iba a cometer el

mismo error en dos ocasiones. Benny vivía casi en el otro extremo del país y Ria tenía un exquisito cuidado en las raras ocasiones en las que hablaba con él a través de un teléfono móvil al que era imposible seguir el rastro. No creía que fuera capaz de soportar que muriera otra persona por ella.

—Oh, no tiene que pagar nada, señora —contestó la camarera—, Jake ha dicho que corre a cargo de la casa.

Jake. Le habría gustado fingir que lo había olvidado, pero no estaba acostumbrada a mentirse. Abrió el bolso y sacó unos billetes.

—Ya le he dicho que no era necesario. Preferiría pagarme la cena. ¿Podría hacerme el favor de decirme cuánto es?

—Oh, no señora, no puedo aceptarlo. Jake lo ha dejado muy claro y aquí tenemos que hacer lo que él dice.

Ria renunció, encogiéndose mentalmente de hombros. Dobló los billetes y se los entregó a la camarera.

—Entonces esto es para ti.

La mujer la miró impresionada, pero se guardó rápidamente los billetes en el bolsillo del delantal.

—Gracias, señora. Espero que vuelva pronto.

Pero en lo último en lo que estaba pensando Ria mientras se dirigía hacia el aparcamiento con las llaves del coche en la mano era en regresar. El aparcamiento estaba lleno en aquel momento, mucho más que cuando había llegado. Mientras se dirigía hacia el coche, oyó que sonaba el teléfono móvil, lo sacó del bolso y fijó la mirada en el identificador de llamadas. Eldon Croat. Con una mueca, decidió no contestar. Podría reunirse con el inspector al día siguiente e intentar convencerlo de que renunciara a la rueda de prensa que quería convocar para informar del último golpe a los traficantes de drogas. Incluso después de tantos años y de todo lo que había hecho para cambiar su aspecto, todavía la preocupaba poder ser...

De pronto, apareció un hombre de entre dos coches y caminó hacia ella. Ria tenía las dos manos ocupadas, lo que retrasó su capacidad de respuesta. Antes de que pudiera reaccionar, estaba tras ella, agarrándola por la nuca y estampándola contra un coche.

En lo primero que pensó fue en los asesinos. Y en que por fin la habían atrapado.

Capítulo 2

Jake Tarrance se dirigía por el aparcamiento hasta su plaza particular de garaje. Ni siquiera quería admitir ante sí mismo que había intentado poner fin rápidamente a la reunión de aquella tarde. Dudaba que la mujer de pelo cobrizo y aquellos ojos increíbles estuviera todavía en Hooches, y más todavía que hubiera cambiado de opinión sobre su posible compañía. Aun así, el recuerdo de sus curvas le había hecho despachar aquel problema con uno de sus proveedores más rápidamente de lo normal.

Vio las luces de la cabina instalada en el centro del aparcamiento, pero no había nadie en su interior. Salió del coche con la mano apoyada en la pistola. Seguramente, el guardia de seguridad estaba haciendo una ronda, pero para un hombre a cuya cabeza habían puesto precio, la seguridad era una forma de vida.

No había ido muy lejos cuando se detuvo al distinguir los ruidos propios de una pelea. Desenfundó la pistola y alargó la mano hacia el teléfono móvil para avisar a seguridad. Pero al segundo siguiente, comprendió que se trataba de una pelea entre un hombre y una mujer y algo pareció helarse en su interior. Dejó el teléfono en el bolsillo. Se encargaría él mismo de aquello.

Mientras corría, fue consciente de dos cosas al mismo tiempo: la primera, que el tipo se estaba llevando la peor parte, y la segunda, que la mujer que le estaba dando una paliza no era otra que aquella misteriosa dama con la que había compartido una copa.

El otro hombre se incorporó con la cabeza gacha. Ella le dio un puñetazo en la barbilla suficientemente fuerte como para hacerle echar la cabeza hacia atrás. El golpe le hizo tambalearse. Mientras se

inclinaba aturdido contra un coche, ella acortó rápidamente la distancia que los separaba, lo agarró por la camisa y le dio un rodillazo en la entrepierna.

Jake arqueó las cejas con un gesto de aprobación. Se cruzó de brazos y observó al hombre mientras éste soltaba un sonido estrangulado y caía nuevamente sobre el asfalto.

—Creo que a partir de ahora será más prudente con su vida social, por lo menos durante unos cuantos días.

La mujer giró hacia él, seguramente, todavía enervada por la adrenalina. Pero la diversión de Jake se desvaneció en el instante en el que vio su rostro. La sangre fluía libremente por él y empapaba su blusa. Alguno de los botones habían desaparecido, dejando al descubierto el encaje blanco de su sujetador. El hielo volvió a congelar sus venas.

Jake se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió. Como ella no se movía para aceptarlo, se lo dejó en la mano.

—¿Está tan malherida como parece?

Ria frunció ligeramente el ceño y se inclinó para mirarse en el espejo retrovisor de un coche.

—Genial —musitó, doblando el pañuelo y llevándoselo a la nariz. Miró de reojo al hombre que continuaba sobre el asfalto y dijo—: Debería darle otra paliza.

Algo en el interior de Jake se relajó al oír su tono de voz. Estaba malhumorada, pero no parecía que estuviera gravemente herida.

—Creo que en este momento podría ser redundante, ¿no cree? — dio un paso hacia ella, la agarró por la barbilla y observó su rostro con expresión crítica—. No parece que le haya roto la nariz. ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubiera pasado un coche por encima.

En cuanto se apartó ligeramente de él, Jake la soltó. Ria se bajó el

pañuelo un instante para intentar abrocharse la blusa. Jake sacó entonces el teléfono móvil del bolsillo y apretó un botón. Sin apartar la mirada de ella, dijo por teléfono:

—Cort, deja a alguien a cargo de la barra y ven al aparcamiento. Tráete a Finn y a Dobbs contigo. Y averigua dónde está el guardia de seguridad.

Ria miró hacia la cabina de seguridad. No había nadie en su interior cuando ella había salido del restaurante.

—En cualquier caso, hay alguien que todavía tiene muchas preguntas que contestar —miró hacia el hombre que estaba intentando levantarse del suelo—. ¿Le importaría contarme lo que ha pasado?

—No es lo que parece, se lo juro.

La voz del hombre le resultaba familiar. Jake lo miró y reconoció a uno de los clientes habituales del restaurante. Se llamaba Taylor o algo parecido. No, Tyler. Sí, eso era.

—¿Y qué es lo que cree usted que parece?

—Ha sido ella la que ha intentando acercarse a mí. Ya sabe cómo son estas cosas, ¿verdad? —el hombre forzó una sonrisa—. Pero cuando he venido a encontrarme con ella, tal como me había pedido, la muy condenada a empezado a hablarme del precio. Vaya, y yo no soy un tipo que pague por ese tipo de cosas, ¿sabe?

—No diga una palabra más —le aconsejó Jake suavemente, consciente de hasta dónde podía conducirle la furia que se extendía en su interior.

Hubo un tiempo en el que aquella furia dictaba cada uno de sus pensamientos, cada acción. Y, sorprendentemente, los diez años pasados desde entonces parecían no haberla aplacado en absoluto. Sorprendente y, para aquel hombre, desgraciadamente.

—Eh, señor Tarrance...

Jake miró al guardia de seguridad, que llegó corriendo hacia él con expresión preocupada.

—¿Ha habido algún problema? Sólo he salido un minuto. Me estaba mareando, pero sólo ha sido un momento.

—Estás despedido. ¿Cort? —se dirigió hacia el hombre que acompañaba al guardia—, hazle salir del local.

—Se lo juro, señor Tarrance, creo que tengo la gripe o algo parecido. De otro modo, jamás habría dejado...

—¿De verdad? En ese caso, supongo que no te importará que Cort te registre los bolsillos.

Tras hacerle un gesto a Jake, el camarero buscó rápidamente en los bolsillos del pantalón del guardia y sacó un billete de cincuenta dólares que tenía el sospechoso aspecto de haber sido recibido a modo de soborno.

Jake le dirigió a Cort una significativa mirada.

—Creo que deberías llevarlo a casa. Y tener una conversación con él.

El guardia de seguridad todavía estaba protestando cuando Cort lo agarró del codo y se lo llevó.

—¿Tyler? ¿Se encuentra bien? —Jake se dirigió al hombre que todavía estaba apoyado contra un coche, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

Miró a ambos lados nervioso cuando Finn y Dobbs lo flanquearon.

—Sí, exacto, soy Tyler Stodgill. Siento todo esto, pero así son las cosas cuando hay mujeres de por medio —tragó saliva—. Sólo traen problemas.

—Pues debería evitar esa clase de problemas en el futuro. No parece que sean muy saludables. Mis hombres lo acompañarán al hospital para que le hagan una revisión. No se preocupe, ellos se

asegurarán de llevarle también el coche.

Por primera vez, el rostro de Tyler mostró su terror.

—Eh, no es necesario, de verdad, estoy bien.

—Insisto. No quiero tener problemas con el seguro —se encogió de hombros—. Es posible que tenga alguna lesión interna —hizo un gesto casi imperceptible y los dos hombres acorralaron a Stodgill. Mientras se alejaban, las protestas del viajante iban sonando tras él.

—Tengo la impresión de que, aunque ahora no necesite un médico, lo necesitará cuando llegue al hospital —comentó la mujer.

—¿De verdad? —Jak frunció el ceño—. Sí, entiendo que alguien pueda pensar eso si tiene una mente recelosa. En caso contrario, pensaría que soy todo un filántropo.

El pañuelo que Ria todavía llevaba a la nariz, amortiguó el bufido burlón provocado por aquella declaración. Jake le agarró la muñeca y tiró de ella para poder examinarle la herida.

—Ha dejado de sangrar. Vamos, la llevaré a algún lugar en el que pueda lavarla.

—No es... —pero Jake la agarró del codo y la condujo hacia el restaurante—. Es usted un poco avasallador, ¿sabe?

—Sí, me lo han comentado —una vez en frente del restaurante, sacó las llaves y utilizó una de ellas para abrir un discreto ascensor que había en la fachada del local—. Pero incluso teniendo en cuenta el triste destino de su último admirador, voy a arriesgarme. Necesita que le pongan un poco de hielo en la nariz. Y como crea que está rota, la llevaré al médico —la instó a meterse en el ascensor y marcó un código. Las puertas se cerraron lentamente.

—No está rota.

Jake tuvo la sensación de que sus palabras tenían más de determinación que de certeza. Aquella mujer tenía una fortaleza de hierro.

—No nos hemos presentado —advirtió el gesto de recelo que por un instante reflejó el rostro de su acompañante, antes de que ésta lo ocultara intencionadamente—. Me llamo Jake Tarrance.

—Ria.

Jake esperó, pero, aparentemente, eso era todo lo que Ria iba a decirle. Se encogió mentalmente de hombros y esperó a que las puertas del ascensor se abrieran. A continuación, posó la mano en la espalda de Ria para empujarla suavemente hacia delante.

Ria salió del ascensor y se encontró en una espaciosa habitación con una pared cubierta de enormes ventanales.

—Bonita vista, ¿son cristales reflectantes?

Jake la miró con extrañeza. Ria hizo un gesto con la mano, restándole importancia a su observación.

—O bien eres un exhibicionista, o este lugar está diseñado para que puedas disfrutar de las vistas manteniendo al mismo tiempo tu privacidad.

—Me gusta conservar mi intimidad —se dirigió a la cocina, colocó unos cubitos de hielo sobre un trapo y, al volver, se lo tendió a Ria—. Para la hinchazón —Ria se lo llevó a la cara mientras él la estudiaba con atención—. Así que se ha abalanzado sobre ti cuando te dirigías hacia su coche.

—Lo he oído detrás de mí, pero estaba más cerca de lo que pensaba. Durante la cena, parecía tener dificultades para comprender que yo no tenía ningún interés en él. Supongo que ha pensado que podría parecerme más atractivo en la oscuridad.

Jake apretó el puño con fuerza. Los fantasmas del pasado se abrían paso a través de los recuerdos, llevando con ellos el sonido de unos gritos en la distancia. Pero Ria no sería nunca el tipo de mujer que permanecía encogida en una esquina mientras le llovían golpes por doquier. Y tampoco sería nunca la mujer que excusaba a aquel

tipo de hombres y sonreía en medio de sus heridas con una expresión tan desesperada como esperanzada.

Fuera quien fuera aquella mujer, no tenía el perfil de una víctima.

—Supongo que se habrá dado cuenta de que se equivocaba.

—¿Tú crees? —asomó a los labios de Ria una sonrisa de satisfacción.

El deseo golpeó a Jake con fuerza, fue una sensación rápida y tan salvaje como la que había experimentado al verla en el restaurante. No sabía prácticamente nada de aquella mujer, pero sabía que la deseaba. Deseaba borrar aquella mirada de fría eficiencia de su rostro, quería hacer añicos sus recelos y tener toda su atención centrada sólo en él mientras se deslizaba en su interior.

La fuerza de aquel deseo fue suficientemente inesperada como para hacerle erguir todas sus defensas. Él no era un hombre que se dejara conducir por los impulsos. Las decisiones tomadas en función de las emociones llevaban a la vulnerabilidad y él no podía permitirse el lujo de ser vulnerable. Durante la última década, le había ido muy bien intentando reprimir sus sentimientos y aquel vacío no lo había molestado en absoluto.

Y le parecía una vergüenza llegar a apreciar a alguien a quien tendría que matar más adelante.

Era posible que aquella mujer hubiera sido enviada por Álvarez. No sería la primera vez que utilizaba una mujer atractiva para intentar atraparlo. Pero, si así era, en aquella ocasión, había cambiado de modelo. Ria era mucho más sutil. No había intentado ganarse su atención en el restaurante, aunque lo ocurrido en el aparcamiento podría haber sido una farsa.

Jake consideró aquella posibilidad mientras la observaba levantarse y cruzar la habitación para mirar la colección de fotografías en blanco y negro que tenía en una de las paredes.

Álvarez lo conocía mejor de lo que a Jake le habría gustado y podría haber montado aquella escena sabiendo cómo reaccionaría. Pero si ése era el caso, dudaba mucho que la mujer seleccionada hubiera terminado dándole una paliza mortal a aquel tipo.

No, quienquiera que fuera aquella mujer, no había fingido aquella noche. Y tampoco era fingido el recelo que intentaba constantemente esconder. Ni la instintiva cautela que no se molestaba en disimular.

En cualquier caso, Álvarez no mandaría a nadie a matarlo. Quería matarlo personalmente.

Muchos podrían considerar las sospechas de Jake como producto de su paranoia. Pero en su mundo, la paranoia era una herramienta imprescindible para sobrevivir.

Se reunió con Ria al lado de las fotografías y las observó mientras ella las miraba atentamente. La mayoría de la gente consideraba inquietantes aquellas imágenes. No habían sido tomadas para atrapar la belleza ni para celebrar la vida. Pero era imposible aventurar la opinión de Ria. Su rostro carecía de toda expresión.

—¿Te gustan?

Ria no contestó en un primer momento. No podía. Nada más verlas, parecían una serie de fotografías inconexas. Un borracho temblando en un callejón. Una anciana asomada a la ventana. Un niño prácticamente desnudo sentado en una escalera destartada y un grupo de adolescentes con máscaras.

—Al principio me han parecido fotografías hechas al azar, pero ya he visto que me equivocaba. La expresión de todos los protagonistas es la misma: desolación.

Reconocía fácilmente aquella expresión. Se había enfrentado a ella en el espejo en más ocasiones de las que le habría gustado.

—Las has hecho tú, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso?

Tras mirar las fotografías por última vez, se volvió hacia él.

—Sabes mirar a través de la gente.

Pero jamás querría que aquel ojo tan penetrante se pusiera encima de ella. ¿Cuántas veces se había sentido como si fuera ella misma una fotografía? Una imagen cuidadosamente elaborada para presentar la imagen que deseaba exponer al mundo. Si alguien examinaba aquella imagen de cerca, descubriría que no había apenas sustancia tras ella.

Porque en los aspectos que realmente importaban, Ria realmente no existía en absoluto.

Caminó hasta la cocina, dejó el trapo con el hielo en el fregadero y se volvió. Encontró a Jake observándola desde el marco de la puerta.

—Debería marcharme.

La idea de volver a su casa no le resultaba en absoluto apetecible, pero se sentía en peligro. En una situación de peligro emocional, más que físico.

—No tienes por qué marcharte —los ojos azules de Jake brillaban con una intensidad inconfundible, pero no se acercó a ella.

Fuera cual fuera su decisión, tendría que tomarla ella. Ria era capaz de respetar a un hombre que no la presionaba a pesar del deseo que reflejaba su rostro.

—Sí —su voz sonó más temblorosa de lo que le habría gustado—, tengo que irme.

—No puedes volver a tu casa en ese estado. Déjame prestarte una camiseta.

Se volvió y se dirigió a otra de las habitaciones mientras Ria se acercaba a una de las sillas situadas cerca de la ventana, en la que había dejado el bolso.

Jake se reunió allí con ella y le tendió en silencio una camiseta gris.

—Gracias —Ria la aceptó, agradeciendo la consideración, pero no pensaba cambiarse delante de él.

Se miraron en silencio durante unos segundos. Fue un momento incómodo, cargado de tensión. Ria sentía el latido salvaje de su pulso y le resultaba difícil ignorarlo. Si hubiera sido una atracción puramente física, no habría dudado: en aquel momento estaría en su cama, envolviéndolo con sus brazos y utilizándolo para sofocar el fuego de su sangre.

Pero no era tan simple. Jake no era en absoluto tan simple, le decía su intuición. Había una conexión innegable entre ellos que no era capaz de definir, y debía descartar cualquier cosa que no pudiera ser fríamente clasificada y analizada. Ria asumía muchos riesgos, pero sólo cuando era capaz de controlar la situación. Y Jake Tarrance no parecía un hombre al que se pudiera controlar fácilmente.

De modo que renunció al interés a cambio de su seguridad. Abrió la puerta y, por primera vez, reparó en las cámaras que había en el pasillo. Seguramente, pocas personas las habrían advertido, pero aquellos minúsculos anillos en el panel de roble de las paredes eran demasiado uniformes para ser naturales. Jake era un hombre cuidadoso. Y Ria asumió que tendría motivos para ello.

Jake la siguió en silencio y sacó la llave con la que abría el ascensor. Cuando éste se abrió, Ria se metió en él y se volvió hacia Jake. Jake marcó el código que alejaría a Ria de él. Pero justo en el momento en el que comenzaron a cerrarse las puertas, dio un paso adelante y presionó un botón para detenerlas.

Posó las manos a ambos lados de la entrada y se inclinó para saborear a Ria. Si aquella iba a ser la última vez que la viera, quería disfrutar al menos de eso.

Presionó los labios entreabiertos de Ria, deslizó la lengua en su boca y sintió el deseo embistiendo en su interior. Agarraba con

fuerza las puertas abiertas del ascensor. Y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abrazar a Ria. Aquella mujer tenía un sabor extraño. Una mezcla de deseo y precaución, pero en cualquier caso, su respuesta fue idéntica a la suya.

Almas gemelas. Aquella expresión cruzó su mente. Una parte de Jake reconocía aspectos de Ria cuya existencia ella seguramente habría negado. Muchas de las personas solitarias lo eran por naturaleza o porque las circunstancias las habían obligado a ello.

Pero había gente como ellos, pensó, que habían permitido que las circunstancias doblegaran su naturaleza, de manera que al final era imposible decir dónde comenzaban unas y dónde terminaba la otra.

Ria cedió a uno de esos raros momentos de placer y abrió la boca bajo la suya. Jake sabía cómo besar a una mujer y lo hizo en aquella ocasión con una intensidad que los hizo descender a ambos a sus niveles más elementales. Ya eran sólo hombre y mujer.

Aquél no iba a ser un hombre del que le resultara fácil alejarse, aunque ella pretendía hacer precisamente eso. Pero un beso no podría hacerle daño. Aunque pareciera estar abrasando su capacidad de control. Todos los movimientos en la vida de Ria eran calculados, sopesaba cuidadosamente los riesgos y los beneficios. Y pasar unos minutos con un desconocido sexualmente excitante le parecía algo completamente inofensivo.

Pero no había nada inofensivo en las llamas que lamían sus venas.

Sin pensarlo de manera consciente, se acercó más a él y atrapó su labio inferior entre los dientes. La respuesta de Jake fue un beso duro, demandante, pero no se estrechó contra ella y continuaba sujetando las puertas con ambas manos.

Envalentonada, Ria se inclinó contra él y profundizó su beso. ¿Cuánto tiempo había pasado, pensó, desde la última vez que había sentido aquella fiebre, desde que había experimentado la tentación

de renunciar a sus defensas?

¿Habría sentido algo parecido en alguna ocasión?

Aquel calor abrasador resultaba particularmente seductor para una mujer que había pasado su vida, o lo que de ella podía recordar, en el frío. Era poco probable que sus caminos volvieran a cruzarse. La idea era tentadora.

Jake inclinó la cabeza y la presión de sus labios se hizo casi dolorosa. A Ria se le cayeron el bolso y la camiseta de las manos y le rodeó el cuello con los brazos.

La contención de Jake se hizo añicos bruscamente. Ria se estaba estrechando contra él de tal manera que parecía imposible que pudiera estar controlando la situación. Le devolvió el beso con crudeza mientras él la estrechaba contra la pared del ascensor y fundía sus cuerpos. La electricidad crepitaba entre ellos. Jake posó la mano en su cuello, devoró su boca y cambió de postura para poder colocar a Ria entre sus piernas.

Abandonó entonces sus labios y posó la boca en su cuello.

—He estado deseando hacer esto desde que te he visto —dijo con voz dura.

—Lo sé —su respuesta fue apenas un gemido mientras arqueaba el cuello para permitirle un mejor acceso a él.

—¿Tú también?

Había una parte de Ria que habría querido negarlo, pero no tenía sentido. Aquél era un hombre con suficiente experiencia como para reconocer que la atracción que había saltado al instante entre ellos había sido mutua.

—Sí...

Su respuesta se transformó en un jadeo en el momento en el que Jake mordisqueó uno de los puntos más sensibles de su cuello.

—Entonces, quédate.

Era una exigencia más que una súplica, y la promesa carnal que llevaba implícita hizo que a Ria se le encogiera el estómago. Aquel hombre sabía exactamente cómo acariciarla. Y estaban tan cerca que podía sentir de manera inconfundible la dureza de su erección entre sus muslos. Con él no tendría que contenerse; podría responder con todo su ser a la explosiva excitación que la atravesaba y sabría que Jake no la decepcionaría. Pero aun así, se sorprendió ligeramente al oírse contestar:

—Sólo un rato.

Jake emitió un ronco sonido. Ria sintió frío y se dio cuenta entonces de que Jake le había desabrochado los pocos botones que le quedaban de la camisa. Se la había desgarrado con un rápido movimiento y su impaciencia parecía estar llamando a la parte más salvaje de Ria, una parte que normalmente mantenía cuidadosamente encerrada.

Eran tan pocas las cosas de su vida que podía reclamar como suyas. Sólo tenía los recuerdos que había reunido durante los últimos seis años. Pero aquel momento era suyo. Un momento personal y auténtico, un momento para retener, para recordar, para experimentarlo plenamente.

Jake recorrió con la lengua los montículos de sus senos, que asomaban por encima del sujetador. Deslizó la blusa por sus hombros hasta dejarla olvidada en el suelo del ascensor. Las manos de Ria corrieron hacia su camisa, se la sacó de la cintura del pantalón y sus dedos volaron sobre los botones.

Cuando terminó de desabrochárselos, sonrió satisfecha. Su respiración se aceleró. Jake tenía un torso firmemente musculado, dividido por una mata de vello negro. Su vientre era duro y rígido. Trabajaba su cuerpo, pensó Ria, por los mismos motivos que ella: para mantenerlo alerta y preparado para cualquier peligro. Pero fuera cual fuera la razón, la visión de aquellos músculos encendía su deseo

hasta los límites.

Mientras Jake le desabrochaba el sujetador, ella se inclinó hacia delante y tomó una de sus tetillas con los dientes. La sintió erguirse entre sus labios. La repentina satisfacción que experimentó se quebró en el instante en el que Jake se deshizo del sujetador, inclinó la cabeza y le succionó con fuerza el pezón.

Ria veía un remolino de colores bajo sus párpados cerrados. Las rodillas se le convirtieron en agua. Jake continuaba devorándola mientras posaba la mano en el otro seno y le acariciaba el pezón.

Los músculos de Ria comenzaban a adoptar la consistencia de la cera derretida. Para evitar caerse, rodeó la cintura de Jake con una pierna. Y con un deseo cada vez más impaciente, batalló contra su camisa; la deslizó por sus hombros, revelando al hacerlo sus abultados bíceps, y allí la dejó, atrapada a medio camino de sus brazos. Ria posó las palmas de las manos sobre su pecho desnudo mientras exploraba las diferentes texturas de su piel, disfrutando de una suerte de primitiva sensualidad que sólo podían proporcionarle las caricias.

Deslizaba las manos por su torso, descubriendo todos sus ángulos.

Jake alzó la cabeza y Ria se estremeció cuando el aire entró en contacto con el pezón, todavía húmedo por su boca. Con un rápido movimiento, Jake se quitó la camisa y posó las manos sobre el trasero de Ria para levantarla. Ria le rodeó la cintura con las piernas y él la llevó de nuevo al interior del apartamento.

Sus labios continuaban la batalla, las lenguas se batían y sus dientes chocaban mientras el hambre crecía. Ria hundió los dedos en su pelo para acercarlo más a ella y sintió el fuego del deseo en la boca del estómago.

Cuando sus hombros entraron en contacto contra una fría

superficie, arqueó la espalda y abrió los ojos desconcertada. En vez de en el dormitorio, estaban en el salón y tenía la espalda apoyada contra una de las ventanas. Entonces Jake la miró a los ojos y a Ria se le aceleró el pulso.

Los ojos de Jake brillaban con la intensidad de los de un depredador. Tenía el pelo revuelto, las mejillas enrojecidas por el deseo y su expresión era salvaje. A Ria le latía violentamente el corazón. Una mujer normal se habría arrepentido, habría sentido miedo ante aquel deseo desnudo.

Pero Ria se deleitaba en él. Porque provocaba en ella la misma respuesta. No había ningún tipo de restricción; Jake no se lo habría permitido aunque lo hubiera intentando. Ria podría dar rienda suelta a su propia pasión sabiendo que Jake le respondería en igual medida.

Jake le quitó los pantalones y los zapatos con movimientos rápidos y se detuvo a contemplar la imagen que él mismo había revelado. Ria era sólo unos centímetros más baja que él y tenía unos músculos de acero bajo sus aterciopeladas curvas. Sus senos eran altos, firmes. Mientras Ria deslizaba las manos hacia su cintura, volvió a acariciarlos.

Apretó los dientes cuando Ria le bajó la cremallera de los vaqueros, y contempló su sonrisa en el momento en el que su mano alcanzaba la abertura de los mismos para presionar ligeramente su sexo. A Jake se le nubló la visión y, cuando se le aclaró, ya sólo la veía a ella.

Ria no era como ninguna de las mujeres con las que había estado. No era vergonzosa, ni descarada, ni juguetona ni seria. Estaba, al igual que él, plenamente concentrada en aquel momento, en el placer que podían darse dos personas entre las que no había ningún fingimiento.

Porque Ria no fingía, advirtió Jake al posar la mano entre los pliegues de su sexo y deslizar un dedo en su interior.

Su humedad le facilitó el camino. Podía sentir el delicado latir de su pulso mientras los músculos interiores de Ria se cerraban a su alrededor, dejándole imaginar lo que sería penetrarla por completo.

Y en el momento en el que Ria lo liberó de su ropa, tomó su sexo con la mano y comenzó a acariciarlo, desapareció de su cabeza todo pensamiento consciente.

Aquella parecía una batalla para llevar al otro a la locura y Jake se entregó plenamente a ella durante unos minutos. Saboreó su cuello y el valle que se escondía entre sus senos. Pero mientras la sangre rugía en sus oídos, era consciente de que aquella era una batalla perdida. Ria lo estaba excitando más intensa y rápidamente que ninguna otra mujer y si no se acostaba pronto con ella, iba a pasar lo inevitable.

Jake se apartó de ella durante el tiempo suficiente como para sacar un preservativo del bolsillo del vaquero. Ria lo tomó y lo abrió mientras él se ocupaba de sus ropas. El insoportable cuidado con el que Ria deslizó el látex alrededor de su sexo, lo obligó a apretar los dientes para contenerse.

Con muy poca delicadeza, la hizo volverse de cara a la ventana. Sus hormonas parecieron dispararse en el momento en el que el cristal le ofreció su reflejo. Apoyando una mano en el cristal, le hizo abrir las piernas a Ria con la rodilla. Y utilizando la mano libre para guiarse, encontró la dulce y lubricada fisura y la penetró.

Sus gemidos se fundieron. Jake se detuvo un instante para llenar sus pulmones y recuperar su capacidad de control. No quería que aquello terminara excesivamente pronto. Todavía quedaba mucho por saborear. Aquel era un raro placer que quería prolongar cuanto fuera posible. Pero Ria estaba tan tensa y caliente como él ya había anticipado, y cuando presionó sus caderas contra él, forzándolo a hundirse más profundamente, se rindió de pronto.

Se hundía en ella una y otra vez, pero no parecía penetrarla nunca

suficientemente. El sudor perlaba su frente. En aquella postura, aunque marcadamente erótica, resultaba difícil penetrarla tanto como deseaba y la frustración comenzaba a invadirlo. Quería estar dentro de ella, sentirla moverse para aceptar cada centímetro de él, luchar para estar cada vez más cerca.

Quería estar profundamente enterrado en ella cuando el clímax los envolviera.

Se apartó de ella a pesar de las protestas de su cuerpo, buscó las manos de Ria y le hizo apoyarlas en el cristal e inclinarse hacia delante. Al ver su reflejo, estuvo a punto de aullar. Veía la curva de sus caderas y una mirada astuta que hizo añicos cualquier idea que pudiera tener Jake de estar controlando la situación. Era ella la que había decidido aceptar cualquiera de sus sugerencias. Y su desesperación en aquel momento era suficiente como para agradecerse.

Ria movió las piernas para acercarlas a las de Jake. Aquella postura la obligaba a inclinar la cintura y a alzar las caderas hacia él. Y en aquella ocasión, cuando Jake se hundió en ella, los dos se quedaron sin respiración.

Jake comenzó a moverse. Lentamente al principio, después, con más firmes embestidas, tras las que se salía casi completamente de ella para después volver a penetrarla. Deslizó la mano entre los pliegues de su sexo y cada vez que la invadía, los presionaba con la palma de su mano.

Deseaba cerrar los ojos y perderse en el placer de aquellos movimientos, pero se esforzaba en mantenerlos abiertos. La imagen de Ria que reflejaba el espejo era salvajemente erótica. Arqueaba la garganta y entreabría los labios como si fuera a escapar de ellos un grito. Y aquella visión provocaba en él un extraño sentimiento de posesión que nacía en lo más profundo de su ser. Era suya, aunque sólo fuera en aquel momento.

—Más, más fuerte —le suplicó Ria.

Movió sus caderas contra Jake, adaptándose al ritmo de sus movimientos e instándolo a acelerar e intensificar su fuerza. Todos los sentidos de Jake estaban pendientes de ella. La vista, el olor, el oído, el olfato.

Cuando Ria se volvió a tensar contra él con un grito estrangulado, Jake pudo sentir las contracciones de su orgasmo. Aquel clímax pareció liberar algo en su interior y se hundió en ella de forma salvaje. No había consideración alguna mientras palpitaba en su interior, sólo aquella pasión devoradora que crecía y crecía hasta el punto de que Jake ya no sabía dónde acababa su cuerpo y dónde comenzaba el de Ria.

Ria gimió y aquel sonido lo activó de la forma más placentera. Con una última embestida, se unió a ella, y el clímax lo precipitó hacia un increíble mundo de sensaciones.

Ria fijó la mirada en la carretera, intentando concentrarse en el acto de conducir. Pero le resultaba difícil cuando los músculos todavía le temblaban por el placer satisfecho y el pulso se le aceleraba al recordar lo ocurrido durante las últimas horas.

Jake y ella habían ido al dormitorio para disfrutar de su segundo encuentro. Y del tercero. Y Ria estaba ya dispuesta a admitir que había subestimado el efecto que aquel hombre podía tener en ella. Disfrutar del sexo la ayudaba a despejar la cabeza. Pero disfrutar del sexo salvajemente, acababa de descubrir, podía llegar a ser un obstáculo para su concentración.

Un par de horas antes del amanecer, había dejado a Jake durmiendo en la cama. Había tardado casi un minuto en recordar exactamente dónde había dejado el bolso y el sujetador, pero había terminado encontrando ambas cosas en el ascensor. Como Jake había marcado el código antes de detenerlo, le bastó con presionar un

botón para que el ascensor se cerrara y la llevara a la planta baja.

Había pasado la mayor parte del trayecto hasta su casa intentando sacudirse los recuerdos de aquella noche. Pero cuando por fin llegó al camino de su casa, ya sabía que no iba a dormir. Estaba demasiado tensa. Sacó la linterna del coche y examinó como hacía habitualmente el perímetro de la casa. Tenía un pequeño número de indicadores que podrían alertarla en el caso de que hubiera entrado alguien. Un pelo en la puerta de la entrada; una brizna de pintura descascarillada en el pomo de la puerta, alambres escondidos en el jardín. Pero, al parecer, nadie había movido nada.

Ria entró en casa, conectó de nuevo la alarma, se duchó rápidamente y se puso un uniforme limpio antes de mirar el reloj. Todavía tenía un par de horas antes de ir al trabajo, de modo que se dirigió al estudio que se había montado en el segundo piso.

La de agente de la ley no era una de las profesiones mejor remuneradas, pero ella siempre había vivido de forma sencilla. Tenía pocos muebles y funcionales. Y aquella era la primera casa que había tenido. En aquella zona no era fácil encontrar un apartamento y le gustaba la privacidad que le ofrecía el que estuviera a las afueras de la ciudad.

Era muy cuidadosa con el dinero e ingresaba periódicamente cierta cantidad en una cuenta que tenía en un paraíso fiscal. Si en alguna ocasión tenía que volver a huir, no quería hacerlo sin tener un solo centavo. Tenía también otras dos posibles identidades falsas por si acaso.

Pero a medida que iba pasando el tiempo, más lejana veía la necesidad de una nueva huida.

Ria estaba cansada de huir. Y antes de que nadie fuera a buscarla, preferiría acabar de una vez por todas con aquel asunto.

Encendió las luces del estudio y se sentó frente al ordenador.

Descargó sus archivos y marcó el que había llamado «tatuaje». Hacía ya tiempo que Ria había llegado a la conclusión de que aquella marca que compartía con los dos asesinos era la mejor pista para averiguar su identidad. Por ello, había dedicado gran parte de su tiempo a investigar lo que aquel caballo alado, aquel Pegaso, podía significar.

Dejando a un lado la figura mitológica y la constelación que recibía el mismo nombre, había multitud de referencias al mismo. Las empresas que utilizaban aquel nombre eran infinitas y había fracasado al intentar encontrar algún vínculo que la uniera a alguna de ellas.

Tampoco había sido capaz de encontrar ninguna imagen de Pegaso como la que tenía en el tobillo. Cuando se había concentrado en encontrar al posible tatuador, lo había hecho siendo consciente de que sería un proceso largo. Se estimaba que había unos diez mil tatuadores sólo en los Estados Unidos. El averiguar, además, la gran cantidad de ellos que a los pocos años abandonaban la profesión, había puesto de relieve la futilidad de su búsqueda. Ni siquiera estaba segura de que aquel tatuaje se lo hubieran hecho en los Estados Unidos.

Pero tres meses atrás había descubierto una pista. Estaba trabajando para el departamento de datos cuando había llegado hasta ella información sobre un recluso que se había escapado y tenía familia en la zona de Denver. El nombre, que iba acompañado de una fotografía, había puesto a Ria en alerta, pero lo que realmente había captado su atención había sido la descripción de sus marcas corporales. Una de ellas era el tatuaje de un caballo alado. En realidad no era idéntico al suyo, pero se parecía más que cualquier otro de los que había visto.

Al cabo de un tiempo, aquel fugitivo había sido localizado en Colorado Springs. Ria se había puesto en contacto con el policía que lo había detenido y había averiguado que el tatuaje había sido hecho

por otro preso en una prisión de máxima seguridad. Siguiendo el rastro de aquel hombre, había llegado a Alabama.

Y, al día siguiente, iba a poder hablar por fin con él. En un principio, el artista no parecía dispuesto en absoluto a cooperar, pero Ria se había aprovechado de su puesto para conseguir una entrevista con él en la prisión. Y estaba dispuesta a sacarle toda la información que tuviera.

El corazón le dio un vuelco al pensar en ello y se obligó a tranquilizarse. Eran ya muchas las veces que había sufrido decepciones en el pasado. Pero por mucho que lo intentaba, no era capaz de restar importancia a la expectación que se arremolinaba en su interior. Probablemente, la reunión del día siguiente la conduciría a un nuevo callejón sin salida. Pero había también alguna posibilidad de que le proporcionara algunas de las respuestas que estaba buscando.

Revisó la información de la que disponía. Tenía la convicción de que en alguna parte estaban las respuestas a su pasado. Y cuando descubriera la verdad, actuaría en consecuencia.

Descubriría al responsable de su situación y de la muerte de Luz.

La sed de venganza era un sentimiento que le resultaba familiar. Pero, en el último momento, la imagen de Jake Tarrance cruzó su mente y sintió una punzada de remordimiento. En su vida no había lugar para nadie ni para nada que no fuera aquella búsqueda. No había ninguna razón sobre la tierra por la que tuviera que volver a ver a aquel hombre. Pero por mucho que lo intentaba, no podía evitar arrepentirse de que así fuera.

Capítulo 3

—Ha estado evitando mis llamadas.

Como era cierto y la acusación era irrefutable, Ria no se molestó en negarla. En cambio, se quedó mirando fijamente al inspector. No le convenía mantener una relación hostil con aquel hombre, y tampoco subestimarle. Sabía que era un policía inteligente y que estaba detrás de la renuncia de su predecesor.

—Después de la redada de ayer, estuvimos muy ocupados. Cuando se terminó de registrar la casa, había casi tres kilos de cristales de metanfetamina —como su ira no parecía ceder, añadió—: En la calle habría alcanzado un valor de un millón.

El hombre pestañeó y tardó algunos segundos en contestar.

—¿De dólares? —inquirió con incredulidad.

Cuando Ria asintió, se inclinó sobre el escritorio para estrecharle la mano con vigor.

—Buen trabajo, sheriff. Un trabajo condenadamente bueno —su rostro se deshizo en sonrisas. Apartó la mano y dio un puñetazo en el aire—. Maldita sea, eso está bien. Y si a eso se le añade que Winston no hizo nada bueno durante los catorce años que estuvo en esta oficina, mucho mejor.

—En cuanto le comuniquemos esto a la DEA, nos darán la parte que nos corresponde por la captura. Seguramente podremos comprar un par de perros antidroga.

Teniendo en cuenta su buen humor, Ria imaginó que no habría otro momento mejor para hacer su petición.

—Una vez los tengamos, sus cuidadores también tendrán que ser

entrenados. Creo que supondrían un gran beneficio para nuestro departamento.

—Perros antidroga, ¿eh? —Croat se mordió el labio. Ria sabía que estaba pensando ya en la imagen que ofrecerían—. Sí, se lo comentaré a los otros inspectores. Y prometo llamarla en cuanto hayamos organizado la rueda de prensa. Con una noticia como ésta, quizá hasta esté interesado el *Birmingham News*. Y quizá también alguna cadena de televisión.

Haciendo un gran esfuerzo, Ria consiguió disimular el terror que sus palabras le provocaban.

—Sí, ha sido una redada muy importante. Estoy convencida de que conseguirá atraer a la prensa —giró su silla para mirarlo a la cara mientras él cruzaba la oficina—. Probablemente dificultará nuestro trabajo, pero no es muy probable que tengamos que hacer redadas más importantes de las que estamos haciendo.

Eldon se detuvo a medio paso y le dirigió una sagaz mirada.

—¿Cómo lo sabe?

—No voy a fingir que no me guste que se preste atención al trabajo que yo y mis ayudantes estamos llevando a cabo. Pero si la prensa difunde lo que estamos haciendo, es probable que el resto de la industria de la droga tome más medidas para ocultarse y, por lo tanto, resulte más difícil atraparlos.

Eldon le dio la vuelta a su argumento.

—Y también es probable que de esa forma se larguen del condado, que es lo que queremos, ¿no? Así se darán cuenta de que en Fenton no aceptamos a delincuentes.

El optimismo de Eldon hizo sonreír a Ria.

—La única manera de convencerlos de que cambien de escenario, es que se den cuenta de que están corriendo demasiados riesgos —continuó Eldon—, el único motivo por el que esos tipos se mueven

por condados rurales como éste es que aquí pueden funcionar con relativa tranquilidad.

Ria volvió a encogerse de hombros, como si para ella eso no supusiera ninguna diferencia.

—Si usted lo dice. Aunque si pudiera esperar digamos, unos seis meses antes de dar a conocer lo ocurrido, tendríamos cifras más considerables de las que informar, además de mejores equipos que mostrar. Eso tendría mucho más efecto. Quizá incluso pudieran transmitir la noticia a nivel nacional.

—A nivel nacional, ¿eh? Sí, eso sería algo importante, ¿verdad? Tendré que hablar de ello con los otros inspectores. Les va a entusiasmar enterarse de la noticia. Un millón de dólares, ¿eh?

Ria decidió con sensatez que era preferible no seguir presionando. Se levantó.

—Avíseme cuando tome una decisión. Tendré el informe preparado en un par de horas. Marlyss le enviará una copia. Esta tarde tengo que ir a la prisión de Donaldson. No volveré hasta mañana.

Eldon asintió con aire ausente mientras la seguía hasta la puerta.

—Bien, eso está bien. Por cierto, ¿qué tal le van las cosas con sus ayudantes?

—No tengo queja.

Por lo menos ninguna que quisiera expresar en voz alta. Los problemas que tuviera con sus ayudantes, y más concretamente con Ralston, prefería manejarlos ella misma. Llevaba tiempo suficiente en la policía como para saber que era preferible manejar las dinámicas de los departamentos sin ninguna clase de intervención externa—. De hecho, si hemos podido dar este golpe, ha sido gracias al conocimiento y a la preparación de mis ayudantes. Y estoy convencida de que continuaremos trabajando juntos perfectamente.

A pesar de sus declaraciones, Eldon se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—La razón por la que lo comento es porque teníamos un hombre que pretendía ocupar el puesto de Winston. No voy a mencionar su nombre, pero quiero estar seguro de que no mantiene una actitud distante hacia usted.

Tenía que estar hablando de Ralston. Y lo que acababa de contarle explicaba su actitud.

—Estoy satisfecha con la profesionalidad de este departamento — contestó—. Y espero continuar así.

Croat asintió, evidentemente aliviado.

—Estupendo. En ese caso, la dejaré seguir trabajando.

Mientras Eldon salía, Ria regresó a su ordenador y terminó de completar el informe sobre la redada, pero no estaba del todo concentrada en su trabajo. No podía hacer mucho más para evitar a los medios de comunicación si Croat y el resto de los inspectores decidían seguir adelante con la rueda de prensa.

Intentó sosegar los nervios de su estómago. Era poco probable que alguien la reconociera incluso en el caso de que la viera. Había cambiado concienzudamente su aspecto para parecerse a la mujer cuya identidad había adoptado seis años atrás. Se había teñido el pelo y se lo había dejado crecer, utilizaba lentes de contacto de color verde y, mediante el maquillaje, había aprendido a transformar sutilmente la forma de sus ojos y su rostro. A todos los efectos, era Rianna Kingsley. Por lo menos exteriormente.

No había tardado mucho tiempo en averiguar que las bases de datos que necesitaba rastrear en busca de respuestas eran fácilmente accesibles para un agente de policía. El asesinato de Los Ángeles le había confirmado que, fueran cuales fueran los delitos que había cometido, sus huellas dactilares no estaban en posesión de la policía.

Y aquello había sido suficiente para convencerla de que convertirse en agente de la ley era la manera más efectiva de continuar su búsqueda.

Su decisión había limitado las opciones de su nueva identidad. Los documentos podían ser falsos, pero no los datos sobre su pasado. No era suficiente tener una tarjeta de identificación con un nombre. Tendría que ser capaz de presentar a personas que la hubieran conocido.

Pero como eso no había sido posible, necesitaba encontrar a alguien con una identidad que pudiera asumir.

Ria echó la silla hacia atrás y presionó una tecla para sacar tres copias del informe. Y no por primera vez, se descubrió pensando en la auténtica Rianna Kingsley. Benny había penetrado en la base de datos de la Universidad de Iowa y ella había estado estudiándola minuciosamente hasta encontrar una personalidad que encajara con la suya. Aquella joven estaba en el último curso de la facultad, procedía de un hogar de acogida de Illinois y no tenía parientes. Su altura y su peso eran similares a los suyos. A partir de ahí, le resultaría relativamente fácil hacerse amiga de ella y obtener la información que necesitaba saber.

De modo que se había ido a Colorado y había establecido allí su residencia, pues era uno de los requisitos para ser admitido en la universidad. No había dejado de seguirle el rastro a la verdadera Rianna. Al parecer, se había casado y estaba viviendo en Florida. Quizá aquella mujer había encontrado por fin una familia a la que podía considerar propia.

La nueva Rianna Kingsley continuaba siendo, a todos los efectos, huérfana.

Ria separó las páginas de cada uno de los informes, les puso un clip y metió cada uno de ellos en un portafolios.

Al oír un repentino revuelo en el pasillo, agarró los informes y se dirigió hacia la puerta. La oficina del sheriff estaba situada en un edificio de ladrillo relativamente nuevo, en el noroeste de la ciudad. La prisión del condado estaba anexa a las oficinas y presumía de contar con los mejores sistemas de seguridad; tenía capacidad para sesenta reclusos además de media docena de celdas para tratamientos especiales.

Un par de años atrás, Fenton había unido sus fuerzas a las de dos condados vecinos para poder crear su propio laboratorio forense, en el que las pruebas de los delitos menos complicadas pudieran ser analizadas y procesadas más rápidamente que en los laboratorios regionales.

Rianna le tendió los informes a Marlyss.

—Envíale estos informes a Eldon, los está esperando.

La mujer le dirigió una sonrisa, tomó los informes y los colocó en un sobre.

—Ahora mismo me encargo de ello, sheriff.

Ria detectó un cariño en su voz que no había encontrado hasta aquel día. Al parecer, aceptar su sugerencia sobre el restaurante, había ayudado a mejorar la actitud de Marlyss hacia ella.

—¿Qué ha pasado? He oído voces.

La secretaria giró la cabeza hacia la puerta.

—Han venido unos abogados a depositar las fianzas de varios detenidos. Simpson los ha llevado al mostrador de la entrada.

—El juez Rivers debe haber madrugado esta mañana —aquel juez no era precisamente conocido por cumplir sus horarios, algo a lo que Ria todavía no se había acostumbrado.

—Seguramente pretende ir a pescar esta tarde y no quiere que el trabajo se lo impida —mientras hablaba, Marlyss fue guardando las copias de los informes.

—Creo que iré a ver lo que ocurre.

Rianna se dirigió hacia la puerta del vestíbulo. Cuando la abrió, vio inmediatamente a todos los que ocupaban la sala de espera. Reconoció a un par de abogados en el mostrador. Uno de ellos estaba discutiendo con uno de los carceleros mientras el otro miraba el reloj con impaciencia.

Había otro hombre en el extremo más alejado del mostrador, de espaldas a ella, contando el dinero que debía entregar para una fianza. Incluso desde aquella distancia, Ria podía apreciar que el fajo era impresionante. Se preguntó, no sin cinismo, si aquel dinero procedería de la venta de drogas similares a las que había confiscado en la redada. A veces la justicia le parecía un círculo vicioso.

La visión de un detenido precediendo al ayudante Simpson desvió su atención. Era el hombre alto que la había golpeado en la mejilla con la cabeza. Boster. Aquel ataque le había proporcionado al menos una explicación para la ligera hinchazón de la nariz.

Al verla, el detenido disminuyó el ritmo de sus pasos y le dirigió una sonrisa insolente.

—Bonitas heridas, sheriff. Supongo que se ha encontrado con alguien más alto y más fuerte que usted.

—Qué va, sólo con un asqueroso traficante de drogas que seguramente terminará siendo muy popular en el talego.

Con aquellas palabras borró la sonrisa del rostro de Boster.

—Vaya, ¿todavía no voy a salir? Mi abogado me aseguró que no estaría dentro más de un día... —se interrumpió para recorrer la sala de espera con la mirada y de pronto desapareció el color de su rostro. Se detuvo tan bruscamente que Simpson chocó contra él—. ¿Jake? —inquirió con incredulidad—. Quiero decir, señor Tarrance... ¿Cómo...? ¿Quién lo ha llamado?

Ria se quedó paralizada al oír aquel nombre. Había algo en el

desconocido que estaba contando billetes en el mostrador que le resultaba familiar. Aterrada, se volvió en la dirección en la que Boster estaba mirando y sus ojos terminaron atrapados por unos ojos azul claro que la hicieron estremecerse al recordar los placeres compartidos.

Jake Tarrance. Sus miradas se cruzaron mientras Ria se esforzaba en ocultar los sentimientos que la asaltaban. Con enorme esfuerzo, consiguió dominar su expresión hasta convertirla en una máscara impasible. Y deseó que le resultara igual de fácil controlar su pulso. ¿Qué estaba haciendo Jake allí? Al recordar el dinero en efectivo con el que había pagado la fianza, creció su inquietud.

Miró de nuevo a Boster.

—Es bueno tener amigos, ¿verdad? Asegúrate de presentarte en el juicio. Odiaría tener que salir a buscarte otra vez.

Boster se sonrojó, al parecer la presencia de Jake había desactivado su bravuconería. Ignorándola, se dirigió hacia el hombre que tenía frente a él.

—No tenía por qué haber venido aquí. Puedo explicarlo todo. Esto no es lo que parece...

—Ya hablaremos sobre lo que a mí me parece en el coche.

El tono de Jake hizo estremecerse a Ria. Habría sido imposible no percibir la amenaza que encerraban sus palabras y, pese a las apariencias, Boster no era un estúpido. Tragó saliva y precedió a Jake hasta la puerta.

Ria permaneció en silencio, deseando que los hombres se fueran. Pero cuando pasó por delante de ella, Jake volvió a mirarla a los ojos y ella contuvo la respiración ante la amarga condena que reflejaba su mirada. Un segundo después, la puerta se cerraba tras él.

¿Por qué demonios estaría enfadado con ella? ¿Por haber desaparecido en medio de la noche? No creía que aquella fuera la

primera vez que Jake disfrutaba de una aventura de una noche, de modo que su marcha no debería haber provocado aquella reacción.

Al cabo de unos segundos, decidió olvidarse de él para concentrarse en lo que la rodeaba. Al parecer, nadie había reparado en el intercambio de miradas entre ella y Tarrance. Aliviada, miró a Ken Simpson y le hizo un gesto justo cuando estaba a punto de ir a buscar a otro prisionero.

Cuando Ken estuvo a su lado, le preguntó:

— ¿Sabes quién era ese tipo que ha pagado la fianza de Boster?

— No lo había visto nunca, pero sí conocía el nombre. La mayoría de los agentes lo conocen.

— ¿Por qué?

El segundo abogado estaba exigiendo en voz alta que liberaran cuanto antes a su cliente. Simpson pestañeó mirando en su dirección mientras contestaba.

— Tarrance dirige la organización criminal más importante de esta zona. Pero Columbus es todo lo cerca que ha trabajado de aquí. Nunca se ha dicho que tuviera negocios en Alabama, aunque no apostaría a que no los tuviera.

A Ria se le cerró la garganta. Las imágenes salpicaban su mente. Recordaba a Jake tras ella, se veía a sí misma a horcajadas, arrastrándolo hasta la locura...

Simpson se marchó para liberar al siguiente prisionero y Ria se alejó de aquella zona con la cabeza convertida en un torbellino.

Sin embargo, una idea se abría paso en ella con absoluta claridad. Si bien era cierto que no solía cometer errores, cuando lo hacía, tenían un coste enorme. La última vez que había cometido un error, había terminado cometiendo un asesinato en su apartamento de Los Ángeles. Su indiscreción con Jake Tarrance no había sido nada serio, esperaba, pero podía resultar perjudicial.

Ni siquiera se atrevía a considerar lo que ocurriría si en su trabajo alguien descubría que había estado personalmente involucrada, aunque fuera de manera tan breve, con uno de los criminales más importantes de la zona.

Sombría, se dirigió de nuevo hacia la zona de oficinas y estuvo a punto de chocar con Ralston. Por una vez, éste no esbozó la familiar mueca de desprecio con la que solía mirarla. Parecía, de hecho, emocionado.

—Me ha parecido ver a Jake Tarrance saliendo de aquí. No había leído su nombre en el informe de detenciones esta mañana.

Al parecer, todo el mundo conocía a aquel hombre.

—No ha sido arrestado. Ha venido a pagar la fianza de Boster, el tipo al que sacaste ayer.

—Así que Tarrance está involucrado en este asunto —sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y comenzó a caminar.

—Espera un minuto —la intuición le hizo detenerlo—, ¿adónde vas?

—A llamar al departamento de policía de Columbus. Estoy seguro de que estarán muy interesados en oír la noticia.

—No tenemos ninguna noticia que dar, Ralston, y, desde luego, no tenemos pruebas de que Boster y él estén trabajando juntos —fuera cual fuera la relación que había entre ellos, le parecía extraño que Tarrance hiciera pública su relación con Boster y no hubiera enviado a un abogado a liberarlo—. Pero yo misma me pondré en contacto con Columbus. Me gustaría investigar el pasado de Tarrance.

«Demasiado tarde», se burló la voz de su conciencia. Pero antes de continuar, quería apreciar exactamente hasta qué punto era serio el error que había cometido la noche anterior.

Ralston torció el gesto.

—Claro, sheriff, como usted quiera.

—Esta tarde estaré fuera de la oficina, así que me gustaría que te encargaras de supervisar las llamadas y las misiones que nos sean asignadas —advirtió su sorpresa antes de que la ocultara tras una máscara burlona—. Tú eres el ayudante más veterano, ¿no?

Sabía que así era; y, sin lugar a dudas, eso era lo que le hacía creerse con derecho al puesto que Ria ocupaba. Era evidente que en aquel momento no sabía qué hacer con el ofrecimiento de Ria.

—Exacto.

—Estupendo. Si hay alguna emergencia, puedes localizarme en el móvil. En cualquier caso, pasaré por aquí a última hora de la tarde por si hay algo de lo que deba ocuparme —sin darle posibilidad de responder, se volvió y se dirigió hacia su despacho.

Faltaban menos de tres horas para su cita de aquella tarde en el Complejo Penitenciario Donaldson. Pero antes de emprender el viaje hacia Bessemer, iba a reunir todos los ratos posibles sobre Jake Tarrance.

Jamie Lee Boster se removía incómodo en el asiento trasero del Cadillac. Parecía desubicado en medio de aquel lujoso vehículo. A pesar de su agradable temperatura, sudaba copiosamente.

Nadie hablaba. Cort manejaba el volante, al lado de Finn. Jake iba sentado en el asiento de atrás, junto a Boster, y observaba a su compañero de asiento sudando la gota gorda mientras él intentaba contener la furia que lo abrasaba.

Y no toda iba dirigida hacia aquel idiota que solía trabajar para él. No, la mayor parte de aquella furia iba dirigida contra sí mismo.

No podía recordar la última vez que se había permitido bajar la guardia con alguien con la facilidad que lo había hecho con Ria. Él creía tener todos los ángulos cubiertos. El apartamento había sido registrado esa misma mañana, algo que hacía en días alternos. Fuera lo que fuera lo que iba buscando aquella mujer, no había sido

colocarle micrófonos en casa. Y tampoco tenía intención de matarlo. Le habría bastado con intentar clavarle una cuchilla en las costillas cuando estaban en la cama. Aunque en aquel momento no habría tenido dónde guardar la cuchilla.

Recordó a Ria desnuda, recordó su piel cremosa contra las sábanas de seda negra. Por un instante, le cosquillearon las palmas de las manos como si todavía pudiera sentir la suavidad de su piel. Su fragancia había permanecido en sus sentidos mucho tiempo después de que se despertara solo en la cama.

Y continuaba obsesionado por la desilusión que había seguido a su descubrimiento. La policía lo había fastidiado en ocasiones anteriores, pero nunca como entonces.

—Señor Tarrance, sé lo que está pensando.

La voz de Boster interrumpió sus pensamientos. Jake se volvió para mirarlo.

—Lo dudo.

Boster se humedeció los labios.

—De acuerdo, sabía que se enfadaría, pero quiero explicarle la razón por la que he cambiado de estado. Pensé que, siempre y cuando trabajara fuera de su territorio, lo que hiciera en mi tiempo libre sería asunto mío, ¿tengo razón o no?

—Te equivocas —con la rapidez de una serpiente, agarró al hombre por la camisa y se la retorció con fuerza, como si estuviera considerando la posibilidad de estrangularlo—. Tú no tienes tiempo libre. Todo lo que hagas tiene repercusiones en mí, y no estoy en absoluto contento, Boster —Boster enrojecía mientras intentaba recuperar la respiración—. ¿Qué dos cosas te dije que no toleraría cuando te contraté?

Boster se humedeció los labios y graznó:

—La prostitución y la droga.

—Así que lo recuerdas.

Soltó a Boster tan rápidamente como lo había agarrado, disgustado por su propia falta de control.

—No tienes ningún sentido de la lealtad y además eres un estúpido. Un tipo como tú es un lastre en mi organización. Supongo que lo comprendes.

Boster miró frenético hacia los hombres que iban en los asientos de delante.

—Tiene que darme otra oportunidad. Es posible que haya cometido un error... ahora lo entiendo. Pero un buen abogado podrá ocuparse de ello. Y no volveré a equivocarme nunca más. He aprendido la lección.

—Un poco tarde, ¿no te parece?

Jake lo miró considerando sus opciones. Cuando se había enterado del arresto de Boster, había sabido que era él el que tenía que ir a buscarlo. No quería dejarlo en manos de abogados sin experiencia que pudieran ofrecer un acuerdo a cambio de información, sobre todo cuando esa información podía estar relacionada con las propias actividades de Jake. La manera más limpia de tratar con aquel hombre sería asegurarse de que no tuviera oportunidad de hablar con nadie. Pero su desaparición podría dar lugar a preguntas difíciles.

La tensión le agarrotaba los músculos del cuello. Lo más sensato sería asignarle a Boster un abogado al que pagaría para que acabara en prisión. Jake tenía contactos en todas partes, incluso entre la población penal, y podía asegurarse de que lo tuvieran controlado.

Una vez tomada una decisión, volvió a pensar en Ria, y en su propia reacción cuando la había visto en la oficina del sheriff. Frunció el ceño al recordar algo y se volvió bruscamente hacia Boster.

—¿Qué estabas diciéndole a esa mujer, la sheriff, antes de verme?

Boster se encogió de hombros.

—No lo sé. Algo sobre las heridas que tiene en la cara. Ayer conseguí pegarle, pese a tener a tres o cuatro tipos sobre mí —hizo una mueca—. Maldita zorra. En cualquier caso, ése no es trabajo para una mujer. Oí que uno de los policías decía que era lesbiana. Supongo que ese tipo de mujeres tienen que conformarse con una pistola porque no tienen...

Algo en la expresión de Jake le hizo interrumpirse. La marca que Ria tenía en el rostro era de color rojo el día anterior, pero esa tarde la había visto hinchada y en un tono azulado. Y al saber que Boster era el responsable de aquella herida, Jake fantaseó con la idea de darle un buen puñetazo en la barbilla.

Lo cual quería decir que estaba volviéndose loco. ¿Qué le importaba a él que hubieran golpeado a Ria durante el arresto? Teniendo en cuenta lo que había descubierto, las intenciones de Ria hacia él no resultaban menos amenazadoras.

¿Pero qué demonios quería de él? Jake no tenía ningún negocio en Alabama. Todos sus negocios estaban concentrados en Georgia y se extendían hacia el este y hacia el sur, hacia la frontera con Florida. ¿Habría descubierto su relación con Boster y habría decidido seguirle la pista? En ese caso, trabajaba condenadamente rápido, puesto que la redada se había llevado a cabo la tarde anterior. ¿O formaría parte de algún grupo que estaba investigando sus negocios? Si así era, tenían un gran mérito, puesto que él no tenía noticia alguna de tal investigación.

La mejor manera de encontrar la respuesta a esas preguntas, imaginaba, era presentarse directamente ante Ria.

Sonrió sin humor. Sí, Ria sin apellidos tenía muchas preguntas que contestar. Y se descubrió deseando que llegara su próxima conversación.

La habitación que le mostraron a Ria en el Complejo Penitenciario Donaldson era pequeña y triste. La pintura de las paredes, de un color beige apagado, no debía alegrar la habitación ni siquiera cuando estaba recién pintada. El suelo era de baldosas, los muebles sencillos y funcionales. Había una mancha marrón en el techo. Y casi se oía la desesperación.

—Stanton no tardará en llegar. En cuanto esté aquí, los dejaré solos, pero estaré mirando desde el otro lado de la puerta, por si me necesita —el funcionario la miró como si dudara de su capacidad para enfrentarse a un prisionero de máxima seguridad—. ¿Con cincuenta minutos tendrá suficiente?

—Debería.

Necesitaría menos incluso si Larry Stanton se mostrara más dispuesto a colaborar en persona de lo que se había mostrado por teléfono. Había vuelto a intentar hablar con él desde Colorado. Según el encargado, al principio estaba en el centro médico de la prisión y después había pasado varias semanas en aislamiento. Pero incluso cuando estaba en condiciones de hablar, se había negado a hacerlo con ella.

Los nervios se le anudaban en el estómago. Sabía que no debería confiar demasiado en aquella pista. Eran ya demasiadas las que no le habían llevado a ninguna parte. Stanton era otra más en una larga lista. Si no conseguía nada después de aquella entrevista, surgiría otra. Otra pista que a la larga podría abrirle las puertas del pasado.

O al menos eso intentaba decirse.

Había una mesa de madera en el centro de la habitación, con una silla a cada lado. Ria permaneció de pie hasta que oyó un ruido de cadenas en el pasillo. La puerta se abrió y un guardia de seguridad hizo entrar a un hombre que caminaba arrastrando los pies. Ria bajó la mirada. El prisionero tenía los pies encadenados y las muñecas

esposadas, lo que le hizo recordar que aquélla era una de las prisiones de máxima seguridad de Alabama, en la que encarcelaban a los prisioneros más violentos.

—Siéntate aquí —el guarda le señaló a Stanton la silla que estaba enfrente de la puerta. Miró a Ria y comentó—: La habitación está en todo momento vigilada a través de esa ventana —había una ventana de doble cristal con un recuadro de alambre en el centro—. Cuando termine, llámenos. El interno tiene que permanecer sentado en todo momento —se volvió hacia Stanton—, ¿comprendido?

—Sí, señor.

Al parecer, el guardia también advirtió el deje sarcástico del prisionero, porque ensombreció el semblante.

—No me causes problemas, Stanton. Ya nos has causado demasiadas molestias.

Ria esperó a que saliera el funcionario antes de volverse hacia el interno al que había ido a ver. La primera impresión que tuvo fue la de que aquel hombre no parecía capaz de causar tanto revuelo. Era extremadamente delgado, alto, de una palidez enfermiza. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes y, a diferencia del que se había hecho en la prisión de Colorado, era evidente que aquel trabajo había sido realizado fuera de allí. Incluso llevaba tatuajes en los nudillos.

Se apartó el flequillo rubio de la frente. Sus ojos eran castaños y en aquel momento la estaban recorriendo con una insolencia que no guardaba ningún secreto sobre cuáles eran sus pensamientos.

—¿Larry Jay Stanton? —preguntó Ria con voz fría, exigente, ejerciendo su autoridad.

—Exacto muñeca. Éste debe ser mi día de suerte.

Ria se acercó a la mesa y se inclinó hacia él.

—A partir de ahora, te dirigirás a mí como sheriff Kingsley, ¿lo has comprendido?

—Claro, sheriff. Te llamaré como quieras.

Ria arrastró la silla que tenía frente a él y se sentó.

—Represento al condado de Fenton, Alabama. Y tu nombre ha salido a relucir en el curso de la investigación.

Apareció el recelo en su expresión.

—No sé cómo. Llevo aquí cinco años. Ni siquiera la policía le puede endilgar algo a un tipo que está encerrado.

—Tengo entendido que eres muy bueno haciendo tatuajes. Un prisionero que se escapó de Colorado hace unas semanas comentó que tú habías diseñado uno de sus tatuajes. Se llama Ronny Baker, ¿te suena?

Stanton se encogió de hombros.

—Hago muchos tatuajes.

—Éste era un caballo alado. Un poco rudimentario, pero supongo que no tenías a tu disposición las herramientas que utilizabas cuando estabas fuera —en prisión, era frecuente que los tatuajes se realizaran con una aguja de coser y tinta de bolígrafo—. ¿Dónde solías trabajar?

El prisionero se reclinó en la silla, era evidente su impaciencia ante aquel interrogatorio. Pero una mirada a la puerta le bastó para enderezarse otra vez. Una de las principales quejas de los presos, Ria lo sabía, era el aburrimiento. A pesar de su escaso entusiasmo, su presencia representaba una distracción para la implacable monotonía de sus días.

—Trabajaba por todas partes. Estuve trabajando en Florida y en Georgia antes de hacerlo en Alabama.

—¿Estos trabajos puedes haberlos hecho tú?

Sacó un par de fotografías y las colocó en la mesa. Eran las que le había hecho al hombre al que había matado antes de volar hacia Los Ángeles. Stanton tomó una de ellas, después la otra, y las examinó de

cerca.

—¿Está muerto?

Ria asintió.

—Es un caso sin resolver. Nunca se descubrió su identidad. ¿Por qué? ¿Lo conocías?

Ria no fue consciente de que estaba conteniendo la respiración hasta que el preso negó con la cabeza. La soltó lentamente, intentando aplacar la desilusión que se había prometido no iba a experimentar.

—Nunca les prestaba mucha atención a los tipos. Con las mujeres, sin embargo, era diferente —cerró los ojos con un gesto lascivo—. En ese caso la recordaría.

—Apuesto a que sí.

Ria miró a Stanton detenidamente. Estaba condenado a cincuenta años de cárcel por violaciones múltiples. Al parecer, acostumbraba a ofrecerles a sus clientes algo para el dolor y las asaltaba cuando todavía estaban bajo los efectos de la droga que les proporcionaba. Después, terminaba el tatuaje esperando que no recordaran nada cuando volvieran a recuperar la consciencia.

Pero un par de clientes lo habían recordado. Por lo visto, no habían tomado tanta droga como él esperaba, porque en cuanto habían salido de allí, habían ido directamente a la policía. Algunos estudios indicaban que un noventa por ciento de los violadores habían cometido asaltos anteriores a aquellos por los que eran denunciados. Y Ria estaba más que dispuesta a apostar que Stanton había tenido una larga carrera como violador antes de que las dos últimas violaciones lo hubieran llevado a prisión.

—Así que no te acuerdas de ese tipo. ¿Y del tatuaje? ¿Crees que lo hiciste tú?

Pero el prisionero no estaba mirando la fotografía. La estaba

mirando fijamente a ella.

—¿Sabe, sheriff? No hemos hablado en ningún momento de lo que le va a costar esta entrevista. Supongo que pensará que un tipo como yo no tiene ningún gasto, pero los tengo.

Ria le dirigió una contundente sonrisa.

—¿Quieres saber qué vas a sacar tú de esta entrevista? ¿Qué tal mi buena voluntad, Larry? Por lo que he oído contar de ti durante las últimas semanas, podrías necesitarla, ¿no te parece?

Por lo que Udall, el director de la prisión, le había contado, Stanton había sido víctima de un brutal ataque. Estaba a punto de morir cuando uno de los funcionarios había interrumpido la pelea. Tras la pelea, lo habían internado en aislamiento para protegerlo, pero según el funcionario, aquel régimen estaba a punto de llegar a su fin.

Stanton clavó la mirada en el pecho de Ria.

—Su buena voluntad no va a acabar con eso. Como le he dicho, tengo gastos.

—Y también tienes a alguien que quiere verte muerto. Por lo menos eso es lo que dicen los funcionarios. Pero aun así, están a punto de interrumpir tu régimen de aislamiento. Y es difícil predecir cuánto podrás sobrevivir entre la población en general.

—Estoy trabajando en ello —musitó con expresión preocupada.

—Yo puedo ayudarte. Por lo menos puedo hacerte ganar algún tiempo. Si comunico a prisión que estás colaborando en una investigación, tu vida adquirirá un nuevo valor. El caso es que puedo conseguirte más tiempo en aislamiento.

—Necesitaría estar en aislamiento por lo menos un par de meses más.

—Haré todo lo que esté en mi mano para conseguirlo —le prometió.

Era bastante posible que no volviera a verlo nunca más, dependiendo, por supuesto, de la clase de información que le diera.

—De acuerdo —Stanton sonrió—. Trato hecho... muñeca. Como le he dicho, ese trabajo es mío —señaló una de las fotografías con el dedo índice—. Es un Pegaso. ¿Sabe? Aparecen en los griegos. Un caballo volador —se encogió de hombros, como si la mitología no tuviera para él ninguna importancia—. Hay muchos tatuadores que lo hacen, pero los detalles de los míos los convierten en algo especial. Cuanto más pequeño es el dibujo, más difícil resulta incluir ciertos detalles. Pero en eso soy un genio, en una ocasión, tatué una flor en el pezón de una mujer. Un trabajo verdaderamente artístico, como se lo digo.

—Sólo me interesan los Pegasos —Ria lo interrumpió con impaciencia—. ¿Cuántos habrás hecho?

Stanton arrugó la frente, aparentemente, le resultaba difícil recordar.

—No sé. Cincuenta o sesenta en total.

Aquel número fue como un jarro de agua fría para las esperanzas de Ria. Intentar seguirle el rastro a tantas personas le llevaría meses, años incluso. Y si Stanton no se acordaba de ellas, le resultaría imposible.

Pero las siguientes palabras de Stanton le hicieron renovar sus esperanzas.

—No todos eran iguales, por supuesto. La mayoría de la gente quería algo más grande. En una ocasión hice uno que ocupaba toda la espalda de un tipo. Me llevó tres días. Este de aquí era un diseño especial. Prometí no volver a utilizarlo nunca más. Y no lo hice —añadió, dirigiéndole una mirada fugaz—. Me pagaron muy bien por hacer este diseño especial.

La emoción crecía, estaba incluso a punto de atragantarla.

Esforzándose para controlar la voz, Ria le preguntó:

—¿Y qué lo convierte en un tatuaje tan especial?

—Bueno, el tipo quería que fuera pequeño. Y tuve que añadirle unos rayos. No es fácil, ¿se da cuenta? Porque si no se hace bien, parecería que salen directamente de las alas, lo cual es una estupidez.

—¿Qué tipo? —lo interrumpió Ria con impaciencia—. ¿Cómo se llamaba?

—Me pagó para que no lo recordara. Conseguí un buen precio por ese diseño. Cerré el negocio aquella noche y trabajé solamente para él y para sus amigos.

Todo en el interior de Ria pareció paralizarse. Por un instante, imaginó que podía sentir cada latido de su propio pulso. Saborear hasta la última partícula de oxígeno de sus pulmones.

—¿Sus... amigos?

Stanton contestó frotándose la nariz.

—Sí, eran como seis, ¿o siete? —frunció el ceño—. No, creo que eran cinco tipos. Pero podrían haber sido seis. Y entre ellos sólo había una mujer.

Una hora después, Stanton estaba tumbado en una litera, en su celda, con las manos detrás de la cabeza y la mirada clavada en las grietas del techo. No hablaba con nadie, salvo con los guardias, en el caso de que alguno de ellos fuera algo sociable. No tenía nada que esperar, salvo la porquería que le servían como comida. No disfrutaba del privilegio de hacer ejercicio. Ni del de las visitas.

La vida tenía un precio.

Pero la visita de aquel día había supuesto un cambio en su aburrida rutina. Sí señor. Aquella mujer era el mejor ejemplar que habían visto sus ojos en años, incluso con aquel horrible uniforme marrón.

Fantaseó sobre lo que habría debajo de aquel uniforme y sintió

crecer su erección. Nunca le habían gustado mucho las pelirrojas, pero tampoco había sido nunca muy exigente en lo relativo a mujeres. Era un tipo que apostaba por la igualdad de oportunidades. Si en algún momento pudiera quedarse a solas con ella, liberaría su melena de aquella trenza y hundiría las manos en su pelo mientras la penetraba.

Se llevó la mano al sexo, soñando despierto durante unos minutos antes de que otra idea arrinconara su fantasía.

No había conseguido arrancarle la promesa de dinero, ni tampoco lo esperaba. Pero se le ocurrió pensar en alguien que quizá pudiera tener algún interés en enterarse de aquella visita. Los tatuajes que había hecho ocho o nueve años atrás no tenían nada que ver con Enrico Álvarez, pero a Jake Tarrance quizá le gustara saber que él no era el único interesado en el bueno de Larry Stanton. A lo mejor incluso le daba dinero a cambio de información, aunque tenía que tener mucho cuidado al jugar con eso. Tarrance no era un hombre al que se pudiera engañar.

Larry sabía que no tenía un cerebro privilegiado, pero se tomaba su tiempo en pensar las cosas. Estudió todos los aspectos de la situación antes de concluir que probablemente Tarrance se enteraría de aquella visita aunque él no se lo dijera. Aquel hombre parecía tener ojos y oídos en todas partes. Larry tendría que decirle algo más si quería conseguir el dinero que pudiera proporcionarle alguna comodidad en aquel infierno.

Juró en silencio y se triscó los nudillos con frustración. Tampoco eso tendría sentido, porque Jake no pagaba nunca a nadie.

Se sentó en la cama con aire taciturno, dejando colgar las piernas del borde de la litera. Algunas de las preguntas que le había hecho aquella mujer habían evocado viejos recuerdos. Sacudió la cabeza con impaciencia. Ella no era la única que se había interesado por ese condenado tatuaje. Había otro tipo, mucho tiempo atrás, que había

estado siguiéndole la pista.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Cinco años? ¿Seis? Como le había dicho a la sheriff, no recordaba a todos esos tipos demasiado bien. Lo único que sabía era que aquel último tipo le había ofrecido una gran cantidad de dinero si le avisaba en el caso de que alguien fuera a preguntarle por ese tatuaje.

Y aunque entonces le había parecido una posibilidad remota, la cantidad que le había ofrecido le había convencido de que le convendría conservar aquel número de teléfono a mano.

Con una enorme sonrisa, cerró los puños. Aunque había embellecido los tatuajes de los nudillos durante años, cualquiera que los examinara detenidamente distinguiría una cifra en el centro de cada uno de ellos. Unió los puños y soltó una carcajada. Si aquel número todavía funcionaba, Larry Stanton estaba a punto de convertirse en el preso más rico de Alabama.

Capítulo 4

Ria estuvo poniéndose al corriente de todo lo ocurrido durante la tarde cuando llegó a la oficina, pero no conseguía olvidar su conversación con Stanton. Eran cerca de las ocho cuando salió, pero se dirigió hacia su casa sin detenerse a pensar que posiblemente no tendría allí nada comestible. La comida no era una prioridad. Lo que quería era consultar sus archivos.

Era inútil que intentara recordarse que podría estar embarcándose en una búsqueda imposible. Durante los últimos seis años, habían sido muchas las ocasiones en las que había creído estar a punto de descubrir su identidad. Y en todas, había terminado enfrentándose a una decepción devastadora.

Pero aquella vez sería diferente.

Como era inútil aplacar su emoción, intentó dominarla y pensar con lógica. La palabra de un delincuente como Stanton no tenía mucho valor, pero tampoco Stanton tenía muchos motivos para mentir. Y los detalles que le había dado sobre el tatuaje tenían sentido. Había dicho que estaba en Georgia cuando aquel grupo había ido a tatuarse, y en Georgia había cerca de trece bases militares diferentes. ¿Pertenería el grupo tatuado a alguna de ellas?

Ria había intentando seguir aquella pista un par de veces, pero en ambas ocasiones había terminado perdiendo la confianza en ella. A pesar de los cambios sociales, el estamento militar en Estados Unidos continuaba siendo incondicionalmente paternalista. Una mujer podía recibir el tipo de preparación que, obviamente, Ria había tenido, pero jamás la habrían seleccionado para ningún tipo de operación especial.

En cualquier caso, no había podido reducir nunca su búsqueda a una rama militar específica. Sin nombres con los que investigar, lo único que podía hacer era conseguir listas de aquellos militares que estaban en activo cuando le habían disparado, o de aquellos que habían desaparecido en el ejercicio de una misión seis años atrás. El volumen de información había sido abrumador.

En aquel momento, sin embargo, tenía una dirección en la que investigar. Pero todos los pensamientos desaparecieron de su mente cuando vio un coche aparcado detrás de su coche particular.

Una oleada de adrenalina la invadió y frenó precipitadamente. Ella nunca tenía visitas. Y estaba absolutamente segura de que no había invitado a nadie.

Alargó la mano hacia la radio y pidió información sobre una matrícula de Georgia, pero la verdad era que no necesitaba la respuesta que le proporcionaron minutos después para imaginar quién era el propietario de aquel deportivo. Con los labios apretados, salió del coche patrulla, lo cerró de un portazo y se dirigió a grandes zancadas hacia su casa. La puerta delantera estaba entreabierta, como si quisiera burlarse de la facilidad con la que podían ser burladas sus medidas de seguridad.

Desenvainó la pistola, liberó el seguro y entró con sigilo en la casa, buscando a su visitante.

Lo encontró en el salón, sentado en un sillón frente al televisor y con un periódico en el regazo.

—Es curioso —comentó Ria en un tono de voz totalmente inexpresivo—, nunca había tenido problemas con las alimañas en esta casa.

Jake Tarrance arqueó las cejas.

—No me sorprende. ¿Te has dado cuenta de que en la cocina no tienes absolutamente nada de comida? En la nevera sólo tienes un

par de naranjas mohosas y una lechuga —lo cual no explicaba, advirtió Ria en silencio, la botella de cerveza importada que tenía en la mano—. Si hubieras tenido algo más, te habría preparado la cena.

Era extraño oír palabras tan inofensivas saliendo de los labios de un hombre con aspecto letal. Aquel día iba vestido con unos vaqueros y una camisa del mismo color de sus ojos. Pero ni su atuendo informal ni sus palabras podían borrar el aura de amenaza que parecía acompañarlo siempre.

—En ese caso —entró en la habitación, apuntándolo con la pistola —, tendría que haber comprobado si había restos de arsénico.

Jake parecía divertido. La única luz de la habitación procedía de la pantalla encendida de la televisión. Jake estaba en medio de las sombras, como una especie de Lucifer dispuesto a comprar almas. Pero Ria no tenía ningún negocio que hacer con él.

—A pesar de nuestra falta de confianza, quizá podrías bajar la pistola. Creo que tenemos algunas cosas de las que hablar.

Ria se acercó a una lámpara y la encendió sin dejar de mirar a Jake un solo instante.

—Claro, en cuanto dejes el periódico en el suelo. Y despacio.

Una vez más, la diversión cruzó el rostro de Jake, pero con un pequeño movimiento, dejó caer el periódico al suelo, mostrando al hacerlo la pistola que tenía en la mano. Se encogió de hombros.

—De verdad he venido a hablar, pero he pensado que podrías necesitar que te convenciera.

—Lo único que necesito es una razón para convencerme de que no debo dispararte en este momento.

—Bueno, en primer lugar, echarías a perder el sillón —señaló—. Pero teniendo en cuenta la calidad de tus muebles, tampoco se perdería mucho. Y también podría ser un problema para la sheriff de Fenton tener que explicar la aparición de un cadáver en su casa.

Aunque supongo que serías capaz de inventar cualquier historia.

—¿Como que tuve que disparar a un intruso que se me había metido en casa?

Jake ignoró su sarcasmo.

—Supongo que tendré que aceptar el hecho de que quieras saber qué estoy haciendo aquí —se interrumpió y añadió con voz sedosa—. Al igual que el que prefieras mantener nuestra relación en privado.

Aquellas palabras la enfurecieron, aunque también la preocuparon. Le resultaría más fácil explicar la aparición de un cadáver en su casa que los motivos por los que había pasado la noche con el delincuente más conocido de la zona. La conversación que había mantenido aquella tarde con el detective del Departamento de Investigación de Columbus había sido de lo más reveladora. Entre otras cosas, Jake era sospechoso de dirigir un lucrativo negocio de contrabando de antigüedades en diferentes estados. Pero, según el detective, jamás habían podido conseguir pruebas que permitieran su detención.

—Te sorprendería mi creatividad —le rodeó con la pistola en mano—. Cualquiera de mis explicaciones tendría más credibilidad que la palabra de un vulgar delincuente.

—¿Vulgar? Me estás ofendiendo, Ria, de verdad —giró ligeramente su sillón para no perderla de vista—. Siéntate, por el amor de Dios. Podemos mantener una conversación civilizada. No voy a irme de aquí sin obtener alguna respuesta.

—No hay nada que hablar. No pienso retirar los cargos contra Boster. Es uno de los tuyos, ¿verdad? —su voz reflejaba su profundo desprecio—. Las drogas siempre son un asunto sucio, pero la metanfetamina es peor que la mayoría de las drogas. El porcentaje de adicción es mucho mayor. Provoca psicosis y daños irreparables en el cerebro.

Toda apariencia de urbanidad desapareció del rostro de Jake. Sus ojos azules se transformaron en hielo y la temperatura de la habitación pareció descender varios grados.

—Boster es uno de mis socios, eso no voy a negarlo, pero yo no tenía ningún conocimiento sobre el tipo de actividades en las que andaba metido en este estado. No voy a protegerlo, de eso puedes estar segura. Tengo entendido que ayer llamaste al Departamento de Policía de Columbus. ¿Puedo saber con quién hablaste? ¿Con Edward? ¿Con Renard? Cualquiera de ellos te habrá dicho que nunca he sido sospechoso de estar relacionado con el mundo de las drogas.

La verdad era que el detective Edward le había dicho que la droga y la prostitución eran las únicas actividades ilícitas de las que no era sospechoso.

—Entonces, si no estás aquí por Boster, ¿qué quieres? —le preguntó bruscamente.

Se apoyó contra la pared sin bajar el arma.

—¿Qué quiero? —repitió Jake lentamente.

Ria dudaba de que pretendiera imprimir a sus palabras aquel íntimo calor que estaba haciendo temblar todas sus terminales nerviosas. Fuera lo que fuera lo que buscaba aquel hombre, no iba a repetirse lo que había pasado la noche anterior.

—Para empezar, quiero saber qué fue lo que te llevó ayer a mi restaurante. ¿Quién te envió? Y antes de que se te ocurra mentir, quizá te convenga saber que con un solo disparo podría destrozarte la mano con la que sostienes la pistola.

Aquella amenaza no tuvo ningún efecto en Ria.

—Como se te ocurra apretar el gatillo, te aseguro que no apuntaré a tu mano —movió ligeramente la pistola para apuntar a una parte mucho más sensible de su anatomía.

Pasó un segundo. Dos. Ria sentía las punzadas de la adrenalina en

la columna vertebral. Tenía los sentidos alerta, con una intensidad que le resultaba casi dolorosa. Y de pronto, Jake se echó a reír. Reía divertido, con una risa grave y masculina.

—Maldita sea, pero me gustas, Ria Kingsley. Me gustaste desde el principio, desde antes de que me dijeras tu nombre. Antes de saber que eras policía —consiguió imprimir a su última palabra un tono de disgusto que aun así no le restaba valor a su cumplido—. ¿Estás trabajando con el Departamento de Policía de Columbus? ¿Se ha formado una agencia entre varios estados?

—Si fuera así, ¿crees que te lo diría?

Jake ignoró su pregunta.

—No he tenido ninguna noticia al respecto y mis fuentes suelen ser muy buenas. Así que quizá fuiste a buscarme por otros motivos.

—No fui a buscarte. A no ser que consideres que rechazar una invitación a cenar y ser atacada después pueda ser una extraña estratagema.

Se arrepintió inmediatamente de sus palabras. La diversión había desaparecido del rostro de Jake para ser sustituida por una intensidad que le recordó a Ria todo lo ocurrido la noche anterior.

Había algo brutalmente sensual en convertirse en el centro de aquella concentración.

—En realidad tuve una suerte pésima —le dirigió una sombría sonrisa—. El destino nunca ha sido especialmente generoso conmigo.

—Podría creerte si no supiera dónde has pasado la tarde.

Jake observó la sorpresa y el posterior recelo que reflejaba su expresión. Ambos sentimientos fueron sustituidos casi inmediatamente por una máscara inexpresiva que, aparentemente, Ria adoptaba a voluntad.

—¿Qué motivos tenías para ir a ver a Larry Jay Stanton?

La llamada telefónica de Larry sólo había servido para empeorar

un mal día. Y el interés de Ria por aquel hombre era una coincidencia excesiva como para pasarla por alto.

Ria lo miró con los ojos entrecerrados.

— ¿Me has seguido?

— Ha sido Larry el que me ha hablado de tu visita. Él y yo tenemos un... acuerdo. Él me proporciona cierto tipo de información a cambio de que yo haga donaciones a sus organizaciones benéficas favoritas.

Es decir, a su cuenta corriente, por supuesto. Como anterior compañero de celda de Álvarez, Stanton tenía un gran valor para Jake. Y continuaría siendo importante hasta que tuviera la certeza de que le había contado todos los planes de Álvarez para después de su liberación.

— ¿Qué tiene que ver el tatuaje del caballo con Álvarez?

— Yo diría que nada, puesto que no conozco a Álvarez.

Jake esbozó una lúgubre sonrisa.

— Pues intenta recordarlo, pequeña. Me resulta curioso que ayer aparecieras en mi casa, me anularas el cerebro y después concertaras una reunión con un preso que está bajo mi protección.

— Tus problemas de capacidad mental probablemente sean genéticos —respondió Ria fríamente—. Y tu «protección» no parece muy de fiar. Por lo que Udall me ha dicho, lo único que ha salvado a Stanton de la muerte ha sido un cambio de régimen. Creo que le irá mucho mejor tratando conmigo. Puedo convencer a los funcionarios de que lo mantengan aislado indefinidamente. ¿Tú puedes prometerle lo mismo?

— Te sorprendería la cantidad de cosas que puedo conseguir.

Su poder atravesaba los muros de la prisión, pero ni siquiera él había podido salvar a Stanton de estar cerca de la muerte cuando Álvarez se había enterado de que había traicionado sus confidencias.

Pero la promesa que le había hecho a Larry podía funcionar a su

favor. Jake sabía que el director de la prisión estaba perdiendo la paciencia. La influencia de Ria podría ser más efectiva que el dinero que le pagaba él a aquel funcionario. Jake quería mantener vivo a Stanton, por lo menos hasta que soltaran a Álvarez. Sólo cuando Larry se hubiera visto completamente libre de las amenazas de aquel hombre podría confiar en que le diera toda la información que poseía. Los convictos no eran gente de palabra. Y tampoco los policías.

Miró a Ria y advirtió la firmeza con la que sostenía la pistola. No había nada en su conducta que insinuara siquiera la pasión que había desplegado la noche anterior. Sintió un intenso calor en el vientre al recordarlo. Ria se había mostrado recelosa, pero no tímida. Desinhibida, pero sin perder en ningún momento sus reservas. Y lo había enredado como no había conseguido hacerlo ninguna otra mujer. Por esa única razón, ya la consideraba peligrosa.

—¿Quién es Álvarez? —le preguntó.

—Un hombre que quiere verme muerto.

—Teniendo en cuenta lo que he aprendido sobre tus actividades, supongo que no es el único. ¿Qué interés tienes tú en él?

Para ser alguien tan reservado a la hora de proporcionar información sobre sí mismo, hacía muchas preguntas, advirtió Jake. Pero como sabía que Ria podría averiguar sin demasiadas dificultades las respuestas, decidió que no le haría ningún daño responder.

—Álvarez me culpa de su actual situación. Pronto lo liberarán y Stanton está dispuesto a compartir conmigo los planes que tiene Álvarez para entonces.

Ria lo miró con firmeza.

—Supongo que era de él del que Edwards hablaba. ¿Lo sustituiste en sus negocios después de que fuera arrestado?

Incluso después de casi diez años, Jake todavía sentía una fiera satisfacción al pensar que el hombre que estaba en prisión lo había perdido todo. Que el dinero que no había escondido había desaparecido. El control que tiempo atrás ejercía en Columbus había sido completamente olvidado. Pero teniendo en cuenta lo mucho que le había costado a Jake, ni siquiera aquel castigo le parecía suficiente.

No, todavía no había terminado con Enrico Álvarez. Y por lo que a través de Stanton había averiguado, tampoco Álvarez había terminado con él.

—Así que dices que ese tatuaje por el que le has preguntado a Stanton no tiene nada que ver con Álvarez —sería un estúpido si confiaba en su respuesta. Pero aun así, se descubrió a sí mismo deseando que le respondiera.

—Mi investigación se refiere a un asunto que está completamente al margen.

—En cualquier caso, yo no me fiaría demasiado de nada de lo que Stanton me dijera. Ese tipo sería capaz de vender a su abuela por dinero.

—Puesto que tú eres el único que le pagas, supongo que deberías seguir tu propio consejo. ¿Cómo sabes que te dice la verdad sobre Álvarez?

—No lo sé —no le importaba admitirlo. Estaba demasiado acostumbrado a vivir de aquella manera para pensar en ello—. Pero no importa. Yo no confío en nadie. Ni siquiera en ti —la recorrió con la mirada y sintió que el fuego ardía de nuevo bajo su piel. Pero estaba decidido a ignorarlo—. Mucho menos en ti. Si me entero de que me estás mintiendo, volveré.

Ria no parecía haberse dejado impresionar por sus palabras.

—No te lo aconsejo. No soy muy buena anfitriona, y menos con personas a las que no he invitado a mi casa. La próxima vez, te

costará más convencerme de que no te dispare.

Jake se levantó, advirtiéndole al hacerlo que Ria se ponía en alerta ante su movimiento. Lo que él deseaba, más de lo que resultaría conveniente, era saber de dónde procedían aquellos instintos tan afinados de Ria. Y estaba decidido a averiguarlo antes de cruzarse otra vez con ella.

—Tu hospitalidad deja mucho que desear. Por lo menos yo, cuando estuviste en mi casa, te ofrecí un poco de hielo y una cama caliente.

—Me temo que no voy a devolverte la invitación —continuó apuntándole mientras lo seguía hasta la puerta, de modo que tampoco él, que caminaba de espaldas frente a ella, bajó la suya—. Lo de ayer por la noche... —¿había inseguridad en su voz?—. Lo de ayer por la noche fue un error. No se repetirá.

Una vez en la puerta, Jake sintió el pomo en la espalda y se volvió para abrirla.

—Pues tengo que decir que, en lo que a errores se refiere, es uno de mis favoritos. Todavía no hemos terminado, Ria —advirtió que abría ligeramente los ojos al oír sus palabras, antes de ponerse de nuevo en guardia.

Dios. Hacía bien en ser tan prudente. Y también debería serlo él. Porque tenía todos los motivos del mundo para desconfiar de ella.

—Por cierto, yo no me preocuparía porque tu sistema de alarma sea especialmente vulnerable. Es más potente que la mayoría y en ese terreno, te aseguro que tengo ciertas habilidades —se interrumpió un momento para apreciar los nubarrones de tormenta que oscurecían su mirada y salió.

—Esto es una estupidez —Ria levantó la mirada de los papeles que tenía entre las manos para mirar al abogado del distrito—. Ninguno de los hombres que cruzó esa puerta conmigo la semana

pasada testificaría que no hubo que emplear una fuerza excesiva. Ese idiota hasta me apuntó con una pistola.

Richmond Davis alzó las manos, intentando aplacarla.

—Estoy seguro, señorita...eh, sheriff. El problema es que su abogado amenaza con hacerlo público y no creo que los inspectores se tomen demasiado bien el que se haga ese tipo de publicidad negativa. Usted disparó —le quitó los documentos, los hojeó hasta encontrar la página que buscaba, se aclaró la garganta y leyó en voz alta—: «disparó a conciencia apuntando al hombro izquierdo del señor Coob, causándole una gran pérdida de sangre y la pérdida de fuerza de los músculos del hombro» —se interrumpió y la miró preocupado—. Ése es un daño serio, señorita... quiero decir, sheriff.

Ria apretó la barbilla y contó mentalmente hasta diez. Pero aun así no consiguió dominar su enfado.

—¿De dónde ha sacado el título de abogado? ¿De una caja de cereales? A ese hombre se le disparó en el hombro, por el amor de Dios, pero inmediatamente recibió atención médica. Ni siquiera tuvo que pasar una noche en el hospital.

—Sí, también eso figura —Davis comenzó a buscar entre las hojas—. ¿Cómo se llamaba ese médico?

La tensión estaba comenzando a provocarle dolor de cabeza. Se frotó la nuca, esforzándose en no perder la paciencia.

—Esto es una tontería. Cuando estaba en Denver ocurría continuamente. Sólo es una cortina de humo. Aunque nos llevaran a los tribunales, no tiene por qué preocuparse. La detención estuvo fundamentada.

Pero el abogado palideció.

—¿Ir a los tribunales? Oh, no...señora.

Ria se levantó de la silla a una velocidad que hizo que el hombre retrocediera.

—No estoy dispuesta a llegar a un acuerdo bajo ninguna circunstancia.

Davis la miró con expresión obstinada. Se enderezó y se sacudió una mota invisible de polvo de la manga del traje.

—El abogado del distrito soy yo. Soy yo el que decide qué casos...

—Usted es un abogado joven y sin experiencia y todavía tiene que labrarse una reputación —era un disparo al aire, pero teniendo en cuenta la juventud del abogado, imaginaba que llevaba ejerciendo como mucho uno o dos años—. No querrá dar la impresión de que es blando con los delincuentes. Un error como éste en su carrera podría hacer peligrar su elección la próxima vez.

Davis tragó saliva, evidentemente, imaginándose el escenario que acababa de presentarle.

—Si pierdo este caso en los tribunales, tampoco sería muy beneficioso para mi reputación.

—No creo que eso ocurra. Pero en el caso de que suceda lo peor, ¿no preferiría haberse mantenido firme frente a las amenazas de un conocido traficante de drogas en vez de ceder a ellas?

El abogado frunció el ceño y Ria tuvo la sensación de que no estaba plenamente convencido.

—Supongo que sí.

—Dejemos que su abogado crea que se ha tragado el farol. En muchas ocasiones, intentan llevar adelante estas denuncias hasta el momento en el que se ha de elegir el jurado y entonces las retiran. En ese caso, quedaría como un héroe y ni siquiera tendría que poner un pie en los tribunales.

—¿Usted cree? —preguntó con el rostro radiante.

—Estoy segura.

El abogado se levantó, llevándose una copia de la denuncia.

—Quizá tenga razón. Pero tendré que pensarlo un poco más antes de tomar una decisión.

—Desde luego.

Ria lo acompañó hasta la puerta y la cerró tras él con un enorme suspiro. Sacudió la cabeza e hizo una mueca al sentir que el dolor se había intensificado.

Se dirigió al archivador y sacó un frasco de analgésicos del último cajón. Se tomó un par de pastillas y volvió a dejar el frasco en su lugar. Probablemente, la causa de sus dolores de cabeza fueran los días de tanta tensión seguidos de noches en las que apenas dormía. Y no parecía que aquella tendencia fuera a romperse a corto plazo.

La luna llena siempre parecía sacar a la luz a unos cuantos locos y por el aspecto que tenían los ocupantes de los calabozos, en Fenton no faltaban. El maníaco que había intentado robar en unos grandes almacenes de las afueras de la ciudad era un ejemplo. Después de llevarse el dinero de la caja, había descubierto que había cerrado el coche con las llaves dentro.

Sonrió al recordarlo. Simpson había atendido aquella llamada y continuaba jurando y perjurando que aquél había sido el arresto más fácil de su vida. Había encontrado al ladrón en la autopista, intentando hacer dedo.

Las noches las había pasado investigando a una sospechosa de fabricar metanfetamina. Se trataba de una mujer que vivía en un remolque con tres niños. Ria no estaba dispuesta a perder el tiempo reuniendo las pruebas que necesitaba para detenerla, quería sacar a los niños de aquella situación.

Y cuando no estaba cumpliendo con su deber, se dedicaba a reorganizar la información que tenía en los archivos.

Larry Stanton no recordaba exactamente la fecha en la que había hecho aquellos tatuajes, pero esperaba que el resto de los detalles

que le proporcionara fueran más concretos. Le había costado mucho convencer al director de la prisión de que era necesario que Stanton continuara bajo protección para el caso en el que estaba trabajando.

En Internet había algunas páginas con información sobre militares. Decidió concentrarse en aquellos que habían muerto en las fechas en las que la habían encontrado los dos asesinos y después cruzó las referencias de sus muertes con las listas del personal del ejército. Era un trabajo muy meticuloso, pero su entusiasmo todavía no había cedido.

Por fin se sentía en el camino correcto. Y nada iba a distraerla.

Su mente conjuró la imagen de Jake Tarrance y apretó los ojos un instante, intentando alejarla. No había vuelto a verlo desde que lo había visto marcharse de su casa varias noches atrás. Pero Jake aparecía en sus pensamientos en numerosas ocasiones, cuando menos lo esperaba. La había sorprendido con las defensas bajas al aparecer tan repentinamente en su casa y Ria sospechaba que era eso lo que pretendía.

Porque desde entonces no podía evitar imaginarlo en su sillón, con una cerveza en la mano. La casa parecía haberse llenado de su presencia y, por mucho que lo intentara, no era capaz de borrarla..

Con aire de determinación, se obligó a sacarlo de su cabeza. Miró el reloj y se prometió dejar de trabajar a las siete. Estaba tan absorta en el trabajo que la esperaba en casa que rara vez cenaba y no perdía el tiempo yendo a la compra o saliendo a cenar. Pero aquella noche, se prometió, mientras se sentaba y revisaba una lista polvorienta, se acercaría al StopChop y compraría algo de cenar para llevárselo a casa. Los pantalones le quedaban cada vez más grandes y no podía permitirse el seguir perdiendo peso.

Una vez fuera Jake Tarrance de su cabeza, se puso con el papeleo.

A pesar de sus buenas intenciones, eran casi las nueve cuando

salió de casa. Cuando llegó al StopChop, encontró allí a Eldon Croat cenando con Max Ewald, otro de los inspectores. La saludaron con la mano, de modo que no le quedó más remedio que sentarse en su mesa mientras ellos le daban vueltas a los motivos por los que Richmon Davis, el abogado del distrito, había ido aquel día a la oficina. Ria no se molestó en preguntar cómo se habían enterado. Se concentró en su comida y habló lo menos posible mientras los dos hombres se dedicaban a criticar el carácter del abogado y de al menos tres generaciones de sus antecesores.

—Richie Davis siempre ha sido un blando —hizo notar Ewald—. Fue el peor jugador que tuvo el equipo de Tripolo, ¿te acuerdas, Eldon?

Por supuesto, Eldon se acordaba.

—Tiene una madre con una lengua demasiado mordaz y un padre que se tiene en muy alta consideración. Nunca pensé que fuera el hombre indicado para ese trabajo, pero no hubo nadie más que se presentara al puesto. Mañana me acercaré al centro de la ciudad y hablaré con él.

—¿Por qué no me dejan hablar con él otra vez? —sugirió Ria—. Iba a tomar una decisión esta noche. Hablaré con él a primera hora de la mañana.

Le costó casi una hora, pero al final, los dos hombres estuvieron de acuerdo en que lo intentara de aquella manera. La cena terminó más tarde de lo que a Ria le habría gustado, pero tenía que asegurarse, de una u otra manera, de que Davis no llegara a un acuerdo con el traficante de drogas que había puesto la denuncia.

Hacía ya tiempo que había caído la noche. Ria aparcó en el cruce más cercano a su casa. La luz de la luna llena hacía que casi no hiciera falta la linterna para examinar los alrededores de la casa. Abrió la puerta y se dispuso a salir. Pero en el último momento, se decidió a sacar la linterna. No podía bajar la guardia, por mucho

que...

Oyó un ruido cerca de ella y, al segundo siguiente, la ventana del coche estallaba. El instinto la hizo refugiarse en el coche antes de registrar siquiera lo que estaba ocurriendo. Oyó otro silbido y al instante apareció un agujero en el parabrisas.

Alguien estaba disparando.

Se tiró al suelo. Si conseguía poner el coche en marcha, podría salir de la línea de fuego. Por la dirección de los disparos, el pistolero estaba tras ella.

Con movimientos torpes, alargó el brazo, giró la llave del encendido y presionó con la mano el acelerador. El motor cobró vida. Ria cambió de marcha e intentó enderezar el volante.

Los disparos eran cada vez más frecuentes. Oía el sonido metálico de las balas chocando contra la carrocería del coche. Se activaron todas las alarmas de Ria. El francotirador estaba intentando hacer explotar el tanque de gasolina. Si lo conseguía, moriría atrapada en un infierno.

Presionó con fuerza el acelerador, contó mentalmente hasta cinco y giró el volante, esperando estar dirigiéndose hacia la casa. Giró la cabeza y suspiró aliviada al ver la parte de atrás del edificio.

Agarró la radio para avisar a sus compañeros.

—Habla la sheriff Kingsley. Envíen tres unidades a mi casa. Hay un francotirador en la zona. Acérquense con precaución. Repito, acérquense con precaución.

La radio cobró vida con la respuesta de sus ayudantes. Ria dejó caer el transmisor, se acercó a la puerta de pasajeros y la abrió.

Se produjo un inquietante silencio. Habían dejado de disparar.

De cuclillas, corrió hacia la casa y miró cuidadosamente alrededor del edificio, buscando en la oscuridad alguna señal del pistolero.

Estaba en desventaja. Probablemente el francotirador iba

equipado con un aparato de visión nocturna. Examinó la línea de saúcos que había frente a la carretera, pero no detectó ningún movimiento. ¿Habría tenido tiempo de cruzar hacia su casa mientras ella estaba todavía en el coche? Intentó recordar cuánto tiempo había pasado desde que había oído los disparos, pero los minutos parecían fundirse.

Sin alejarse de la casa, fue gateando hasta llegar a la esquina de la fachada principal. Desde allí tenía una visión perfecta de la carretera, pero continuaba sin ver nada. Sonaron las sirenas en la distancia. Miró tras ella, y estaba a punto de desviar la mirada cuando, por el rabillo del ojo, advirtió que algo se movía. Miró con atención y volvió a verlo. Había una sombra en una de las esquinas de la casa. Ria avanzó centímetro a centímetro. Se levantó lentamente y fue rodeando la casa, pegándose en todo momento a la pared del edificio. Con mucho cuidado, se inclinó para poder ver claramente la sombra que continuaba moviéndose. Pasó un segundo. Dos. La sombra se alargó.

Cuando dobló la esquina de la casa, se produjeron tres disparos. Algo le rozó la mejilla y volvió a buscar refugio en la esquina. Los aullidos de las sirenas se oían cada vez más cerca.

Volvió a mirar a su alrededor y no vio nada. Ni una sombra, ningún movimiento.

Llegó el primer coche patrulla, seguido rápidamente por otro. Ria se levantó y les hizo un gesto con la mano, sabiendo que serían capaces de identificarla.

—Vinton, Simpson y tú llevad los coches hacia el prado que hay enfrente de la casa. Nosotros cubriremos esta parte. Tened mucho cuidado, hace unos segundos ha vuelto a disparar —sin decir una sola palabra, los dos hombres regresaron a su vehículo.

Ria montó con Cook. Éste condujo el coche por el terreno de la casa mientras ella escrutaba la zona.

Estaba vacío. La frustración la devoraba. El francotirador podía haber desaparecido en cualquier dirección y, con cada segundo que pasaba, estaría alejándose de allí.

— ¿Quiere que lo busquemos a pie?

Ria asintió resignada.

— Sacad las linternas y los rifles y ocupaos de la parte derecha de la propiedad. Yo organizaré al resto de los hombres cuando lleguen. Rodead la zona y a lo mejor podemos atraparlo.

Pero mientras se dirigía hacia la fachada principal para recibir a sus hombres, ya presentía que la búsqueda sería en vano.

Tres horas después, sus sospechas demostraron ser ciertas. A pesar de los esfuerzos de una docena de ayudantes y otros diez suplentes, no pudieron atrapar al francotirador. Una pareja de detectives se llevó el coche de Ria para que lo examinaran. Ria no confiaba en que pudieran encontrar ninguna información valiosa, a no ser que hubiera quedado atrapada alguna bala en el asiento.

Llevaron focos al jardín y a la carretera, donde ella sospechaba que podía haberse escondido el francotirador, tras una hilera de árboles. No encontraron ningún casquillo, aunque había algunas hendiduras en la hierba que indicaban que probablemente aquel era el lugar desde el que se habían efectuado los primeros disparos.

Uno de los ayudantes se hizo un esguince al tropezar con la alambrada oculta que rodeaba la casa. Lo único que le cabía a Ria era esperar que aquel pistolero hubiera sufrido el mismo destino.

Al cabo de unas horas, llamó a sus hombres e interrumpió la búsqueda hasta que llegara el día.

— Continuaremos peinando el barrio durante el día — recorrió con la mirada los semblantes cansados de los hombres que la rodeaban —. Gracias por vuestra ayuda. Mañana volveremos a empezar.

— Podrían echarle un vistazo a esa herida, sheriff — sugirió Cook

—. Parece que la sangre ya está seca. No le ha dado, ¿verdad?

Ria sacudió la cabeza, aunque estaba deseando llevarse la mano a la mejilla. Recordando lo mucho que le había escocido, comentó:

—Probablemente me ha rebotado parte de un casquillo. Worley ha encontrado una bala en esa zona de la casa.

Cook asintió y se dirigió hacia su coche. Algunos hombres estaban alejándose ya. Otros hablaban en pequeños grupos.

—¡Sheriff, sheriff!

A Ria se le hundió el corazón al ver a Vera Wainwright corriendo hacia ella. Como propietaria, reportera y fotógrafa del *Tripolo Tribune*, tenía los oídos abiertos a todo.

—He sido muy paciente, sheriff, pero no has contestado a ninguna de mis preguntas.

—Lo siento, Vera, pero no sabremos nada hasta que los forenses no hayan analizado las pruebas.

—¿Tienes idea de quién ha disparado o por qué?

—No, no sabemos quién ha sido. Puede haber sido un cazador que se ha despistado en medio de la noche —pero incluso a ella le parecía una explicación absurda.

—No sé qué podría estar haciendo un cazador por esta zona —sonó la voz de Ralston tras ella y Ria apretó los dientes.

Aquel hombre libraba aquella noche, de modo que no estaba en ninguno de los coches patrulla que habían acudido a la llamada.

—La mayor parte de los cazadores cazan en los bosques del sudeste del condado —continuó.

—A no ser que estén persiguiendo a algún venado que decida cruzar la carretera —lo contradijo Ria con firmeza. Se volvió hacia Vera—. Pásate mañana por la mañana por mi oficina. Te daré todos los datos que pueda.

Ralston y ella observaron a la periodista mientras se alejaba.

—Espero que no haya traído problemas a este condado al mudarse aquí, sheriff —dijo Ralston.

Sólo quedaban un par de coches en el jardín. La adrenalina hacía ya tiempo que se había desvanecido y Ria estaba ocupada. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que el cansancio no se reflejara en su voz. No quería mostrar ningún signo de debilidad delante de aquel hombre.

—¿Por qué no me dices claramente lo que estás insinuando?

—He leído su informe. Los policías de la gran ciudad, como usted, con todos esos casos que ha resuelto, tienen enemigos por todas partes. Lo único que espero es que ninguno de ellos haya decidido instalarse aquí para saldar cuentas con el pasado.

«Cuentas con el pasado». Aquella frase le puso los pelos de punta. Ralston acababa de expresar el mayor de sus miedos. Pero no era la venganza de ningún gánster de Denver la que tenía todos sus instintos en alerta. Era algo mucho más letal.

¿Habría descubierto alguien su verdadera identidad? ¿La estaría buscando otro asesino con intención de silenciarla para siempre?

—Con la última redada, no puede decirse que estemos haciendo amigos en determinados círculos. Cualquiera de los últimos detenidos puede querer vengarse.

—O quizá haya que buscar entre las personas a las que no detuvimos. Como Jake Tarrance, por ejemplo.

La sangre se le heló en las venas. Necesitó de todas sus fuerzas para poder sostenerle a Ralston la mirada.

—¿Por qué iba a querer dispararme Jake Tarrance?

—Dígame usted, sheriff —Ralston se cruzó de brazos y se balanceó ligeramente sobre los pies—. ¿Qué cree que estaba haciendo la otra noche Jake Tarrance por el condado?

Sintiéndose atrapada, Ria optó por decir la verdad.

—Estaba esperándome —por la expresión de Ralston, comprendió que tenía razón, que éste ya sabía que Tarrance había estado en su casa—. Pretendía que llegáramos a un acuerdo sobre Boster. Yo le dije que era imposible. No se fue muy contento, pero tampoco con intenciones homicidas.

Era una historia verosímil y no había ninguna razón para que Ralston lo dudara. Pero no podía olvidar lo que le había dicho Jake antes de marcharse: «si me entero de que me estás mintiendo, lo averiguaré. Todavía no hemos terminado el uno con el otro, Ria».

Pero no, aquellos disparos no podían ser de Jake. ¿Qué motivos podría tener? Ella no tenía nada que ver con Álvarez y al parecer, era éste el que consumía toda su atención.

—Deberíamos vigilarlo —la voz de Ralston parecía llegarle desde la distancia—. Él tiene más razones que nadie para querer quitársela de en medio.

—Usted también tiene razones para querer quitarme del medio. Estoy ocupando un puesto que debería haber sido suyo. ¿Deberíamos investigar dónde ha estado esta noche?

Al ver su expresión, Ria se maldijo mentalmente por su falta de diplomacia. Pero ya era tarde, estaba cansada y no quería prolongar aquella conversación.

—Esto no nos va a conducir a nada bueno. Me voy a descansar — se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta, deteniéndose un instante para desactivar la alarma.

Ralston la observó marcharse con los puños apretados. Zorra engreída. Y todavía tenía el valor de burlarse de él porque no había llegado a ser sheriff. Aquel puesto debería ser suyo, maldita fuera. Él tenía la veteranía y la experiencia suficientes como para sustituir a Winston.

Pero no. Escupió en el suelo para liberar su boca del sabor a bilis. Croat había convencido a los otros inspectores de que era preferible colocar a alguien de fuera. Y, por si eso no fuera bastante, habían elegido a una mujer. Era una pena que alguna de esas balas no se la hubiera llevado de allí para siempre.

Pero el hecho de que Kingsley estuviera allí no significaba que tuviera que quedarse.

Y al margen de los motivos con los que había justificado su encuentro con Tarrance, el caso era que había tratado con uno de los más importantes delincuentes de la zona. ¿Quién podía saber de qué habían estado hablando? Podría ser de algo ilegal. Aunque Ralston no tenía pruebas, por supuesto. Pero por aquella zona bastaban las apariencias para que comenzaran a correr los rumores. Y de una u otra manera, aquella zorra terminaría largándose de allí.

Capítulo 5

Jerry Grimm, senador de Alabama, aceptó una segunda copa de bourbon y se reclinó en su asiento.

—Siempre tiene los mejores licores, Tarrance. Eso tengo que reconocerlo.

—Siempre lo mejor para mis amigos, Jerry —Jake elevó su vaso y lo inclinó hacia el del otro hombre, haciendo un brindis burlón—. Y espero poder continuar disfrutando de su amistad.

Grimm dio un sorbo a su bebida.

—Lo que me está pidiendo en esta ocasión va más allá de los negocios que hemos hecho en el pasado. Si alguien llega a olerse algo sobre nuestra relación, este proyecto se quedará en agua de borrajas. Y también mi carrera política.

—Confío en su discreción —contestó Jake con cinismo.

En lo que realmente confiaba era en el instinto de supervivencia del senador. Jake estaba seguro de que Grimm encontraría la manera de ganarse el generoso soborno que le estaba ofreciendo, manteniendo en secreto su relación.

—Aunque todavía no entiendo de qué va a servir mi ayuda. El que proponga la legalización de los casinos privados no quiere decir que se vaya a aprobar el proyecto. La última vez que hubo un verdadero debate sobre el juego en el estado, nos salieron todo tipo de conservadores en contra.

—Ya me preocuparé de eso cuando ocurra.

Jake ya tenía una idea aproximada de cuántos habría a favor del proyecto. Y había otros muchos que al final podrían apoyarlo. La

naturaleza humana nunca cambiaba. Todo el mundo tenía un precio.

—Debo estar loco para considerar siquiera la posibilidad de hacerlo —Grimm dio otro trago a su bourbon—. Esto puede ser mi suicidio político.

—No, si sigue mis instrucciones. ¿Recuerda lo que le ocurrió al anterior gobernador cuando se negó a apoyar la lotería cuya recaudación iba a ir para educación?

—Fue derrotado en las siguientes elecciones. Pero aun así...

—Estos son tiempos económicamente difíciles —Jake repitió los argumentos que necesitaba que memorizara su compañero—. Cada estado debe hacer todo lo que esté en su mano para garantizar el futuro de sus niños. Con su propuesta, el diez por ciento de los beneficios del casino irá a parar a la educación pública. Esa es una cantidad de dinero increíble. Le considerarán un santo.

Y Jake Tarrance obtendría la primera licencia para abrir un casino. E incluso después del diez por ciento y de los impuestos, obtendría más beneficios en un mes de juego legal en el casino que en seis meses en la ilegalidad.

—Si se llega a saber algo de nuestra relación, terminaremos los dos en la cárcel.

—No creo que me siente bien la prisión —respondió Jake, arrastrando las palabras—. Ése es uno de los motivos por los que siempre la he evitado.

A los quince años, había tenido que pasar dieciocho meses en un centro de detención de menores. Y lo que había aprendido de aquella experiencia era que la paciencia tenía un límite. Pero, siendo prevenido y planificando bien las cosas, podía olvidarse de la prisión. Era una lección que nunca olvidaría.

—No es malo tener algo de miedo, eso le ayudará a ser más prudente —como lo sentía vacilar, añadió—. ¿Debo ingresar el dinero

en la misma cuenta de siempre?

La mención del dinero borró la expresión preocupada del senador. El senador Jerry Grimm tenía muchos gastos. Una joven y flamante esposa y una familia a la que pasarle una pensión.

—Exacto, a la misma cuenta.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Jake.

—Es un placer hacer negocios con usted, senador.

Se estrecharon las manos brevemente. Una vez alcanzado un compromiso, Grimm parecía tener prisa por marcharse.

—Le avisaré cuando el proyecto esté listo para ser presentado.

—Le echaré un vistazo también al borrador.

No iba a dejar todo el trabajo en manos de Grimmer. Tenía dos excelentes abogados con los que conseguiría que aquel proyecto pareciera una sugerencia de Teresa de Calcuta.

—Se lo enviaré por fax.

Jake asintió y presionó el botón del intercomunicador de su escritorio.

—Cort, enseñale a nuestro invitado la entrada secreta —se volvió hacia el senador—. Mi chófer está esperándolo. Él lo llevará a donde tenga que ir.

Un segundo después, llegó su empleado y acompañó al senador a través de una puerta escondida en uno de los paneles de la pared. La puerta conducía a un callejón.

Con las manos detrás de la cabeza, Jake contempló satisfecho uno de los cuadros que adornaban sus paredes. Había puesto la maquinaria en movimiento. Y había muy pocas dudas de que el resultado fuera a ser exactamente el que él deseaba.

La mayoría de los mortales se emocionarían ante la inminencia del éxito. Pero Jake no solía dar alas a aquellos sentimientos. Estaba,

suponía, cansado. Desde hacía años, lo único que despertaba en él algún sentimiento era saber que se acercaba un enfrentamiento con Álvarez. El hombre que quería verlo muerto.

Pero por encima de aquel pensamiento, llegó otro. Sí, recientemente había sido embaucado por los sentimientos, y con una intensidad que iba mucho más allá de lo que se creía capaz. De hecho, cada vez que estaba cerca de Ria Kingsley, se amotinaban sus hormonas.

La atracción sexual era capaz de manejarla, pero había algo más allá de eso. Aquella mujer enigmática y de ojos inolvidables lo fascinaba. Había más, mucho más de lo que su superficie sugería. Y si no lo hubiera sospechado antes, lo habría hecho tras haber indagado en su pasado.

Apartó la mirada del cuadro cuando Cort volvió a entrar en el despacho.

— ¿Ya está el senador de camino?

— He imaginado que querría tenerlo fuera de aquí antes de que llegara su próxima visita.

Jake arqueó una ceja.

— No sabía que tenía visita.

Cort se acercó a la pared antes que Jake y deslizó lo que parecía ser un mural. Tras él, había un panel de monitores de televisión. Presionó algunos botones mientras Jake permanecía tras él.

— ¿Lo hemos visto antes?

Jake sacudió lentamente la cabeza. Su visitante vestía un traje de dos mil dólares y portaba un halo de autoridad impresionante.

— ¿Ha dado algún nombre?

— Colton, eso es todo. No trae ninguna identificación. Lo hemos registrado. Está limpio.

— Asegúrate otra vez antes de hacerlo pasar.

—Sí, señor.

A través del monitor, Jake observó a su empleado cruzar una sala que mantenían intencionadamente vacía. Cort volvió a registrarlo. El desconocido protestó cuando le pidió que se vaciara los bolsillos, pero lo único que llevaba dentro era un bolígrafo de oro y una calculadora. Cort guardó los dos objetos en un cajón y presionó el intercomunicador.

—¿Puedo hacerle pasar, señor?

Con un rápido movimiento, Jake corrió el mural y se acercó a la puerta.

—Gracias, Cort.

Le hizo un gesto al hombre para que entrara y cerró la puerta tras él. Señaló un sillón de cuero situado al lado del escritorio y le dijo.

—Tome asiento. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Colton?

El hombre se sentó. Era tan alto como Jake y ligeramente más robusto. Tenía el pelo entre rubio y castaño y sus ojos eran de un color igualmente indescriptible.

Su normalidad alertó a Jake. No era un hombre que destacara entre la multitud, sino uno de aquellos que podía confundirse en un grupo sin que nadie lo advirtiera.

—He estado investigando y he descubierto que usted tiene cierta reputación en esta zona.

—Como regla general, no presto mucha atención a mi reputación. Siempre he pensado que es un error creer a tu propia prensa — contestó Jake.

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro del hombre, pero desapareció rápidamente.

—Creo que usted es el hombre indicado para el trabajo que tengo en mente.

—¿Y cuál es ese trabajo?

—Tengo un problema que me gustaría que eliminara por mí.

Jake extendió las manos y lo miró con firmeza.

—¿Por qué no me habla sobre él?

—No es él, es ella —Colton se colocó meticulosamente los gemelos—. Rianna Kingsley. Quiero que la mate.

Dijo algo más, pero Jake no lo oyó. Lo único que oía era el rugido que atronaba sus oídos. Podía ver los labios de aquel hombre moverse, pero no registraba lo que decían. Tardó algunos segundos en recuperarse al tiempo que intentaba borrar toda expresión de su rostro. Con una frialdad glacial, preguntó:

—¿Por alguna razón en especial?

—No creo que eso sea relevante. Si cumple con la misión para finales de esta semana, recibirá a cambio una importante cantidad de dinero.

—Una semana. No es mucho tiempo.

—No necesita mucho tiempo. Tengo entendido que ya la conoce —la sonrisa de Colton contenía cierta dosis de desprecio—. Usted y yo tenemos un conocido común, Larry Stanton.

La furia comenzaba a bullir en el interior de Jake. La última vez que había hablado con Larry, éste lo había llamado para informarlo de la visita de Ria. Le había comentado que había alguien más interesado en aquella información, pero él le había advertido que mantuviera la boca cerrada.

—¿De verdad? —respondió Jake con voz fría—. Me cuesta imaginar los motivos por los que Larry podría interesarlo.

—Le sorprenderían mis intereses. Señor Tarrance, tengo que hacerle una propuesta que será beneficiosa para los dos.

—Ahórreme la molestia. No creo que yo sea la persona indicada para la clase de negocios que le interesan. Debería buscar un

profesional, alguien que se ocupe únicamente de ese tipo de asuntos.

—No tiene por qué ocuparse personalmente de esta cuestión. Por lo que he oído decir, tiene suficientes contactos dentro de su organización que podrían llevar a cabo esta tarea. Y si me escucha, creo que estará interesado en lo que puedo ofrecerle a cambio.

Jake se levantó.

—Estamos perdiendo el tiempo. No puedo ayudarlo.

—Enrico Álvarez —Jake se quedó paralizado—. Creo que no se llevan bien, ¿verdad? Estará en libertad condicional dentro de unas cuantas semanas y, cuando salga, tengo entendido que vendrá a por usted.

—Ésa es una vieja historia. ¿Qué tiene que ver Álvarez con todo esto?

—Nada. Y todo. Además del dinero que estoy dispuesto a pagar por ese trabajo, podría hacer que esa libertad condicional se retrasara durante varias semanas —arqueó las cejas—. Creo que eso podría ser beneficioso para lo que sea que esté planeando.

—Lo que estoy planeando, Colton, es continuar vivo y en libertad. Y aceptar su oferta no me parece la manera más indicada de caminar hacia ese fin.

—¿No? ¿Ni siquiera cuando le explique lo que sucederá si no llegamos a un acuerdo?

Era imposible no advertir la amenaza velada de sus palabras, a pesar de la amabilidad de su tono.

—Voy a asumir que en este momento no está preparado para la liberación de Álvarez —se encogió de hombros—. Imagino que es comprensible. No estaba al tanto de que era uno de los candidatos a salir. La superpoblación de las prisiones está siendo un auténtico problema, ¿verdad?

Jake permaneció en silencio. Evidentemente, Larry no sólo le

había hablado a Colton de Ria, sino también de él.

—Puedo suponer que para usted representaría un auténtico problema que Álvarez fuera liberado, digamos, mañana por ejemplo, en vez de dentro de unas semanas.

Todos los planes que había estado maquinando durante años la mente de Jake parecieron desintegrarse. Álvarez todavía tenía muchas cosas por las que pagar. Con su estancia en prisión ni siquiera había comenzado a pagar sus deudas. Era sólo una época en la que podría reflexionar sobre lo que había perdido y por qué. Y considerar lo que lo esperaba cuando saliera.

Porque después de lo que a Jake le había costado, tendría que pagar con su vida.

Pero esa clase de preparación requería de tiempo, cuidado y, sobre todo, precaución. No debía dejarse atrapar por los sentimientos. Cuando la gente respondía emocionalmente, terminaba pagando por ello.

—¿Cómo puedo tener la garantía de que tiene tanto poder?

—Creo que la próxima conversación que mantenga con Udall aclarará cualquier duda relativa a mi poder —señaló el teléfono—. Adelante, llámelo ahora mismo. Esperaré. Pregúntele por su amigo Larry.

Jake se acercó a la mesa e hizo justamente eso. La conversación con el director de la prisión fue breve. Cuando terminó, Jake se inclinó para colgar el teléfono y, disimuladamente, presionó un botón de debajo del escritorio con la mano libre.

Se enderezó, se volvió hacia Colton y dijo:

—Hablemos de negocios.

Ria estaba frente a los cuatro detectives que se habían reunido en su despacho. Cook y Simpson estaban sentados cerca de ella. Ronny Decker, de casi dos metros, se removía incómodo en su asiento. Ria

no creía que hubiera silla alguna en el departamento, aparte de la que había encargado para su escritorio, en la que pudiera estar cómodo. Patricia Clark, la única mujer policía, aparte de ella, permanecía a su lado.

—¿Qué dice el informe preliminar?

Fue Simpson el que contestó.

—No hemos encontrado muchas pruebas. Teníamos la bala que se encontró en su casa y sabemos que no fue disparada desde la carretera.

—Estaba detrás de mí, en una esquina de la casa, cuando me disparó.

—Es una bala de calibre treinta, sin cobertura de cobre.

Ria asintió sombría. El francotirador había sido muy cuidadoso. Como ella sospechaba, debía llevar un equipo de visión nocturna que le había permitido distinguir claramente su objetivo y recoger los casquillos. Esa clase de precauciones indicaba que había sido un plan cuidadosamente elaborado. O llevado a cabo por un experto profesional.

Miró a Simpson.

—¿Algo más?

—Hemos enviado la bala a Birmingham para estar seguros, pero Weston sabe mucho sobre armas y cree que la rata de fuego es de uno a once. No sabemos qué puede indicar eso, pero la mayoría de los rifles guardan una proporción de uno a diez o de uno a doce.

—Puede ser un rifle hecho a medida —algunos rifles utilizados por francotiradores utilizaban esa frecuencia de tiro. Ria no se cuestionaba a qué se debían sus conocimientos sobre francotiradores.

—No deberíamos tener ningún problema en identificar el arma desde la que se ha hecho ese disparo si la pudiéramos localizar.

Pero todo el mundo sabía que ése era precisamente el problema.

—¿Habéis encontrado algo en el peinado del barrio?

Fue Clark el que contestó en aquella ocasión.

—Algunos vecinos dicen haber oído lo que ellos creían eran fuegos artificiales o algo parecido. Ninguno de ellos pensó que se tratara de disparos hasta que oyeron las sirenas de la policía.

La casa más cercana a la de Ria estaba como a doscientos metros de distancia.

—LaDonna Wilcox dijo que su hijo creyó ver un yeti —los hombres se echaron a reír—. LaDonna lo atribuyó a una sobredosis de refrescos de cola y a demasiados programas de ciencia ficción —Patricia se encogió de hombros—, pero quizá lo que vio fue la sombra de un hombre corriendo y su imaginación hizo el resto.

—¿En qué dirección esta la casa de los Wilcox respecto de mi casa?

—Hacia el sudeste.

Tenía sentido.

—También se han encontrado algunas fibras en la alambrada que rodea la casa. Los resultados del laboratorio indican que puede tratarse de alguna clase de arpillera con tintes sintéticos.

—Podrían ser de la bolsa en la que llevaba el arma —dedujo Decker.

—O de una esterilla para sentarse mientras esperaba —comentó Cook.

—Es más probable que pertenezcan a alguna de las prendas que llevaba puestas.

Ria miró a Simpson a los ojos y supo que habían llegado a la misma conclusión.

—Un traje Ghillie.

—Uno de esos trajes especiales de camuflaje hechos con varias capas de yute y arpillera —le explicó Cook a Patricia.

—Ya sé lo que es un traje Ghillie —protestó Patricia.

Ria apenas los oía. Aquellos trajes estaban diseñados especialmente para fundirse con el paisaje.

A los ojos de un niño, un hombre con un traje así podía pasar perfectamente por un yeti.

—Le echaremos un vistazo al jardín de los Wilcox y veremos si encontramos algún resto más. También tuvo que llevar algún coche. No puede haberse ido corriendo con ese traje y un fusil. Habrá que volver a hablar con los vecinos, describirles el traje y averiguar si alguien ha visto algo parecido.

—Yo voto porque sea Patricia la que hable con el niño de los Wilcox —dijo Cook.

—Y yo propongo que la acompañes para mantener a la madre ocupada —respondió Clark—. He oído decir que siempre ha sido muy amable contigo.

—La Donna Wilcox es amable con cualquier hombre que respire.

Se levantó un coro de risas que interrumpió Ria al mirar a su alrededor.

—Tampoco nos vendría mal echar un vistazo a nuestros últimos detenidos. Debemos comprobar si alguno de ellos es cazador, antiguo militar o está afiliado a algún grupo de supervivencia. Comprobadlo, e investigad también si hay algún lugar cerca de aquí en el que vendan esos trajes.

Los cuatro asintieron y, comprendiendo que aquél era el final de la reunión, se levantaron. Ria los detuvo antes de que hubieran llegado a la puerta.

—Voy a decirle esto a todo el mundo, pero de momento, os lo comunicaré a vosotros cuatro. Si esto está relacionado con nuestras

últimas actividades, es posible que no sea yo el único objetivo —se interrumpió—. A partir de ahora, tenemos que tener un cuidado especial.

Los observó marcharse y cerró la puerta tras ellos. Podía ser cierto, cualquiera de los últimos detenidos tenía motivos para ajustar cuentas con alguien del departamento. Un frío helado cubrió su piel. En lo que se refería a ajustar viejas cuentas, no eran solo un puñado de traficantes de drogas los que podían querer su cabeza. De hecho, le resultaba difícil imaginar a ninguno de sus últimos detenidos con un equipo tan especializado. Lo cual dejaba una sola posibilidad.

Una extraña sensación de *déjà vu* le rondaba la mente. Era una sensación que no había podido sacarse de la cabeza desde que había sufrido los disparos. Seis años atrás, habían enviado a dos asesinos a buscarla, pero desde entonces, había conseguido permanecer oculta y pensaba, esperaba, que no volverían a encontrarla otra vez. Sin embargo, era posible que lo hubieran hecho.

A los dos últimos asesinos los había encontrado esperándola en el interior de su casa. Inconscientemente, Ria se levantó de la silla y comenzó a caminar nerviosa por la habitación. Sus métodos de matar habían sido mucho más personales. Una navaja la primera vez, un garrote la segunda. Cada una de esas armas requería de una habilidad especial para utilizarla, y lo más importante, de un combate cuerpo a cuerpo.

En contraste, la bala de un francotirador era algo mucho menos personal que los intentos anteriores. Y también llamaba más la atención. Si el francotirador era alguien de su pasado, ¿qué podía justificar el que se hubiera distanciado tanto de sus métodos anteriores? ¿Habrían sido efectuados aquellos disparos por algún traficante de armas en libertad bajo fianza? ¿O aquel método había sido elegido precisamente para que fuera eso lo que pareciera?

Pero no iba a encontrar la respuesta entre aquellas paredes. En

ese momento, sonó su intercomunicador y llegó hasta ella la voz de Marlyss.

—Alguien te llama por la línea dos, Ria. No ha querido decir su nombre.

—La atenderé —si la llamada era de alguien que quería ofrecer información anónimamente sobre el francotirador, no quería desanimarlo.

Descolgó el auricular.

—Sheriff Kingsley.

—Sheriff, tenemos un asunto sin resolver.

No se identificó. No hizo falta que lo hiciera. El sistema nervioso de Ria respondió inmediatamente a aquel tono grave de voz.

—No tenemos nada más que hablar, Jake.

—No estoy de acuerdo. Ven a verme a mi restaurante dentro de dos horas. Me aseguraré de que tengamos intimidad.

—No.

Era un palabra bien fácil de decir. Lo único que deseaba era haberla dicho antes. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, habría hecho muchas cosas de manera diferente. En primer lugar, habría elegido otro restaurante para cenar aquella noche.

—Dos horas, Ria. No puedes permitirte el lujo de no hacerme caso. Es demasiado importante.

—No creo que nada de lo que puedas decirme pueda ser considerado importante.

—¿De verdad? ¿Has hablado últimamente con Larry Stanton? ¿No? Pues tampoco podrás hacerlo, porque alguien lo ha matado esta misma tarde. Y estoy dispuesto a apostar que tú eres la razón de su muerte.

Para cuando entró en el Hooches, Ria estaba a punto de estallar.

La encargada del restaurante la recibió con una enorme sonrisa y la condujo hacia uno de los reservados del comedor, situado frente a unos ventanales con vistas al río. Era difícil contemplar aquellas vistas y no recordar las que se disfrutaban desde el apartamento de Jake.

Pero aquel recuerdo sólo sirvió para avivar su genio.

—El señor Tarrance no tardará en llegar —le prometió la encargada del restaurante.

Mientras ella se alejaba, se acercó una camarera con una botella de Chivas Regal y dos vasos. Colocó uno frente a ella y comenzó a servir antes de que Ria la detuviera con un gesto.

—Para mí no, gracias. No me quedaré mucho tiempo.

La mujer continuó llenando los dos vasos.

—Es una orden del señor Tarrance, señora.

Ria apretó los labios. Era evidente que aquel hombre estaba acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido. El problema era que ella no estaba acostumbrada a seguirlas. Había estado a punto de mandarlo al infierno, pero las noticias sobre Stanton la habían dejado desconcertada. Jake había colgado el teléfono dando por sentado que iría a verlo y lo que hacía que le hirviera la sangre era haber hecho exactamente eso. Pero una llamada al director de la prisión le había confirmado la noticia de Jake. Y le gustara o no, sabía que Tarrance podría darle más detalles que el director de la prisión.

No le pasó por alto el hecho de que el resto de las mesas de aquella sección estaban vacías. Y estaba segura de que también ésa era una orden de Jake. Aquella conversación tenían que mantenerla en privado.

Sintió un cosquilleo en la nuca e intuitivamente imaginó su causa. Involuntariamente, se volvió y vio a Jake cruzando el restaurante para dirigirse hacia ella; todo ello mientras aquel condenado calor

continuaba fluyendo por su sangre.

Así que no era capaz de controlar la respuesta de su cuerpo. Pero eso no significaba que fuera a ceder de nuevo a él. No podía permitirse aquel lujo. A los cinco minutos de salir de Fenton, se había dado cuenta de que un coche la seguía. Se había asustado, hasta que había reconocido la torpeza del conductor. Había dado por sentado que si la persona que iba al volante quisiera verla muerta, habría sido más hábil.

Averiguar que era Ralston el que la seguía sólo había servido para avivar su irritación.

Afortunadamente, había conseguido perderlo con un mínimo esfuerzo.

—Ria —había auténtico placer en la voz de Jake.

—He hablado con Udall —contestó Ria, intentando endurecerse—. Ha dicho que el informe de la autopsia estará listo dentro unos días, pero creen que Stanton ha sido envenenado.

Jake se sentó frente a ella y a Ria le dio un vuelco el corazón. Habría hecho falta estar muerta para no responder a su magnetismo. Como se negaba a arreglarse para él, Ria había cambiado el uniforme por unos vaqueros y una camiseta azul marino de manga larga. Pero si la mirada de Jake era un indicativo de algo, lo de menos era la ropa que llevaba puesta. Había regresado aquella ardiente intensidad que la hacía sentirse como si todo lo que los rodeaba hubiera dejado de existir.

Jake alargó la mano para acariciarle la mejilla herida por la esquirla de la bala.

—Parece que siempre llevas alguna señal.

—Gajes del oficio —se removió en su asiento, poniendo una prudente distancia entre ellos—. Udall cree, y yo estoy de acuerdo, que ha sido Álvarez el que ha ideado lo del envenenamiento. Habrá

una investigación...

—Sabes tan bien como yo que no servirá de nada.

—Probablemente no. Pero alguien podría estar dispuesto a ofrecer información a cambio de un mejor tratamiento en prisión. Un traslado a la prisión más cercana a su domicilio, por ejemplo —se inclinó hacia delante—. La cuestión es que tú sabes tan bien como yo que Álvarez es el único que quería verlo muerto. Y siento que estés intentando cargarme a mí con la muerte de Stanton.

Ria no necesitaba ningún otro muerto sobre su conciencia. Ya tenía bastante con Luz.

—No te estaba culpando a ti, o quizá sí, pero estaba enfadado —alargó la mano hacia su vaso y bebió—. No tengo la menor duda de que esta muerte ha sido planeada para hacer que todo el mundo llegue a la misma conclusión. No hay manera de probarlo. El cielo sabe que Álvarez tenía motivos para matarlo y que ya lo había intentado antes, pero no creo que haya ideado él este asesinato.

—¿Quién podría ser entonces?

—Estoy pensando en el tipo que ha estado en mi oficina esta mañana —la miró por encima del borde de su vaso—. El hombre que quería contratarme para que te matara.

Ria sintió un impacto en el pecho que la dejó sin aire en los pulmones. Inmediatamente se recuperó y le dirigió una fría mirada.

—Vaya, ¿y cuánto se paga? Considéralo un problema de orgullo, pero me gustaría saber cuánto valgo.

Jake se la quedó mirando fijamente durante varios segundos. ¿De verdad era tan fría? Por su reacción, cualquiera diría que tenía fuego en vez de sangre en las venas.

—Me ha ofrecido ciento cincuenta mil dólares.

Curiosamente, apareció en el rostro de Ria una sombra de diversión.

—Pensando en ello, no sé quién de los dos debería sentirse más ofendido. ¿Se te ha ocurrido pensar que te ha dado un precio tan bajo porque te subestima?

Jake se reclinó en el asiento.

—Estoy pensando en ello. Por cierto, te has tomado la noticia sorprendentemente bien.

Ria le dirigió una mirada glacial. Y Jake recordó entonces que era tan aficionada a las máscaras como él.

—Puedes intentarlo, Tarrance. Pero te advierto que los primeros dos hombres que vinieron a buscarme están muertos. Y el que lo intentó hace un par de noches, lo estará en cuanto lo encuentre —se encogió de hombros y tomó su vaso con mano firme—. Deberías pensar en ello antes de aceptar ese dinero.

—¿Qué ocurrió hace un par de noches?

Ria vació el contenido de su vaso y alargó la mano hacia la botella.

—Cuando llegué a casa, me estaba esperando un francotirador. En esas circunstancias, supongo que no te ofenderá que te pregunte dónde estabas tú en ese momento.

—¿Tienes alguna pista sobre la persona que disparó? —al ver su mirada burlona, se reclinó en su asiento—. De acuerdo, ya veo que la falta de confianza en mí es considerable. Pero intentemos relacionar todos los datos que tenemos. Fuiste a ver a Larry Stanton, cuya muerte, por cierto, representa un grave inconveniente para mí, y días después, él aparece muerto. Y antes de que el muriera, intentaron matarte a ti. ¿Fue un trabajo profesional?

—Si no me hubiera agachado a buscar algo que me había dejado en el coche, habría sido un blanco perfecto a doscientos metros.

A Jake se le hizo un nudo en el estómago. Doscientos metros no eran nada para un francotirador.

—Y dos días después, entro en contacto con una persona que

quiere verte muerta —la miró a los ojos—. Creo que el día que fuiste a ver a Larry Stanton pusiste todo este asunto en movimiento. Y teniendo en cuenta que yo también me juego mucho en todo esto, me gustaría saber qué asuntos te traías con él.

—Eso es cosa mía.

—Dejó de ser cosa tuya en el momento en el que mi informante mordió el polvo. Y justo ese mismo día, aparece un desconocido en mi oficina amenazando y ofreciendo dinero. Yo diría que ahora mismo es cosa nuestra.

—¿Te amenazó?

—Presumió de poder conseguir que soltaran inmediatamente a Álvarez. Naturalmente, para mí sería un serio obstáculo.

Ria le dirigió una amarga sonrisa.

—Cuánto lo siento. ¿Por qué no me das su nombre y su descripción y saco a ese tipo de aquí?

—Claro. El nombre que me dio es Colton, pero no creo que sea el verdadero. No llevaba ningún documento que lo identificara y era curiosamente normal. Es la clase de hombre que ni siquiera destaca cuando la describes. Y estoy prácticamente seguro de que puede cumplir todas sus amenazas. Y esto es todo lo que estoy dispuesto a decirte si tú no me ofreces algunas respuestas.

—¿De verdad crees que voy a ofrecerle respuestas a alguien que acaba de decirme que lo han contratado para matarme?

—Larry me contó que habías ido a verlo para hablar de un tatuaje que había hecho hacía años.

—¿Y?

—Cuando me lo describió, recordé haber visto antes ese tatuaje —se sirvió más bourbon en el vaso—, en tu tobillo. Si la memoria no me falla, era lo único que llevabas encima en aquella ocasión.

Por primera vez, un sentimiento iluminó la mirada de Ria. Jake

sintió una fiera satisfacción al verlo. Genial. Quizá no fuera él el único que se despertaba con las sábanas revueltas y pensando en una mujer a la que nunca debería haber conocido. Y mucho menos tocado.

—¿Qué más te dijo Larry?

—Me contó toda vuestra conversación. Y, maldita sea, cuando me dijo que había alguien que estaba dispuesto a pagar por recibir información sobre ti, debería haberme dado cuenta de que nada le impediría hacer aquel contacto. Su pasión por el dinero superaba incluso a sus miedos.

—¿Quién podría haberse puesto en contacto con él tan rápidamente?

—Me temo que no ha sido algo rápido en absoluto. Al parecer, era alguien al que había conocido hacía años y, cuando fuiste a verlo, Larry pensó que por fin le había tocado la lotería —Jake se reclinó en su asiento y apoyó el codo en el respaldo—. Y ahora te toca responder a ti. Porque todo este pequeño drama se está desarrollando a tu alrededor. Así que empieza a hablar.

Su frustración creció ante el pertinaz silencio de Ria.

—Puedes ahorrarte la parte sobre los hogares de acogida en los que creciste. Pero tu graduación en la Academia de Policía de Colorado fue impresionante. En puntería sacaste la máxima puntuación, ¿verdad?

La mirada de Ria se había tornado oscura y peligrosa, como la de una pantera a punto de atacar.

—Y tu posterior carrera en Denver fue igualmente impresionante. Lo único que tienes que decirme ahora es cómo encaja el tatuaje en todo esto y por qué alguien podría querer matarte.

—Debo haberme perdido algo —Ria inclinó la cabeza con gesto burlón—. No entiendo por qué debería estar de acuerdo en

compartir nada con el hombre al que han contratado para matarme. O espera, a lo mejor vas a intentar convencerme de que no has aceptado el trabajo.

—No, lo he aceptado.

Miró a su alrededor para atraer la mirada de Marta. La camarera corrió hacia ellos con la carta. A continuación, miró a Ria, disfrutando de la expresión contenida de su rostro.

—He conseguido una semana para hacer el trabajo. Es lo único que tenemos. Siete días para averiguar quién quiere matarte y por qué. Después podrás volver a... a ser policía —su tono reflejaba el asombro que le causaba aquella elección—. Y yo podré volver a mis planes.

Aceptó las cartas que Marta les llevó, le ofreció una a Ria y abrió la suya. Era sólo un ritual. Tenía los menús perfectamente memorizados.

Ria no alargó la mano hacia la suya.

—Como te he dicho antes, esto es asunto mío. Siento que te hayas visto involucrado en él, pero no tengo intención de confiar en ti. Ni de continuar teniendo ningún tipo de relación contigo.

—Eso es cosa tuya, por supuesto, pero supongo que querrás saber la información que he obtenido sobre Colton. Sé dónde vive y, en veinticuatro horas, sabré también su verdadero nombre y dónde trabaja.

Capítulo 6

Ria apretó la carta entre sus dedos. Jake no podía decir si era una muestra de sus nervios o de que estaba intentando contener las ganas de estrangularlo.

—Es un farol.

—¿Ah, sí? —bajó la mirada de nuevo hacia la carta—. ¿Te gusta el marisco? Tenemos cangrejos y langosta. Te recomiendo ambas cosas.

—Tengo algún dinero que ofrecer —el tono desapasionado de su voz hizo que Jake alzara lentamente la mirada. Un peligroso fuego comenzaba a arder en su interior—. No mucho más de lo que Colton te ha ofrecido, pero sí lo suficiente como para pagar por ese tipo de información.

—¿Sabes? Si fuera un hombre que apreciara la ironía, podría divertirme que alguien como yo encontrara ofensivo el que hubieran querido sobornarlo en dos ocasiones en el mismo día. Teniendo en cuenta la cantidad de sobornos que pago, es una incongruencia, pero así es.

—Míralo desde mi punto de vista. Es lógico que no sea muy propensa a ofrecer información sobre mí a un hombre al que han contratado para matarme.

—Has dicho que hubo antes otros.

Hubo una ligera oscilación en los ojos de Ria antes de que los dejara completamente inexpresivos. Jake maldijo mentalmente aquella capacidad. Sus informadores no habían podido profundizar todavía suficientemente. No tenía nada en su archivo que pudiera indicarle cómo había sido la vida de Ria Kingsley.

Le hizo un gesto a Marta. Ésta se acercó a la mesa y sacó una libreta del bolsillo del delantal.

—¿Ya has decidido lo que quieres? —preguntó Jake—, ¿o prefieres que decida por ti?

—No voy a quedarme a comer —lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que sí —se volvió hacia la camarera—. Yo tomaré carne con puré de patata, media ración. Y ella tomará patas de cangrejo... —se interrumpió para mirarla.

—No quiero patas de cangrejo.

—De acuerdo. Entonces tráele lo mismo que a mí.

—No voy a quedarme a comer...

Pero la camarera ya se había ido. Por supuesto, Jake no esperaba menos. Su gente hacía lo que él le pedía. En caso contrario, no trabajaría para él.

No tenía sentido esperar que aquélla fuera también una característica de Ria. No era una mujer fácil de llevar. Y ésa era una de las razones por las que la encontraba tan condenadamente atractiva.

—Incluso teniendo en cuenta la poca popularidad de la policía en ciertos segmentos de la sociedad, me parece excesivo que hayan enviado a tres asesinos a por ti.

Ria tomó su vaso y le señaló con él.

—Cuatro, contando contigo. No sé por qué te sorprende. Tú también tienes muchos enemigos.

—Sí, pero yo sé quiénes son. Y tú no. No necesitarías que te diera ninguna información sobre Colton si ya supieras quién quiere verte muerta. Y tampoco habrías necesitado a Stanton. No sabes quién está moviendo los hilos. En caso contrario, no estaríamos manteniendo esta conversación ahora mismo.

Ria apuró el contenido de su vaso.

—Daría cualquier cosa por no estar teniendo esta conversación.

—Larry me comentó que pensaba que el grupo que se había hecho los tatuajes pertenecía al ejército. Pero lo curioso es que en la información que tengo sobre Rianna Kingsley no aparece nada relacionado con el servicio militar. Al parecer, salió de la universidad y entró directamente en la academia de policía.

—Puesto que parece tener todas las respuestas, no acierto a imaginar qué estoy haciendo aquí.

Jake se la quedó mirándola fijamente, preguntándose qué se escondería tras aquella estoica fachada.

—No todas las respuestas —musitó—, ni de lejos. ¿Quién eres, Ria? ¿Qué eres?

Al oír su última pregunta, Ria retrocedió como si la hubiera pegado. Y, por un instante, su mirada podría haber encajado perfectamente con la colección de fotografías que Jake tenía en su apartamento.

Desolación. La expresión desapareció en un instante, pero Jake supo que no la había imaginado. Y en su interior surgió la inmediata necesidad de protegerla.

—Te ofrezco un trato —Ria se volvió para mirar por el rabillo del ojo a la camarera—. Te pagaré por cualquier información que puedas ofrecerme sobre ese Colton. Dame una semana para conseguir respuestas a las preguntas que tengo sobre él —cuando Marta llegó a la mesa, le pidió más hielo. Esperó a que se marchara para mirar a Jake de nuevo a los ojos—. Y al final de esa semana, si todavía quieres llevar adelante el trabajo para el que te han contratado... —se encogió de hombro—, podrás intentarlo.

Jake le tomó la mano y se la apretó con fuerza cuando ella intentó retirarla.

—Hablo en serio, haz el favor de dejar de intentar sobornarme —

musitó mientras le acariciaba los nudillos con el pulgar—. Llámame susceptible si quieres, pero estoy empezando a enfadarme.

Observó la irritación que reflejaban sus facciones. Y algo más. Una conciencia absoluta de sus caricias.

—No has estado precisamente comunicativa con tus respuestas, de modo que tengo ciertas dudas sobre la veracidad de la información que estás dispuesta a pasarme sobre tus descubrimientos —ignoró intencionadamente la mueca burlona que provocaron sus palabras—. Y como parece que ambos estamos interesados en cualquier información que podamos obtener y además compartimos la falta absoluta de confianza, sugiero que la única solución es que trabajemos juntos para averiguar lo que se propone Colton.

—Quizá tengas razón —contestó lentamente, sin vacilar apenas—. Podría tener sentido unir nuestras fuerzas —se inclinó hacia delante de tal manera que la curva de su seno casi rozaba su mano—. Dime una cosa, ¿adónde fue Colton cuando tus hombres lo siguieron?

Jake se llevó la mano de Ria a los labios.

—Lo siguieron —le dio un beso en la palma—, fuera del estado.

Cuando Ria intentó enredar los dedos en su mano, la soltó y se puso fuera de su alcance.

—Bonito intento. Especialmente el roce accidental de tu seno contra mi brazo.

—Accidental, sí. No volveré a estar cerca de ti de otra manera.

Jake soltó una carcajada y levantó su vaso. Aquella conversación lo estaba poniendo de buen humor.

—Aquí yo soy la única que tiene todas las de perder. Eres consciente de ello, ¿verdad? Puedo perderlo todo. Tengo que preocuparme por Colton y por ti. Si es que realmente existe. Porque

podrías habértelo inventado. En ese caso, sería un estúpida si confiara en ti.

—Y tú, por lo que sé de ti, podrías haber sido la que me ha enviado a Colton.

Ria tuvo el valor de hacerse la ofendida.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer algo así?

Jake se encogió de hombros.

—Jamás se me ocurriría intentar comprender la lógica de la policía. ¿Para incitarme a cometer un delito, quizá?

—Y creía que era yo la que estaba paranoica —musitó Ria.

—Y lo estás. Aunque por lo que me has contado, tienes motivos para ello. Y también yo. Lo único que tienes que hacer ahora es decidir en quién confías menos. En mí o en quienquiera que esté intentando matarte.

Dos horas después, Ria estaba esperando a que Jake cruzara el sorprendente complejo de seguridad que conducía hacia sus oficinas. Cuando cruzaron el último puesto de vigilancia y se dirigieron al ascensor, Ria comentó:

—¿Todos los ocupantes de este edificio son tan prudentes como tú?

Jake marcó un número y las puertas comenzaron a cerrarse.

—No vive nadie más aquí. Me gusta disponer de grandes espacios.

Por supuesto, pensó Ria con acritud. Estaba comenzando a comprender lo vastas que eran sus propiedades. Si Jake llevaba diez años trabajando, el tiempo que Álvarez llevaba en prisión, habría tenido muchas oportunidades de amasar una fortuna. A Ria le parecía inconcebible que continuara libre a pesar de las sospechas del Departamento de Policía de Columbus sobre sus actividades. De modo que, o Tarrance era muy bueno en lo que hacía, o tenía una

suerte increíble.

Una vez en el interior de su oficina, Ria miró a su alrededor con curiosidad. Unos cuadros de incalculable valor adornaban los paneles de madera de las paredes. Había un enorme escritorio, tras el cuál habían dispuesto unas estanterías desde el suelo hasta el techo. A la derecha del escritorio, había un tresillo de cuero y unos sillones del mismo material. Pero lo que realmente le llamó la atención fue el que no hubiera ventanas.

Era una habitación completamente interior.

Jake se dirigió hacia un enorme mural que cubría una de las paredes. Unos segundos después, el mural se deslizaba para revelar los monitores de un circuito cerrado de televisión. Jake presionó un botón para rebobinar una cinta de vídeo y la detuvo en el momento en el que aparecía una puerta abriéndose.

— ¿Reconoces al hombre que está con Cort?

Ria se concentró en la pantalla. Como Jake le había comentado, aquel hombre jamás destacaría en medio de una multitud. Pero ése no era el motivo por el que no lo reconocía. El estómago le dio un vuelco mientras escrutaba desesperadamente sus facciones. Podía ser un desconocido. O podía ser el hombre que había intentado matarla seis años atrás. Y que quería volver a intentarlo.

Pero no había manera de saberlo. Aunque lo hubiera conocido en el pasado, no se acordaría de él. Cuando ya era demasiado tarde para ocultar su cruda decepción, advirtió que Jake la estaba mirando.

— No lo conozco.

Pero podría haberlo conocido. Podría incluso haberle servido en alguna de las misiones que en aquel momento sólo alcanzaba a imaginar. Quizá fuera él el único que podía explicar aquellas misiones. Y podría ser él el que le había metido dos balazos en la espalda.

Su falta de memoria nunca la había hecho sentirse tan vulnerable. ¿Cómo podía protegerse de un enemigo sin rostro?

Jake activó el sonido y Ria escuchó con atención. Pero tampoco había nada en aquella voz que le resultara familiar. Cuando le oyó pedirle a Jake que la matara, sintió que la cubría una película de hielo.

Cuando el vídeo terminó, Jake la miró en silencio, esperando a que hablara.

—Como te he dicho, no lo conozco. Y es posible que te lo hayas inventando todo.

—No puedes permitirte el lujo de creer una cosa así.

No, no podía permitirse el lujo de creerlo. Y sería una estupidez ignorar la coincidencia entre su último intento de asesinato y la aparición de aquel hombre en la oficina de Jake.

—Te he dicho que no llevaba ningún documento que lo identificara. Lo que no te he dicho era que llevaba lo que en principio parecían un simple bolígrafo de oro y una calculadora.

—¿Crees que podrían ser otra cosa?

—Nosotros... tomamos ciertas precauciones antes de dejar pasar a alguien a las oficinas. Cort encontró una cámara en el bolígrafo y cree que la calculadora es un aparato para impedir cualquier intento de grabar la conversación.

—En estas circunstancias, es prudente tomar precauciones — comentó Ria.

—Nosotros también estamos acostumbrados a tomarlas, pero nunca habíamos visto aparatos como éstos. No hay nada parecido en el mercado. Y cuando hablo de mercado, me refiero también al mercado negro.

—Lo que me cuesta creer es que viniera tan preparado y, aun así, soltara su discurso una vez desprovisto de sus aparatos.

—Creo que no le quedaba otro remedio —se encogió de hombros y se frotó el cuello—. Stanton ya estaba muerto, el engranaje se había puesto en movimiento. Ese tipo confiaba en que nuestra conversación jamás nos daría ninguna pista sobre él.

—Aun así, conseguiste seguirlo.

—Subestimó a la persona con la que estaba tratando. Yo le pedí a Cort que comenzara a moverse en cuanto llamé a prisión. Son pocos los que cuentan con todos mis recursos.

La propia Ria estaba comenzando a preguntarse por la extensión de esos recursos.

—Has dicho que lo seguiste hasta el aeropuerto.

—Se montó en un helicóptero del gobierno. El plan de vuelo decía que se dirigía a Nueva York, pero cambiaron de rumbo en mitad del trayecto.

—Y tú... ¿cómo has sabido todo eso?

Jake parecía impaciente.

—Tengo personas por todas partes a las que pago para que me proporcionen cierto tipo de información. Intenta concentrarte, Ria. Eso no es importante. Lo importante es que Cort y otros de mis hombres pilotaron mi avión y siguieron a Colton hasta Washington D.C.

Ria se abrazó a sí misma, intentando protegerse de un frío repentino. Todas aquellas eran piezas de información inconexas que de alguna manera había que ligar. Y el tiempo para hacerlo era desesperadamente corto.

Una semana. Ése era el tiempo que Colton le había dado a Jake para matarla. Miró el reloj y se corrigió mentalmente. Seis días y unas cuantas horas. Menos de una semana para resolver un misterio que la había perseguido durante seis años. Y para colmo, tenía que intentar dejar de lado su natural desconfianza hacia el hombre que estaba

observándola con aquellos fascinantes ojos azules. Tenía que aceptar que su historia, si no cierta, era al menos posible.

—¿Qué información tienes sobre el hombre que te disparó la otra noche? —le preguntó Jake.

—No mucha —admitió—. Estaba en la carretera, esperándome. Y suficientemente cerca como para no fallar.

—Me pregunto si habrá sido Colton el francotirador.

Ella también se lo preguntaba, pero no tenía forma de saberlo.

—Podría haber sido cualquiera de los traficantes de droga a los que detuvimos.

Al menos dos de ellos tenían experiencia como cazadores. Pero eso no significaba nada.

La mitad de los habitantes de Alabama habían cazado en alguna ocasión.

—¿Cómo intentaron matarte los otros dos?

—Uno a navaja y otro con un cuchillo. Los dos eran profesionales.

—También podría serlo un francotirador.

—No sé. No creo que tuviera que ver con los dos intentos anteriores.

—¿Cuándo ocurrieron?

Su penetrante mirada le hacía imposible mentir.

—Unos seis años atrás.

—Eso fue, ¿cuándo? ¿Un año, medio año antes de que ingresaras en la academia? ¿Y por qué podrían haberse detenido los intentos durante todos estos años y ahora te buscan de nuevo?

—No lo sé.

Jake le dirigió una mirada sagaz.

—No me lo quieres decir. Pero tienes que pensar que yo soy el único que va a recibir información sobre Colton. Si quieres atraparlo,

tendrás que abrirte a mí. No voy a meterme en esto desarmado. Quiero saberlo todo.

—Nadie te ha invitado a meterte en esto —replicó. Se levantó, rodeó la silla y se aferró a su respaldo—. Lo único que tienes que hacer es pasarme la información que tus hombres reciban sobre la identidad de Colton. Yo haré todo lo demás.

La negativa de Jake, que contestó sacudiendo lentamente la cabeza, la enfureció.

—¿Por qué no? Demuéstrame que no tienes intención de matarme. Deja que sea yo la que decida qué hacer con esa información.

—Dentro de una semana, Colton sabrá que no estás muerta —contestó Jake secamente, sin apartar la mirada de ella—. Teniendo en cuenta lo que le ha pasado a Stanton, tengo motivos para creer que puede llevar a cabo su amenaza de liberar a Álvarez inmediatamente. Y no puedo permitir que eso ocurra. No, trabajaremos juntos. Y no pienso meterme en esto a ciegas. Quiero saber todo lo que sabes o sospechas sobre ese tipo. Empezaremos con los otros dos intentos. Has dicho que fallaron, ¿puedes decirme quiénes eran?

Ria sintió una desagradable opresión en los pulmones. Era como si se estuviera quedando sin oxígeno. Comprendió entonces que jamás le habían formulado ese tipo de preguntas. Nunca había hablado con nadie de lo que había vivido seis años atrás. La idea de hablarle de lo ocurrido implicaba un acto de confianza que ni siquiera podía contemplar. No, no podía confiar. Jamás lo haría. Y si alguna vez tenía que depositar su fe en alguien, no lo haría en un hombre que había aceptado matarla.

Pero necesitaba toda la información que pudiera proporcionarle. Necesitaba averiguar si Colton podía conducirla a las respuestas que estaba buscando.

Al final, era menos un acto de fe que el aceptar el menor de dos males. Se volvió hacia la mirada insondable de Jake. Quizá estuviera ofreciéndole sinceramente su ayuda, o quizá estuviera pensando en traicionarla en el peor momento. Era arriesgado. Pero si podía conducirla hasta el hombre que pretendía matarla y que había matado a Luz, era un riesgo que merecía la pena correr.

—De acuerdo —a pesar del palpitar de su corazón, su voz sonó firme—. Ven a mi casa mañana por la noche. Preferiría que fueras discreto.

La última vez, tu presencia no pasó desapercibida. Tráeme su verdadero nombre y toda la información que hayas conseguido sobre Colton.

—¿Y tú me darás...?

—Te contaré todo lo que sé —sabía que era un intercambio desigual. Ella tenía muy poca información y ninguna estaba relacionada con los últimos acontecimientos.

—Decidiremos entonces nuestro plan de acción —esperó a que Ria lo mirara para arquear una ceja—. Te conozco mejor de lo que crees. Saldrás a buscar a Colton en cuanto tengas esa información. Pero tendrás que empezar a acostumbrarte a no estar sola.

—Esperaremos a que no se la pueda ver desde la escuela —dijo Ria a través del teléfono móvil mientras bajaba los prismáticos. Había demasiada gente interceptando las conversaciones de la policía desde sus casas; ése era el motivo por el que nunca utilizaba la radio para las investigaciones.

—¿Estás segura? —el ayudante Cook parecía dudar—. Me parece más fácil abordarla mientras salen los niños.

—Los niños ya van a tener que sufrir bastante. No tienen por qué guardar también el recuerdo de su madre siendo arrestada.

Una trabajadora social iría a buscarlos al colegio y de allí irían a

un hogar de acogida hasta que su madre fuera juzgada. Y por la información que habían podido reunir, Ria estaba segura de que para cuando Vickie saliera de la cárcel, sus hijos ya serían adultos.

—La sospechosa ha salido del colegio y se dirige hacia el este — dijo Cook—. ¿Cuánto la dejamos alejarse?

—Detenedla en la próxima intersección.

Cuando Ria llegó, Cook y Ralston ya tenían a la mujer detenida y esposada. Ralston le estaba recitando sus derechos. La mujer se retorció para acercarse a Ria y le dijo:

—¡Sheriff! Sheriff, quiero hablar con usted. En privado.

—Ahórrate esas palabras para tu abogado.

Le hizo un gesto a Ralston y éste continuó recitándole sus derechos mientras Cook abría la puerta trasera del coche.

—Espere, tiene que escucharme. Esto es muy importante.

Ante la insistencia de la mujer, Ria vaciló. Al cabo de unos segundos, hizo un gesto a sus hombres para que se apartaran.

—De acuerdo, ¿qué ocurre?

Vickie Whitherspoon se humedeció los labios e intentó esbozar una sonrisa.

—¿Usted tiene hijos? No, no importa. Yo tengo tres. Su padre nos abandonó hace años y no tenemos a nadie más. No puedo ir a la cárcel. ¿Qué va a ser de ellos?

—Debería haber pensado en ello antes de ponerse a fabricar cristales de metanfetamina en su casa. La misma casa en la que viven sus hijos.

—No tenía otra opción, ¿no lo comprende? ¡Tenía que mantener a mis hijos! No sé hacer nada, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Cualquier otra cosa. ¿Alguna vez ha visto explotar un laboratorio de metanfetamina? ¿Tiene idea de lo que podría haberles

pasado a sus hijos? —Ria sacudió la cabeza e hizo un gesto a sus dos ayudantes para que metieran a la detenida en el coche patrulla.

Vickie escupió a los pies de Ria.

—Qué sabrá usted de alimentar a unos hijos. Usted nunca ha tenido que enfrentarse a los problemas de una madre soltera.

Aquello era cierto. Fuera lo que fuera lo que había pasado en su vida, Ria no había tenido hijos. Pensó entonces en Luz, y en lo difícil que debía ser para ella dejar de ver a su hija durante semanas para intentar ganarse la vida.

Se acercó a la puerta del coche patrulla e inclinó la cabeza para hablar con la detenida.

—No, no tengo ese problema, pero si lo tuviera, no tomaría esa opción —se enderezó y les hizo un gesto a sus hombres para que se la llevaran.

Ria nunca se había considerado una persona con el corazón particularmente duro, pero no había nada en aquella mujer que la conmoviera. Por traumática que fuera la detención de aquella madre para sus hijos, el daño siempre sería menor que el que les haría seguir viviendo con ella.

Abrió la puerta del coche y se sentó tras el volante. María tenía ocho años cuando Luz había muerto. Para entonces, debía tener ya la misma edad a la que su madre se había casado. En el tercer mundo, las opciones eran mucho más limitadas que las que había tenido Vickie Witherspoon. No por primera vez, Ria se preguntó por las opciones a las que tendría que enfrentarse la hija de Luz.

Pasó por el despacho del abogado del distrito, Richmond Davis, para llenar el formulario de la detención.

—Witherspoon podría querer llegar a un acuerdo —le comentó al final.

—Pero no vamos a aceptarlo. En este despacho, no se trata con

indulgencia a los traficantes de drogas.

Lo cual se parecía remotamente a lo que Ria le había estado diciendo semanas atrás.

—Puede escuchar lo que sus abogados tengan que decir. Aunque no creo que haya nada que merezca la pena. La hemos tenido sometida a una estricta vigilancia antes de arrestarla. Ahora nos estamos ocupando de sus clientes. Se apartó de la pared en la que estaba apoyada y se volvió para marcharse.

—Oh, seño... quiero decir, sheriff —dijo el abogado vacilante—. El otro caso no ha ido como usted me prometió. Tengo el despacho inundado de papeles del otro abogado. No es que vaya a dar marcha atrás —se precipitó a añadir—. Este condado es duro con el delito. No retrocederemos ni un milímetro.

—No te preocupes, Richmon. Ese juicio no se celebrará nunca. Pero si lo hiciera, ese discurso que acabas de lanzar podría servir como argumento final —le dirigió una sonrisa radiante y se volvió hacia la puerta.

Cook y Ralston también habían regresado a la oficina del sheriff con la sospechosa. Al salir del despacho del abogado, Ria no vio a Cook ni a Witherspoon por ninguna parte, pero Ralston estaba en el aparcamiento, hablando con un par de ayudantes. Cuando Ria se acercó al grupo, uno de ellos la vio y le dio un codazo a su compañero. Los dos bajaron la mirada y movieron nerviosos los pies, pero Ralston continuó hablando como si no hubiera advertido la incomodidad de sus compañeros.

—¿Os lo podéis creer? Pensaba que podía conseguir algo apelando a Kingsley en su condición de mujer —se burló—. Podrían haber jugado en el mismo equipo, pero, por lo que tengo entendido, la cosa no es así, ¿entendéis lo que quiero decir?

Ria se cruzó de brazos e inclinó la cabeza.

—No, Ralston, no sé lo que quieres decir. ¿Te importaría explicármelo?

Ralston se quedó helado.

—Sheriff —dijo con insolencia—, ¿no ha oído decir nunca que cuando se escucha a escondidas nunca se oye nada bueno?

—No, creo que nunca lo he oído. Parece que hoy estoy aprendiendo muchas cosas. Vamos —le palmeó el hombro y lo encaminó hacia la puerta—. Seguro que puedes enseñarme todo sobre los equipos y ese tipo de cosas.

Una vez en el interior del edificio, todos aquellos con los que se cruzaban parecían tener dificultades para sostenerle la mirada. Quizá sintieran el peligro. Y si así era, tenían una gran intuición. Porque Ria nunca había estado tan cerca de darle un puñetazo a un hombre.

Abrió la puerta de su despacho y esperó a que su ayudante entrara antes de cerrarla delicadamente tras él. No lo invitó a sentarse.

—¿Sabes, Ralston? Estoy empezando a pensar que no te gusto.

—Éste no es trabajo para una mujer —contestó Ralston muy frío—. Tengo derecho a tener mi opinión.

—Me temo que no te comprendo. Primero insinúas que no soy una verdadera mujer y después dices que lo soy —Ralston apretó los labios, pero no dijo nada. Cansada de aquel juego, Ria se enderezó—. No puedo obligarte a respetarme, pero puedo exigir que me trates con respeto. Hasta que no cambie tu actitud, te pasaré al turno de noche. Por hoy puedes dar por terminado tu turno. Mañana te informaré de tu nuevo horario. Dentro de un mes, evaluaremos el cambio.

Abrió la puerta y la sostuvo esperando a que Ralston saliera.

Ralston salió con tal aire desafiante que Ria comprendió que la situación había empeorado. Cerró la puerta tras él. Sabía que Ralston

no iba a cambiar de opinión sobre ella, pero no podía arriesgarse a perder el respeto del resto de los hombres del departamento.

Decidida a olvidar a Ralston, encendió el ordenador y pasó la tarde intentando encontrar a un hombre apellidado Colton. Encontró algunas fichas, pero las fotografías no tenían nada que ver con el hombre que Jake le había mostrado. En realidad, una persona que se tomaba la molestia de no llevar encima ningún documento que lo identificara, no iba a dar nunca su verdadero nombre.

Cuando salió de la oficina, la recibió un aire frío que la hizo encogerse en la cazadora de cuero. Aunque el mes de enero en Alabama no era tan frío como en Denver, Ria ya se había acostumbrado a las temperaturas más templadas.

Anocheceía muy pronto en aquella época del año. Los faros del coche iluminaban la carretera mientras se dirigía hacia su casa. Cuando giró para tomar el camino que conducía hasta ella, no pudo evitar mirar fugazmente hacia los árboles que habían dado cobijo a su asesino la noche anterior.

¿Cuántas vidas tendría asignadas una persona? Si hubiera sido gato, ya habría perdido tres. Ni siquiera su humor consiguió divertirla. La intuición le decía que su suerte estaba a punto de llegar al límite.

Con su habitual precaución, apagó el motor del coche y sacó la linterna para examinar los alrededores de la casa. Saltó con cuidado la alambrada y rodeó la casa, examinando todos sus indicadores.

Con la mente puesta en la tarea que la esperaba, conectó de nuevo la alarma, se quitó la cazadora y la dejó en el respaldo de una de las sillas de la cocina. Se dirigió después hacia el dormitorio de invitados y encendió el ordenador.

Mientras arrancaba, sacó del archivo un montón de documentos que había estado examinando concienzudamente. Hasta el momento,

tenía un listado de ciento tres militares que habían muerto en la misma época en la que ella había sido lanzada al mar. Veintiséis de ellos eran mujeres.

Ria no quería pensar en el trabajo que tenía todavía por delante. El acuerdo al que habían llegado sobre su vida le daba sólo una semana. De la que quedaban únicamente cinco días. Después de haber pasado seis años buscando, se sentía más cerca que nunca de descubrir la verdad sobre su pasado.

Lo único que tenía que hacer era permanecer viva hasta entonces.

La tira de lucecitas que tenía a lo largo del rodapié comenzó a parpadear. Alzó la cabeza y se llevó la mano a la pistola. Las luces estaban conectadas con el alambre que rodeaba la casa.

Se levantó, apagó la luz y dejó la habitación en una oscuridad completa, salvo por el resplandor de la pantalla. Bajó sigilosa las escaleras, se metió en la cocina y oyó ruido de pasos. Había alguien en el porche.

Y entonces llegó hasta ella una voz que no era del todo inesperada.

—Vamos, Ria, abre. Me estoy quedando helado.

Tras mirar por la mirilla y asegurarse de que Jake estaba completamente solo, retrocedió un paso y abrió pistola en mano. Jake se limitó a dirigirle una mirada rápida, entró y cerró la puerta con el hombro.

—Conecta de nuevo la alarma —le ordenó.

Dejó en la mesa de la cocina la comida que había llevado y encendió la luz con una familiaridad que le hizo recordar a Ria que no era la primera vez que estaba en su casa.

Conectó de nuevo el sistema de alarma, observando en todo momento a Jake mientras éste sacaba los recipientes de la bolsa.

—Me ha traído hasta aquí uno de mis hombres.

He cruzado la propiedad por el sudoeste y he llegado por la parte de atrás. No sé si esto estará todavía caliente, pero imaginé que no tendrías nada de comer.

Buscó en los armarios para sacar platos y cubiertos que colocó rápidamente en la mesa. Entonces pareció advertir que Ria estaba empuñando una pistola. Bajó la mirada hacia los recipientes de comida china.

—¿Qué ocurre? ¿Prefieres la comida italiana?

A Ria no se le escapaba lo irónico de aquella situación. Iba a sentarse a cenar con uno de los más notables delincuentes de la zona. Un hombre que había admitido libremente que había aceptado matarla.

Capítulo 7

—Come —dijo Jake en un tono amable, no batallador—. Necesitas estar fuerte. Tengo muchas cosas que explicarte.

Ria arrastró una silla lentamente y se sentó.

—¿Tus hombres han vuelto a seguir a Colton? —le preguntó. Jake asintió—. Y bien, ¿qué más sabemos sobre él?

—Sabemos dónde vive, dónde trabaja. Y en algún momento de esta noche, sabremos también su verdadero nombre —Jake le dirigió una dura mirada—. Pero como ya te dije, quiero algunas respuestas antes de continuar.

Ria esperó a que Jake comenzara a comer para empezar a hacerlo ella. En esas circunstancias, imaginaba que su paranoia estaba plenamente justificada.

—El acuerdo era que tú ibas a proporcionarme algunas respuestas. Esto es un toma y daca. Quiero saber en dónde me estoy metiendo. Necesito que me lo cuentes todo.

—¿Y un intercambio de información? Tú me dices algo de lo que has averiguado hoy y yo te contesto a cualquier pregunta que me hagas.

Jake la miró mientras terminaba de tragar un bocado.

—De acuerdo, el hombre que dijo llamarse Colton, el mismo tipo que probablemente ha matado a Stanton, trabaja en el Pentágono. Así que, ¿por qué no me cuentas cómo demonios has podido llegar a enfrentarte a alguien así?

Por un instante, Ria se sintió como si todos y cada uno de sus órganos se hundieran. El aire dejó de entrarle en los pulmones, la

sangre se le coaguló en las venas. Y el cerebro se le quedó en blanco.

—Ria... —el tono sedoso de Jake encerraba una nota de advertencia.

Ria pestañeó.

—No lo sé —contestó sinceramente.

—Tonterías —la agarró por la muñeca—. Ria, hasta que tú apareciste, tenía una buena relación con Stanton. Ahora él está muerto y mis planes para Álvarez están en peligro. Estoy empezando a tener la sensación de que ese tipo no es el único traidor.

Sobresaltada, Ria se dio cuenta, a partir de la expresión sombría de Jake, de que desconfiaba de ella. Si la situación no fuera tan peligrosa, la habría encontrado divertida. Liberó su mano.

—¿Te estás arrepintiendo de no haber llevado adelante tu encargo? Adelante —lo invitó. Tenía todos los nervios en tensión—. Pero tus planes para Álvarez no van a poder ser llevados a cabo por un hombre muerto.

Jake se llevó otro tenedor a la boca. Se tomó su tiempo en masticar y tragar.

—Tengo la sensación de que ésa es otra posibilidad —parecía más irritado que asustado—. Quienquiera que sea ese Colton, tiene contactos importantes. Y cada vez me cuesta más creer que vaya a correr el riesgo de perder el dinero que me ha prometido.

—Teniendo en cuenta que ese dinero es a cambio de mi muerte, me perdonarás si te digo que no me lo trago —hundió el tenedor en el plato.

—Stanton les hizo ese tatuaje a seis o siete personas, todos ellos hombres, salvo una mujer —la señaló con el tenedor y continuó—. Eso quiere decir que tú eres la mujer. Él pensaba que eran militares, pero supongo que puede haberse equivocado. Sin embargo, eso no encaja con la que se supone que ha sido tu vida. Ria Kingsley asistía a

la Universidad de Iowa cuando se hicieron esos tatuajes. Pasó siete semestres allí e incluso asistía a clase durante el verano para poder graduarse cuanto antes. Eso sólo puede significar una cosa: tú no eres Ria Kingsley.

Ria sentía la sangre corriendo por sus oídos. Sentía el calor palpitando en todo su sistema nervioso. ¿Cuánto tiempo llevaba esperando oír aquellas palabras? ¿Cuánto había temido que al final alguien terminara descubriendo su secreto?

—No, no lo soy.

—¿Entonces quién eres en realidad?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar —Ria se levantó con su plato de comida y lo metió en el microondas para calentarlo. Eso le permitió concentrarse en algo que no fuera la penetrante mirada de Jake—. Cuanta más información me proporcionas sobre ese Colton, más segura estoy de que él es el único que podría explicarme quién soy.

El microondas sonó, sacó el plato y se dispuso a enfrentarse de nuevo a Jake.

—Algo me dice que Colton no está interesado en tener una conversación contigo —se acercó a la nevera y sacó una cerveza para él y otra para Ria—. Toma, la vas a necesitar.

Dio un largo trago a su cerveza y volvió a concentrarse en la comida. Pero Ria no se engañaba. Sabía que su mente no dejaba de trabajar en ningún momento.

—La gente adopta nuevas identidades para desaparecer o porque no sabe quién es. ¿Cuál es tu caso?

—Los dos.

Jake permaneció en silencio, esperando a que continuara.

—Hace seis años, aparecí en una playa del Trópico con dos tiros en la espalda y sin ningún recuerdo personal. He pasado todo este

tiempo intentando descubrir por qué hay alguien que desea mi muerte —lo miró abiertamente—. Colton es la mejor oportunidad que he tenido de encontrar la respuesta.

—Colton te está ofreciendo la oportunidad de convertirte en un cadáver —contestó Jake sombrío—. ¿Has ido a un hospital? ¿Has consultado a algún médico? La amnesia suele ser temporal.

—Yo no tengo amnesia. Por lo menos una amnesia reversible. Creo que me inyectaron algo, una droga o algo de ese tipo. Los dos hombres que vinieron a buscarme llevaban una ampolla pequeña y una jeringuilla. Yo le entregué una de esas ampollas a un amigo para que se la pasara a otro amigo que trabajaba en un laboratorio del Hospital Universitario de Iowa. Cuando le inyectaron una pequeña dosis a una rata, ésta no era capaz de recordar ni lo que era el agua.

Jake sentía cómo iba creciendo la presión en su pecho ante la serenidad de su relato. Dejó el tenedor en el plato. Ya no podía seguir fingiendo que tenía apetito.

—Quizá haya un antídoto. O a lo mejor la hipnosis puede...

Ria negó con la cabeza.

—¿No lo comprendes? No hay ningún antídoto porque esa droga no está en el mercado. Alguien la diseñó para una finalidad específica. Y yo soy el vivo ejemplo de su efectividad. He probado la hipnosis, pero mis recuerdos comienzan seis años atrás. Es como si antes no hubiera existido.

Ria se interrumpió horrorizada al darse cuenta de que había estado a punto de expresar el mayor de sus miedos. Porque, si no tenía ninguna esperanza de recuperar la memoria, lo más fácil era preguntarse si realmente existía al único nivel que realmente importaba.

Ria había cruzado las bases de datos de personas desaparecidas docenas de veces. Nadie la había echado de menos. Y si Colton

consiguiera matarla, tenía que preguntarse también cuánta gente lo haría.

Con excepción de Benny, durante los últimos seis años había conocido a mucha gente, pero no había hecho amigos. Había tenido compañeros de trabajo con los que había compartido experiencias y respeto mutuo, pero no había vuelto a ponerse en contacto con ninguno de ellos desde que se había marchado de Colorado. Había tenido amantes, pero a ninguno le había permitido acercarse a ella de una forma que verdaderamente importara.

Pero Jake Tarrance estaba demostrando ser una excepción. No sólo había sido su amante, sino que en aquel momento, era la única persona a la que había dado tanta información. No por que confiara en él, sino por necesidad.

—¿Y los cadáveres? —Jake interrumpió sus pensamientos—. ¿Pudiste identificarlos?

—No. Y lo único que tenían en común era ese tatuaje.

—De modo que, contándote a ti, sois cuatro. ¿Dónde están los que faltan?

—Si lo supiera, sabría también todo lo demás.

Jake se reclinó en la silla y la miró con atención.

—Después de tu entrevista con Stanton, supongo que comenzaste a trabajar desde alguna perspectiva determinada. ¿Qué estás buscando ahora mismo?

—Estoy investigando entre miembros del ejército.

Jake asintió. Era lo mismo que habría hecho él.

—Puedo conseguir que alguno de mis expertos en informática investigue ese período de tiempo en cuestión. Podríamos... —se interrumpió al advertir su sonrisa—. Ya lo has hecho —no era una pregunta.

—Yo también conozco a un experto en informática.

La admiración se abría paso en él. Aquella podría ser la única vez que había admirado de tal manera a una mujer. Si no hubiera sabido que tenía mucho que ver con sus hormonas, habría comenzado a preocuparse.

— ¿Hasta dónde has llegado?

— Vamos al piso de arriba y te lo enseñaré.

A Jake no le pasó desapercibido que permanecía intencionadamente tras él mientras subían las escaleras. Pero comprendía la razón de su recelo. Había oído su historia, había acariciado las cicatrices dejadas por las balas en su espalda.

Quizá Ria no hubiera afinado su instinto en los miserables callejones de un barrio de Nueva York, pero había soportado más sufrimiento que ninguna de las personas a las que él conocía y había conseguido superarlo.

Deseó, sólo por un instante, que su madre y su hermana hubieran sido la mitad de duras que Ria.

Jake había aprendido a los ocho años que los deseos no cambiaban nada. Sólo las acciones. Tanto él como Ria parecían haber comprendido que si la vida le tendía a uno una emboscada, las únicas opciones eran aceptarlo o luchar. Y los dos eran luchadores.

— La primera puerta a la derecha —le advirtió Ria.

En cuanto entró en la habitación, Jake comprendió que todo el dinero que había invertido Ria en la casa estaba destinado a comprar equipos para aquella habitación.

No era, sin embargo, la habitación a la que él le habría apetecido realmente ser invitado. Era terriblemente tentador saber que su dormitorio estaba a sólo unos metros.

Ria se acercó al escritorio para mostrarle un montón de documentos.

— Tengo un listado de ciento tres militares que murieron durante

los tres meses que estuve en Santa Cristo. Cuando amplié la búsqueda a doce meses, se convirtieron en quinientos setenta.

Jake arqueó las cejas.

—Hace seis años. ¿En esa época no estaba nuestro gobierno involucrado en un levantamiento en Swahana?

—Teníamos militares en ocho países. En cinco de ellos se produjo algún combate —se dejó caer en la silla y se volvió hacia él—. El próximo paso será comenzar a buscar similitudes entre ambos listados. Y después podremos estrechar la búsqueda.

Jake asintió mientras se quitaba la cazadora. Llevaba debajo un jersey blanco y unos vaqueros, ambas prendas acentuaban su poderosa musculatura. Intentando vencer las ganas de continuar mirándolo, Ria bajó la mirada hacia los documentos que tenía en la mano.

Las circunstancias los obligaban a trabajar juntos y, dada la situación, Ria prefería hacerlo en un lugar en el que pudiera observarlo. Pero comenzaba a preguntarse qué demonios le ocurría para que su cuerpo continuara respondiendo a él con la misma fuerza que lo había hecho la primera vez. Entre ellos había una conexión que le habría gustado rechazar.

—De momento, concentrémonos en la lista más corta.

Ria asintió, se acercó al ordenador y abrió el programa adecuado. Rápidamente, preparó una columna para los nombres, otra para la fecha de entrada en servicio y otra para las causas y la fecha de la muerte. Después se levantó.

—Yo leeré las listas y tú las transcribirás.

Al advertir su expresión, esbozó una media sonrisa.

—En esta habitación no hay sitio para más muebles, así que de esta forma te ahorro el que tengas que sentarte en el suelo toda la noche.

—De acuerdo. Comenzaremos con las mujeres. Sería más fácil ver si podemos encontrar un par de hombres cuyas muertes coincidan con la de los que fueron a por ti —se acercó al ordenador y Ria esperó a que se hubiera sentado para comenzar a dictarle.

—Showalter, Sarah M, fecha de entrada en servicio...

Horas de trabajo después, Ria se frotó los ojos con las manos, desplazando al hacerlo la lente de contacto y tuvo que ir rápidamente a colocársela otra vez.

Jake estaba imprimiendo el producto de su trabajo y, mientras observaba las hojas saliendo de la impresora, Ria soportaba una expectación ya familiar. ¿Cuántas veces habría sentido lo mismo? ¿Cien? ¿Mil veces? Cada vez que encontraba una pista que parecía fiable, y que siempre había terminado llevándola a ninguna parte. Pero ni siquiera recordarlo servía para sofocar su entusiasmo. No podía sofocar la esperanza de que aquella vez fuera diferente.

Miró a Jake de reojo, reparando al hacerlo en el contraste entre el color blanco del jersey y el tono oscuro de su piel. La cicatriz de su rostro era casi tan clara como el jersey. Parecía una cicatriz vieja que se hubiera endurecido durante años.

—¿Cómo te la hiciste?

Advirtió sorprendida que había formulado la pregunta en voz alta. No esperaba que Jake la contestara. La verdad era que ella nunca había dicho la verdad en las raras ocasiones en las que le habían preguntado por la cicatriz que tenía en la espalda.

Jake se llevó la mano a la cicatriz.

—¿Esto? Me la hice cuando tenía quince años. Cuando no estaba borracho, mi padre era mecánico. En esta ocasión me pegó con una palanca de hierro para desmontar neumáticos. Pero ésa fue la última vez que me pegó. Y la última vez que pegó a mi madre.

Hablaba en un tono frío y su semblante permanecía inexpresivo.

Pero Ria podía imaginarse el resto de la historia.

—¿Está muerto?

—Lo maté yo —le sostuvo la mirada—. Pasé tres años en un centro de menores porque mi madre se puso furiosa conmigo. Al parecer no le importaba que le pegara hasta dejarla sin sentido cada vez que se emborrachaba. Él era el que le proporcionaba el dinero y yo la dejé sin ingresos. Eso fue lo que aprendí en aquella época. Que todo el mundo tiene un precio. Ella vendía a sus hijos y su autoestima a cambio de comida y vivienda.

Jake comenzó a revisar los papeles. Ria continuaba sentada, imaginando la escena que Jake había descrito. Había atendido suficientes llamadas relativas a la violencia doméstica como para saber la facilidad con la que podían derivar en muerte. Y sabía que la cicatriz de Jake era únicamente la más visible de sus heridas.

—¿Tienes hermanos?

—Tenía una hermana, sí. Pero ahora está muerta.

Su tono le indicaba que no iba a explicarle nada más. Pero la tristeza de su mirada hizo que Ria se arrepintiera de haberlo presionado. Durante los últimos seis años, había vivido torturada por la pérdida de los recuerdos personales. Y Jake se había torturado por todos aquellos recuerdos que no podía olvidar. Era difícil determinar cuál de los dos estaba en peor situación.

—Hay unos marcadores en el cajón del escritorio —se aclaró la garganta—. Podemos utilizarlos para ir casando las diferentes columnas.

Jake abrió el cajón, sacó dos marcadores y le tendió uno a Ria.

—¿Dónde te encontraron? Me comentaste que era una isla.

—En Santo Cristo. Una isla en la que está también Puerto de Ponce.

—Creo que me hablaron de ella cuando estaba en sexto grado.

Ignorando su tono irónico, Ria continuó:

—Hace seis años hubo una guerra civil en Puerto de Ponce.

—Una de tantas.

Era cierto. Santo Cristo continuaba siendo un país del tercer mundo para muchos, pero tenía selvas exuberantes y playas de arena blanca que la habían convertido en un destino privilegiado para turistas. Puerto de Ponce no compartía aquella belleza natural. Estaba en la parte más rocosa de la isla y el índice de pobreza era de los más altos del mundo. Periódicamente, se producía un levantamiento guerrillero con el fin de derrocar al gobierno de turno. Pero ni el éxito ni el fracaso de estos levantamiento había supuesto ningún cambio para la población.

—Yo siempre he pensado que estaba en Puerto de Ponce.

Jake alzó la mirada de la hoja que estaba marcando.

—¿Entonces siempre has pensado que podrías ser militar?

—No necesariamente —aunque todavía albergaba aquella esperanza, por supuesto.

Sería mucho más amargo descubrir que había sido uno de los miles de mercenarios contratados por cualquiera de las facciones que podía permitírsele.

—¿Y qué me dices de la Cruz Roja? A lo mejor trabajabas para ellos, o para cualquier otra organización internacional.

—Ya lo he comprobado, y no. Además, los únicos conocimientos médicos que tengo son de primeros auxilios —dejó el marcador y se levantó para estirar las piernas—. ¿Sabes? Durante estos últimos seis años no he estado cruzada de brazos. He investigado todas las misiones civiles de esa zona. He seguido pistas sobre los posibles significados de ese tatuaje, he localizado a la persona que lo tatuó. Hablo diferentes lenguas, de modo que he revisado todas las universidades en las que se pueden estudiar... —la frustración

acompañaba sus palabras—. Y siempre he terminado en un callejón sin salida—. En cualquier caso, tampoco había misiones militares de nuestro gobierno en Puerto de Ponce. Supuestamente, no había personal militar en la zona.

—Pero Stanton pensaba que el grupo era de militares.

Por su tono de voz, Ria sabía que también Jake era consciente de la debilidad de aquella pista. Estaba basada en la palabra y en la memoria selectiva de un preso. Un preso que había muerto poco después de hablar con Ria. Pero en aquel momento era lo mejor que tenían.

Estuvieron trabajando en silencio durante algún tiempo, absortos en aquel meticuloso trabajo. Cuando terminaron, intercambiaron las hojas y comenzaron a hablar de aquellas áreas en las que los datos coincidían.

—Más de una tercera parte de los varones muertos pertenecían a los Rangers.

—Supongo que tiene sentido —Ria también lo había advertido—. Las fuerzas especiales son las primeras en ser enviadas a una situación de combate. Participan en las misiones más peligrosas.

—Pero las mujeres no pueden ser Rangers, de modo que ése no puede ser el vínculo.

—El ejército continúa siendo una institución patriarcal —dijo Ria secamente—. Las mujeres pueden recibir la misma preparación que los hombres, hasta cierto punto. No hay ningún cuerpo especial que permita la presencia de mujeres.

—En ese caso, deberíamos buscar la forma en la que los hombres podrían tener relación con las mujeres.

—El hecho de que fueran a ver a Stanton en grupo sugiere que habían sido entrenados todos juntos para alguna misión. Tengo que averiguar si ese tatuaje representa algo sobre la naturaleza de esa

misión —alargó la mano hacia la cerveza, que ya estaba caliente—. Pero volvemos a chocarnos con el hecho de que no es normal que a una mujer se le asigne una misión peligrosa.

—De modo que quizá no fueras militar. Es posible que fueras contratada como agregada militar de alguna agencia.

—Quizá. Pero casi todas esas bases de datos están fuera de mi alcance.

Para cuando terminaron, habían reducido la lista a treinta y siete soldados, todos ellos pertenecientes a los Rangers, que habían muerto en la misma época en la que le habían disparado. Sólo habían muerto seis mujeres en ese mismo período. Los lugares en los que habían muerto eran diversos, con algunas coincidencias, pero ninguna de ellas significativa.

—Quizá llevemos demasiado tiempo trabajando —Ria miró el reloj y advirtió que eran más de las doce—. Si esto quiere decir algo, yo no lo veo. Necesitamos más información sobre estos individuos.

Se acercó al escritorio y tuvo que inclinarse sobre Jake para abrir un cajón y sacar el teléfono móvil que guardaba allí para un solo propósito.

—Voy a ponerme en contacto con mi experto informático.

Jake miró el reloj.

—¿No es un poco tarde?

—Estará despierto —estaba segura. Benny siempre había sido un ave nocturna.

Marcó su número de memoria.

—Hola —consciente de la intensidad de la mirada de Jake, se volvió, cruzó la habitación a grandes zancadas y se recostó contra la puerta—. Pareces medio dormido. ¿No me digas que estás empezando a tener un horario como todo el mundo?

—¡Ria, maldita sea! —Ria podía imaginarse a Benny buscando las

gafas que solía quitarse cuando se sentaba frente al ordenador—. No puedo creer que seas tú. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que me llamaste?

Siete meses y trece días.

—No exactamente. Pero ya sabes cuál es el motivo. Es demasiado arriesgado.

—¿Todavía? Ria, ya han pasado seis años, ¿durante cuánto tiempo vas a poder seguir viviendo así?

—El que haga falta. Pero espero que no sea mucho más. Necesito de nuevo tu ayuda. Qué novedad, ¿eh?

—Espera un momento. Voy a buscar un papel y un bolígrafo.

Ria arqueó las cejas.

—¿Un papel? ¿No estás delante del ordenador? ¿Estás enfermo?

—No, estaba en la cama.

Ria oyó entonces una voz femenina haciendo una pregunta.

—No estás solo, te llamo en un mal momento —jamás se le había ocurrido pensar que Benny pudiera tener vida social. Siempre había estado disponible, algo chiflado, pero siempre brillante.

—No, no pasa nada. Es... estoy con mi prometida, Greta. Nos casaremos este verano.

—¿Casaros? —repitió Ria con un hilo de voz—. Es... magnífico. Realmente magnífico —y con voz más firme, añadió—: No me digas que has encontrado a alguien que está tan loco como tú por los juegos de ordenador.

—Pues la verdad es que ahora ésa sólo es una afición. Empecé a trabajar en un programa informático para una compañía de seguridad hace un par de meses. No es tan divertido, pero me pagan mucho mejor.

Ria estaba empezando a preguntarse con quién estaba hablando.

Tenía la misma voz de Benny, pero lo que le decía le resultaba completamente extraño. Aun así, el joven dijo con entusiasmo:

—Bueno ¿qué tienes en esta ocasión para mí? He estado trabajando en una nueva forma de infiltración. Te sorprendería saber los lugares en los que he estado.

Allí estaba el Benny con el que ella estaba familiarizada.

—Entonces a lo mejor tienes que utilizarlo. Quiero que me des más información sobre personal del ejército. ¿Estás preparado? Porque tengo una lista bastante larga.

Le dictó los nombres.

—Tengo datos del servicio que prestaban y de las fechas de su muerte. Pero necesito saber en qué unidades estaban, los puestos en los que trabajaban... cualquier cosa que puedas averiguar sobre ellos.

—¿Cuándo lo necesitas?

Ria volvió a oír entonces una voz femenina. Imaginó que la mujer se estaba quejando. Y no podía culparla.

—En cuanto puedas, parece que esta noche estás ocupado.

—Sí, pero lo haré mañana a primera hora. No tengo que trabajar hasta las nueve. ¿Te lo envío a la misma dirección electrónica?

—Exacto. Te lo agradezco de verdad. Ah, y felicidades —esperaba que sus palabras no sonaran tan torpes como se sentía—, te lo mereces.

—Gracias, sé que soy un hombre afortunado —las risas que se oyeron al otro lado le hicieron sentirse a Ria tan distante como si estuviera en otro planeta—. Y no sabes cuánto me gustaría que pudieras venir a mi boda. Significaría mucho para mí.

—Si me es posible, allí estaré —se oyó prometer Ria a sí misma.

Fue consciente de que Jake se tensaba. No fue evidente. Ni siquiera la estaba mirando. Pero era como un enorme animal de la jungla olfateando a su presa. Los músculos en tensión y todos los

sentido alerta.

Evitando deliberadamente la mirada de Jake, Ria regresó al escritorio y guardó el móvil en el cajón.

—Deberíamos tenerlo mañana por la mañana.

—Eso espero. Tenemos poco tiempo.

Ria continuaba sintiéndose inquieta tras las noticias que le había dado Benny. No envidiaba su evidente felicidad. Pero mientras hablaba con él, se había imaginado a sí misma viviendo una vida como la de los demás. Enamorándose, casándose, teniendo hijos. Y dejando de vivir en una especie de vacío; temiendo acercarse a nadie por miedo a encontrar la muerte tras la puerta. Teniendo miedo a confiar.

Pero aquello prácticamente había terminado. O al menos eso tenía que creer. Para bien o para mal, al final de aquella semana, tendría la respuesta que durante tanto tiempo había buscado o estaría muerta.

Jake la miraba cada vez más sombrío. Era obvio que aquella llamada telefónica había inquietado a Ria. En vez de su habitual semblante inexpresivo, parecía casi...triste. ¿Significaría algo para ella el hombre con el que había hablado?

—Parece que tienes una relación más íntima con tu experto que yo con los míos —comentó.

Ria sonrió con tristeza.

—Es un chico magnífico. Probablemente, el amigo más íntimo que he tenido, si se le puede aplicar esa palabra a una persona a la que nunca ves y con la que raras veces hablas.

—¿Amigo o algo más?

—No me digas que eres una de esas personas que no cree que un hombre y una mujer puedan ser simplemente amigos.

Jake se encogió de hombros con más indiferencia de la que

realmente sentía.

—La verdad es que nunca he pensado en ello. Pero no, creo que la mayor parte de los hombres quieren algo más.

Ria se acercó al archivador, colocó allí los documentos y cerró el cajón.

—Bueno, quizá al principio también él quería algo más, pero cuando vio que yo no estaba interesada, no me presionó.

Nunca había visto a Jake moverse tan rápido. De pronto, estaba a su lado, cerniéndose sobre ella.

—Quizá sea suficiente para él. Pero no lo sería para mí. Yo no quiero ser tu amigo, Ria.

Ria retrocedió hasta sentir la frialdad del archivador tras ella.

—Todavía no estoy segura de lo que quieres.

Jake le dirigió una enorme sonrisa.

—Entonces estamos en la misma situación. Pero sea lo que sea es más, mucho más, de lo que he querido de ninguna otra mujer.

Habría resultado fácil resistirse a una frase más educada. O evitar un argumento destinado a desactivarla. Pero el sincero desconcierto que transmitían sus palabras encontró eco muy dentro de ella. Porque Ria sentía la misma atracción a pesar de que habían saltado todas sus alarmas internas.

El calor que la sofocaba no tenía nada que ver con la cercanía del peligro y estaba directamente relacionado con el hombre que tenía frente a ella. Y Ria, que sólo había corrido riesgos más que calculados en toda su vida, dejó de lado su habitual precaución para arrojarse a sus brazos.

En el instante en el que Jake cubrió sus labios, sintió el efecto dentro de ella. El deseo arrojaba torrentes de fuego por sus venas. Ria devoraba su boca sin ninguna delicadeza, con un hambre cruda y un poder salvaje. Y en un solo instante, reavivó las brasas humeantes

de la última vez que habían estado juntos.

Ria casi se había convencido a sí misma de que el recuerdo de lo que había ocurrido la última vez no podía ser real. Ningún hombre podía provocar en ella una reacción tan intensa. Ningún hombre, al parecer, salvo Jake.

Ria deslizó las manos en el interior de su jersey, buscando la suavidad de su piel y la dureza de sus músculos. Jake estaba impaciente. Desabrochó rápidamente los botones de la camisa del uniforme de Ria y la abrió, liberando en el mismo movimiento el cierre del sujetador.

Y Ria sintió entonces el calor de sus manos sobre sus senos, y su boca descendiendo para aprisionar uno de los turgentes pezones entre sus dientes. Ria sentía el roce de su barbilla en la piel mientras su boca continuaba trabajando y ella le clavaba las uñas en la piel.

Su vida, o al menos lo que de ella podía recordar, había sido un constante ejercicio de paciencia. Siguiendo pista tras pista, esperando durante años a descubrir alguna información. Era extraño que aquella impaciencia pareciera estallar de pronto, encendiendo un camino de fuego que demandaba una gratificación inmediata.

Suavizó deliberadamente sus caricias mientras rozaba el vientre de Jake con el dorso de la mano y desde allí continuaba descendiendo. Hundió los dedos en la cintura del pantalón y estuvieron a punto de cederle las rodillas cuando Jake le acarició con los dientes el pezón.

Una pasión como aquélla, instantánea y radiante, podía ser sofocada, ¿no? Intentaba aferrarse a aquel pensamiento, pero la lógica resultaba tan evasiva como los jirones de niebla. Había conocido antes el deseo, pero jamás había experimentado aquella necesidad tan vibrante que palpitaba en su sangre. Jamás se había sentido sensualmente espoleada por la respuesta primitiva y carnal de un hombre, una respuesta carente de toda apariencia de

delicadeza.

Jake colocó una pierna entre sus muslos; en aquella postura, sus caderas entraron en un contacto tortuosamente íntimo. Al sentir la dureza de su masculinidad contra su vientre, se encendieron bajo su piel miles de hogueras. Y Ria sabía que sólo había una forma de apagarlas.

Una llamada de teléfono los dejó a los dos paralizados, con los cuerpos en tensión y la respiración jadeante. Al tercer timbrado, Jake ya se había alejado de ella.

—Es mi teléfono.

La frustración que teñía sus palabras reflejaba la de Ria.

Con movimientos rápidos, se abrochó la camisa de espaldas a él. Pero cometió el error de mirar a Jake, y se olvidó de respirar. La ardiente expresión de sus ojos podría haber hecho arder el hielo.

—Sí —contestó Jake.

Como lo estaba mirando, Ria advirtió el instante en el que la mente de Jake olvidó lo que había estado a punto de suceder para concentrarse en la persona que había llamado por teléfono.

—¿Estás seguro? Estupendo. No, estupendo —volvió a mirarla. Ya no había en él ningún vestigio del hombre que había estado a punto de devorarla de deseo segundo antes.

—Excelente. ¿Lo tienes? ¿Estás preparado para ello? Magnífico. Hablaremos mañana —desconectó el teléfono—. Tenemos un nombre. Eso debería ser suficiente para empezar a movernos.

Si él era capaz de volver a tal velocidad a la normalidad, también ella podía hacerlo.

—De acuerdo, ¿quién es?

—¿Te dice algo el nombre Chad Hendricks?

Ria se encogió de hombros.

—¿Ese es Colton?

—Sí. Así que tenemos su nombre, sabemos dónde vive y dónde trabaja.

—¿Cuál es su dirección? —preguntó Ria con una excitación que tenía un origen muy diferente a la que la envolvía minutos antes.

—Creo que ésa es una información que voy a retener. Porque sé exactamente en lo que estás pensando, pequeña —alargó la mano hasta su barbilla—. Pero no vas a ir a ninguna parte sin mí.

Capítulo 8

—Piénsatelo bien. No tienes ninguna necesidad de correr riesgos
—Ria se sentía como si estuviera hablándole a un bloque de granito. Estaba segura de que ninguno de sus argumentos tendría ningún efecto sobre él.

—No vas a ir sola.

Ria se levantó de un salto de la silla y cruzó la habitación a grandes zancadas.

—No has oído nada de lo que te estoy diciendo.

—Claro que lo he oído. Y estoy diciendo que no.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Puedo conseguir yo sola la información que necesito. Y si la cosa sale mal, no tienes por qué estar cerca.

—¿De verdad crees que vas a poder convencerme?

—Lo único que estoy diciendo es que si me atrapan, sería más inteligente que tú estuvieras en Georgia para que Colton, Hendricks quiero decir, no pudiera responsabilizarte de nada.

—Te comportas como si esto a mí no me preocupara. Colton me amenazó con soltar a Álvarez inmediatamente. No puedo dejar que eso ocurra. Por lo menos no hasta que esté preparado. He tardado años en elaborar mis planes y necesito más tiempo para tenerlo todo en su lugar.

Ria le dirigió una mirada extraña.

—Algunos podrían decir que con diez años en prisión, uno ya ha pagado más que suficiente.

—En absoluto. Todavía está vivo.

Se miraron a los ojos. Y al ver la crueldad de su semblante, Ria tuvo la certeza de que Jake Tarrance podía ser mortal.

—Tampoco podrás llevar a cabo tus planes de venganza si estás a dos metros bajo tierra.

—Mis planes son muy amplios y creo que he tenido en cuenta cualquier posible contingencia.

Pero eso ahora no importa. Ni siquiera tú puedes llevar esto adelante sin mi ayuda.

—He estado arreglándomelas sola durante seis años.

—Exactamente, seis años. Pero ahora sólo te quedan cuatro días. En este momento, tengo a una docena de mis hombres en D.C. En otras doce horas más o menos, habré conseguido el código de entrada a su casa. En quince horas podrías estar dentro. Pero necesitas mis recursos. Asúmelo, Ria. Me necesitas. Mientras nosotros hablamos, mis hombres están averiguando el código de seguridad que te permitirá acceder a su casa. Tenemos que encontrar alguna razón que justifique tu entrada en la casa, porque tendrás que hacerlo de día. No queremos que tenga ningún indicio de que lo estamos buscando.

—Servicio de limpieza —contestó Ria automáticamente—. Consigue una furgoneta con un logotipo falso y la aparcaremos delante de su casa. Que sea visible, pero que no llame la atención.

Jake la miró pensativo.

—Es posible —y como si acabara de recordar su discusión, volvió a ella con ánimo de venganza—. Cuando llegue el momento, mis empleados pueden regresar a casa en mi avión privado en cuestión de horas. Dime cómo demonios te las arreglarías tú para volver, teniendo en cuenta el poco tiempo con el que cuentas.

Con cada frase, Ria se sentía más acorralada. Su postura era indefendible porque comprendía la lógica de los argumentos de Jake.

—Quizá fuera mejor que me metiera en su casa por la noche, estar allí cuando él llegara —reflexionó.

Podía obtener las respuestas que buscaba y deshacerse de él de una u otra manera. Jake se acercó inmediatamente a ella.

—Y un infierno. Decidiremos cómo vamos a actuar cuando sepamos el papel que juega él en todo esto. Pero no vas a enfrentarte a él. No voy a permitir que corras esa clase de riesgos.

Estaban demasiado cerca. Pero Ria no iba a retroceder. Alzó la barbilla.

—No sé desde cuando has empezado a pensar que tú tenías algo que decir al respecto.

—Y yo tampoco —parecía irritado—, pero será mejor que te acostumbres. Ya no estás sola en esto.

Los segundos pasaban lentamente. Jake no apartaba en ningún momento la mirada de sus ojos.

—¿Qué posibilidades tengo de que me invites a pasar la noche en tu casa para terminar lo que hemos empezado hace un rato?

Si las hubiera pronunciado cualquier otro hombre, a Ria le habrían parecido arrogantes sus palabras. Y lo eran. Pero acompañadas del calor de sus ojos, también resultaban tentadoras. Por eso le resultó mucho más duro de lo que debería haberlo hecho el decir:

—Ninguna.

Hubo un instante durante el que pensó que Jake iba a intentar convencerla. Pero un segundo después, se había apartado de ella y estaba alargando la mano hacia su teléfono.

—Llamaré para que me traigan el coche. Mi chófer vendrá a recogerme al mismo lugar en el que me ha dejado.

No parecía haber nada más que decir, de modo que Ria se limitó a asentir. Y casi respingó cuando Jake le acarició la barbilla con el

dedo.

—Intenta dormir.

Después, como si se avergonzara de aquel gesto, se volvió, tomó la cazadora y se la puso rápidamente.

—Te llamaré mañana.

Ria asintió. Le resultaba imposible hablar. Permaneció en silencio, con la mirada clavada en la puerta mientras Jake se marchaba.

Por primera vez en toda su carrera de policía, al día siguiente, a Ria le resultó difícil concentrarse en su trabajo. Ella estaba acostumbrada a separar su vida personal de la profesional. Había sido la única manera de permanecer cuerda durante todos aquellos años.

Pero aquel día, nada parecía interesarle. Continuaba preguntándose por la información que le había pedido a Benny. Estaba convencida de que la encontraría en el correo electrónico en cuanto llegara a casa. Benny nunca le había fallado.

Cuando sonó el intercomunicador de su despacho a media tarde, todavía estaba intentando cerrar los turnos de sus ayudantes para el mes de marzo.

—Tienes una llamada en la línea dos. No quieren identificarse — anunció Marlyss.

—Ahora mismo la atiendo.

—Ria. Ya está todo preparado. Nos vamos a las siete.

—¿Dónde nos encontraremos? —la maravillaba que su voz sonara tan firme cuando tenía todos los nervios en tensión.

—Nos veremos en el aeropuerto, en la puerta F. Te pondré al corriente de todo lo que sé cuando estemos en el avión. Y tú me harás un resumen de la información que te ha enviado tu amigo.

—¿Y qué me dices de Hendricks? ¿Habéis descubierto algo más sobre él?

—Sorprendentemente poco. Sólo que las escrituras de su casa no están disponibles en ninguna base de datos. Lo cual significa que debemos profundizar algo más, pero eso llevará su tiempo. Tiene que haber alguna razón para que haya tomado tales medidas de seguridad. Y creo que por lo menos hemos averiguado cuál es esa razón.

—¿Y cuál es? —apretaba el teléfono con tanta fuerza que palidecieron sus nudillos.

—El trabajo que hace para el Pentágono. Es uno de los asesores del Secretario de Defensa. Por lo que tengo entendido, es la mano derecha de Kent Samson.

Las noticias de Jake acabaron con cualquier esperanza de concentración. Mucho tiempo después de haber salido de la oficina, continuaban repitiéndose en su mente: «Es uno de los asesores del Secretario de Defensa».

Ria permanecía tras su escritorio, imprimiendo los archivos que le había enviado Benny y pensando en lo que Jake le había dicho. ¿Qué podía tener que ver Samson con Hendricks? Y, por asociación, ¿qué podía tener que ver con ella?

Bajó la mirada hacia las copias de las evaluaciones de los oficiales. Tal como esperaba, allí encontró más detalles que aquellos a los que ya había accedido. Había datos que podían ser utilizados para asignar ascensos y misiones especiales.

Lo primero que hizo fue leer los de las seis mujeres. Mientras lo hacía, advirtió que le temblaba ligeramente la mano. No quería admitir, ni siquiera para sí, lo mucho que ansiaba encontrar alguna información que pudiera describirla.

Después de la primera lectura, volvió a repasarlo todo más detenidamente. Pero tenía que admitir que nada le sonaba ni remotamente familiar.

La desilusión era demasiado fuerte para ignorarla. Había un par de mujeres expertas en tiro, pero su edad no coincidía con la de ninguna de ellas. Otra era madre de dos niños. Y una de las pocas cosas de las que Ria podía tener certeza, era de que nunca había tenido hijos. Tres de aquellas mujeres eran bilingües, pero ninguna de ellas sabía hablar seis idiomas.

Por mucho que lo intentara, ninguno de aquellos perfiles encajaba con su situación. Quienquiera que hubiera sido ella en el pasado, los detalles de su vida no figuraban en aquellas páginas.

Quizá estuviera pasando algo por alto. Se levantó del escritorio. O bien su identidad estaba camuflada entre aquellas hojas, o el error estaba en la idea original.

En un principio, le había pedido a Benny que buscara a militares fallecidos porque había imaginado que estaba de algún modo vinculada con los dos hombres que habían ido a buscarla. Puesto que los había matado, pensaba que sus muertes habrían sido recogidas por el ejército.

Pero si ella también había pertenecido al ejército, ¿cómo se habría explicado su desaparición?

Ria estuvo intentando contestar esa pregunta durante largo rato. No podían haberla borrado de la lista de personas alistadas... Eran demasiados los obstáculos que había que eliminar para ocultar la desaparición de un militar en cumplimiento del deber.

A no ser que lo hubieran hecho precisamente de ese modo... Que figurara como desaparecida en una misión.

Una vez concebida aquella idea, le costaba creer que no se le hubiera ocurrido antes. Podrían haber informado de ella como desaparecida sin permiso o desaparecida en una misión.

Azuzada por aquella posibilidad, corrió al teléfono móvil y volvió a llamar a Benny. Pero aunque esperó pacientemente media docenas

de timbrazos, terminó colgando al oír un contestador.

La precaución le impedía dejar ningún mensaje. De modo que se sentó al ordenador y le envió un mensaje a su amigo solicitando una respuesta urgente.

A continuación, apartó los informes de las mujeres y comenzó a leer los de los varones. Algunos de ellos habían sido entrenados en habilidades similares a las suyas. Técnicas de tiro, de supervivencia... Intentó buscar similitudes en sus destinos y en las fechas.

Pronto tuvo diferentes pilas de papeles, en función de su localización. Revisó cada una de ellas. Y estaba leyendo una de aquellas hojas cuando un nombre le llamó la atención: C. Albert Hendricks.

Se quedó mirando el nombre fijamente. Sentía el palpitar del pulso en la frente mientras releía la firma del oficial que figuraba en el informe. No había ninguna duda. Todos los oficiales tenían que rellenar informes evaluando el trabajo del personal al que supervisaban. Y el nombre del oficial que figuraba al mando era, en aquel caso, C. Albert Hendricks.

¿La C sería de Chad?

Con furia, comenzó a pasar las otras páginas para identificar la firma de los oficiales. Cuando terminó, había seleccionado cuatro de los informes.

El mismo destino, el mismo oficial al mando. Estaba buscando algo que relacionara a aquellos hombres y lo había encontrado. Y aquel mando podía ser la misma persona que había ido a ver a Jake Tarrance y lo había contratado para que la matara.

Ria jamás había viajado en primera clase y mucho menos en un avión privado. Miró a su alrededor. Por lo que Jake le había contado, parecía haber crecido en un ambiente de pobreza. Su infancia estaba muy lejos de aquel lujo al que parecía tan acostumbrado.

En aquel momento, regresaba por el pasillo del avión tras haber ido a conversar con el piloto.

—No se esperan turbulencias durante el vuelo. Aterrizaremos en Dulles dentro de una hora y media.

—¿Todavía están tus hombres allí?

—Sí. Anoche colocaron un dispositivo en el sistema de alarma de casa de Hendricks. Él llegó a casa del trabajo alrededor de las seis y presionó su código. Retiraron después el dispositivo y lo engancharon a un ordenador que identificó la secuencia numérica. De modo que ya tienes el código para entrar en su casa.

—Parece que tienes acceso a toda clase de extrañas habilidades.

—¿Qué puedo decirte? Cuando la inventiva falla, no viene mal investigar un poco. Y tampoco me hace ningún daño tener empleados con... intereses variados.

—Intereses que los llevarán a prisión cualquier día de estos — aunque en su caso, eran pocas las razones que tenía para sentirse superior a ellos.

Jake se sentó a su lado.

—¿Has llamado a la oficina para decir que estabas enferma?

—Después de tu llamada de ayer, pedí el día libre.

—Una especie de vacaciones. ¿Y tu amigo te ha enviado la información que le pediste?

—Sí.

Rápidamente, le contó su fracaso con los informes de las mujeres y las conclusiones a las que había llegado sobre su ausencia.

—Es posible. De hecho, parece bastante probable puesto que ya has agotado todas las listas de fallecidos. El ejército debe de ser tan burocrático como cualquier otra institución del estado. Todos los documentos por triplicado y dejando siempre algún rastro. Pero

tanto si estuvieras reportada como ausente sin permiso o como desaparecida en acción de guerra, habrías tenido que volver al ejército cuando te encontraron.

—Sí, yo también he pensado en ello.

—He traído algunas cosas que podrías necesitar para entrar en casa de Hendricks —le dijo Jake.

—Yo también —contestó, pensando en las armas que llevaba en la maleta.

—¿Sabes manejar una cámara digital?

—Por supuesto. Me he traído una.

—También he traído un mini escáner por si hay documentos que quieres copiar.

—¿Hasta qué punto están seguros tus hombres de que Hendricks no estará en casa?

—Tengo a media docena de hombres siguiéndolo. Sabremos si se va a trabajar o si regresa antes a casa por algún motivo. Parece ser que vive solo. O por lo menos no hemos visto a nadie que vaya a visitarlo. Pero para prevenir posibles complicaciones, llevarás un cable. Y eso es innegociable.

—¿Y quién estará controlando mis movimientos?

—Yo con un par de mis hombres. Si algo tiene mal aspecto, te sacaremos inmediatamente de allí —la agarró por la barbilla y le hizo volver la cabeza para mirarla a los ojos—. Y estoy hablando en serio, Ria. En cuanto surja el menor problema, saldrás de allí. No quiero correr riesgos.

—No voy a correr riesgos innecesarios —replicó Ria, apartándose de su contacto.

—Tonterías. Si encuentras algo interesante, no querrás salir hasta que hayas terminado con tu trabajo.

—¿Crees que me conoces tan bien? —le preguntó furiosa.

—Es lo que haría yo. Y en eso somos iguales. Pero ésa es una condición que tienes que aceptar. Si la situación lo requiere, dejarás cualquier cosa que estés haciendo y te pondrás a salvo. El cable nos permitirá saber si necesitas ayuda. Si te encuentras con una situación extraña, lo único que tendrás que hacer es avisarnos y nosotros te ayudaremos a salir.

Ria tenía el estómago hecho un nudo. La adrenalina ya había comenzado un vertiginoso recorrido por sus venas. Le faltaban menos de dos horas para descubrir si Chad Hendricks y C. Albert Hendricks eran la misma persona.

—¿Cuál era el nombre que figuraba en las escrituras de la casa de Hendricks?

—Ya te lo dije, Chad Hendricks.

—¿Y no había ninguna inicial en medio? —insistió. Le habló de la firma que había encontrado en los informes de los soldados.

—¿C. Albert? —negó con la cabeza, pero ya estaba sacando el teléfono móvil del bolsillo—. ¿Cort? Léeme otra vez el nombre que aparece en las escrituras, ¿quieres? El nombre completo.

Al cabo de unos segundos de silencio, Jake la miró.

—El nombre que figura en las escrituras es Chad A. Hendricks.

—Son la misma persona, tienen que serlo —dijo Ria en medio de una oleada de euforia.

—Esperemos que así sea. Pero hay una ligera diferencia en su manera de firmar.

—Podría ser un intento de separar su nueva personalidad de su pasado militar —la emoción crecía y con ella, la certeza.

—Es posible —el tono precavido de Jake mitigó su entusiasmo, pero no le importó. Estaba más segura que nunca de que estaba siguiendo la pista correcta.

—Es el número mil doscientos cuarenta y cuatro. Una casa

colonial de ladrillo rojo.

Ria miró por la ventanilla de la furgoneta mientras rodaban lentamente por Old Town Alexandria, el barrio en el que se encontraba la casa. La calle adoquinada y los edificios del dieciocho la hacían sentirse parte del pasado. La casa de Hendricks era la única vivienda en medio de un conjunto de pubs, museos, restaurantes y tiendas especializadas. A pesar del frío, había mucha gente en la calle. Posiblemente turistas visitando el casco histórico de la ciudad.

—¿Cuánto puede valer una propiedad aquí?

Jake miró al hombre que conducía.

—¿Cort?

—Esta casa puede estar valorada actualmente en tres millones de dólares —respondió Cort. Ria alzó la mirada sorprendida—. En las escrituras dice que está en el registro de lugares históricos. La compró hace cuatro años.

¿Y de dónde podría haber sacado un antiguo militar esa cantidad de dinero?, se preguntó Ria. ¿Pertenería a una familia de dinero? Ningún trabajo para el gobierno incluía un salario que pudiera permitir aquel lujo. Era otro terreno en el que investigar. Pero Ria era perfectamente consciente de que se le estaba acabando el tiempo.

—¿Estás preparada?

Ria miró a Jake y asintió.

—Gira en Ramsay y rodea la casa. Hay sitio para aparcar cerca de la fachada principal de la casa.

—Sí, ya lo he visto —contestó Cort.

Ria sentía el corazón latiéndole violentamente en el pecho. La expectación crecía hasta hacerse casi insoportable. Aquella era la mejor oportunidad que había tenido de encontrar las respuestas que habían estado eludiéndola durante seis largos años. Y pensaba aprovecharla al máximo.

—Aquí tienes el plano de la casa —Jake se lo tendió—. Tres dormitorios y un cuarto de baño en el piso de arriba. En el piso de abajo, está el salón, el comedor, otro baño y una habitación que en las escrituras figura como cuarto de estar. En el doble fondo del cubo de la fregona, tienes herramientas para abrir las puertas. ¿Vas armada?

—Sí.

El uniforme le permitía esconder un estilete que llevaba sujeto al muslo y la pistola, que llevaba a la espalda, disimulada por el abrigo. Pero no dispondría de ninguno de ellos nada más entrar en la casa. El mayor peligro lo correría en el primer minuto, mientras desconectaba la alarma para entrar.

—La casa está vacía. Hendricks ha salido hace una hora hacia el Pentágono. Aun así, controlamos todas las salidas. No podría sorprenderte.

—Estaré bien, no te preocupes. No creo que tarde más de veinte minutos o media hora.

—Espero que salgas antes —su boca se había convertido en una dura línea—. Me sentiría mucho mejor si pudiera entrar contigo.

—Aunque me encantaría verte con un uniforme como éste, no es necesario. Tu ya has tomado todas las precauciones posibles. Yo me encargaré del resto —cada uno de ellos llevaba un pequeño transmisor inalámbrico en la oreja que les permitiría comunicarse mientras ella estaba dentro.

La furgoneta se detuvo. Ria se colocó la gorra blanca del uniforme y se metió el pelo por dentro.

—¿Te acuerdas de cómo se abre el fondo falso del cubo?

—Sí, me acuerdo. Y antes de que me lo preguntes, también me acuerdo del código de seguridad —miró hacia la calle, no había nadie cerca—. Estoy preparada.

Alargó la mano hacia el cubo y hacia el carrito en el que llevaba la

fregona, el plumero y la escoba. Se sentó cerca de la puerta y se dispuso a abrirla.

—Ria.

Ria volvió la cabeza con el ceño fruncido y la paciencia al límite. Pero en vez de hacerle otra advertencia, Jake la estrechó contra él y cubrió sus labios con un beso.

Ria tardó algunos segundos en recuperarse. Como no estaba segura de cómo contestar, se limitó a asentir y salió. Ya todo dependía de ella.

Gracias a su experiencia como agente de la ley, sabía que la proximidad de una misión peligrosa tenía ciertos efectos físicos. La adrenalina comenzaba a correr acompañada por una peculiar claridad mental. El tiempo parecía aminorar su ritmo, cada segundo se sentía con una precisión absoluta.

Pero Ria era suficientemente profesional como para asegurarse de que ninguno de esos efectos se notaran. Si alguien se fijaba en ella, sólo vería a una mujer de la limpieza de camino al trabajo.

Subió los escalones de piedra de la entrada, dejó su carga en el suelo y miró el panel del sistema de alarma que había al lado de la puerta. Jake le había advertido que sólo podría intentar desconectarlo dos veces antes de que se activara una alarma silenciosa que alertaba a la compañía de seguridad. Pero Ria no pensaba necesitar más de una.

Tecléo el código y esperó un par de segundos. Vio parpadear una luz verde y contuvo la respiración, con todos los nervios en tensión. Alargó la mano, giró el pomo de la puerta y la empujó.

La casa estaba en silencio. Ria entró, dejó de nuevo el cubo y el carrito en el suelo y cerró la puerta con el pie. Al segundo siguiente, tenía la pistola en la mano.

Recorrió la casa sigilosamente, asegurándose de que estaba tan

vacía como parecía. Una vez satisfecha, se relajó ligeramente.

—Todo despejado —musitó.

—Bien —la voz de Jake le llegaba con sorprendente claridad—. Adelante.

Aunque sentía en el pecho la ansiedad por iniciar la búsqueda, la precaución estaba demasiado arraigada en ella como para descartarla. Hasta que no hubiera revisado las vías de escape de la parte posterior de la casa y el segundo piso, no se permitiría ceder a aquella ansiedad. Se metió la pistola en el bolsillo del abrigo, dejó los guantes de cuero en el suelo y miró el reloj. Todo el proceso le había llevado menos de cinco minutos.

Dejó el carrito con los instrumentos de limpieza tras la puerta, tomó el cubo y entró en el salón. La habitación tenía el aspecto de ser utilizada con frecuencia, pero no estaba desordenada. Había un ejemplar del *Washington Post* en uno de los brazos del sofá y una taza de café medio vacía a su lado.

Con la mirada fija en las ventanas, Ria se dirigió a la repisa de la chimenea y miró la colección de fotos allí dispuestas. A diferencia de la suya, la vivienda de Hendricks tenía el sello de alguien con pasado. Con una familia y con gente que lo quería.

Ria deslizó el fondo falso del cubo y sacó la cámara fotográfica para hacer algunos disparos a aquella colección de fotografías enmarcadas. El hombre que aparecía en la mayor parte de ellas era el mismo al que había visto entrar en el despacho de Jake.

—¿Dónde estás?

La voz de Jake la sobresaltó. Por un momento, se había olvidado de que estaba en el otro extremo del transmisor.

—Haciendo fotos de las fotografías que tiene en el salón.

Había algunas fotos en las que aparecía con un hombre mayor y otras en las que aparecía el mismo, mucho más joven, con una mujer

que debía de ser su madre.

Después de mirar de nuevo a su alrededor, se dirigió a la siguiente habitación. Estaba llena de vitrinas con objetos militares antiguos, cada uno de ellos con una etiqueta a su lado. Ria estimó que habría al menos unos doscientos objetos en la habitación.

—¿Cuánto pueden llegar a valer las armas antiguas? —le preguntó a Jake.

—¿Qué demonios estás haciendo ahora? —preguntó Jake, medio irritado.

—La otra habitación está llena de armas antiguas. Y por el aspecto que tiene el sistema de seguridad con el que están protegidas, deben de ser muy valiosas.

—¿Cuántos años tienen?

—Son de la Primera Guerra Mundial, aunque también hay algunas más recientes.

—Ese tipo de objetos puede llegar a alcanzar un alto precio, dependiendo de sus años y de su excepcionalidad. El precio puede variar desde los doscientos dólares hasta algunos miles, aunque algunas piezas superan esa cantidad.

En otras palabras, era una afición bastante cara. A Ria le habría encantado saber de dónde sacaba Hendricks tanto dinero.

Subió al piso de arriba. En una de las habitaciones, estaba el estudio de Hendricks.

Había toda una pared cubierta de fotografías. Las ignoró de momento y se acercó al escritorio. Los cajones estaban cerrados, de modo que sacó el estuche que Jake le había mencionado y abrió la cremallera. Sacó una ganzúa, la insertó en una de las cerraduras y abrió el cajón con facilidad.

Había tan pocas cosas en los cajones que imaginó que la libreta de cuero que había en su interior debía de ser muy valiosa. La hojeó. No

había utilizado ni la tercera parte y contenía nombres, direcciones y números de teléfono. Utilizando el escáner, copió todas las páginas, volvió a dejarla en su interior y continuó con el resto de los cajones.

Ninguno de los otros estaba cerrado, lo que le hizo pensar que quizá no hubiera nada de interés en su interior. Pero aun así, los registró rápidamente. La mayor parte de las carpetas que en ellos había, descubrió, contenía los recibos de las armas que había visto en el piso de abajo.

Había otras carpetas con facturas y resguardos que también copió, mientras calculaba mentalmente el salario de Hendricks. Tenía que ser extraordinario para poder permitirse una casa como aquélla. Se acercó después a la pared y pudo comprender con más detalle la historia militar de Hendricks. En una de ellas aparecía de joven, recién alistado y muy serio. En otra aparecía sonriente, señalando las flamantes barras de su uniforme. En otras, lo habían fotografiado estrechando las manos de varios oficiales.

Enmarcadas en cristal, había colgado también lo que Ria dedujo debían de ser sus insignias y medallas militares. Y advirtió con asombro que había alcanzado el rango de coronel antes de dejar el ejército. Por las fotografías más recientes, dedujo que debía tener unos cuarenta y cinco años. Según Jake, llevaba cuatro fuera del ejército. Un ascenso rápido, aunque no sin precedentes.

Fotografió todas aquellas instantáneas y guardó la cámara en el cubo. Regresó al escritorio, revisó la superficie y volvió a dedicarse de nuevo a los cajones, buscando algún posible doble fondo. Su búsqueda fue recompensada en el último cajón. En él encontró un ordenador y una impresora. Pero una vez sacado el aparato, pudo liberar el panel que ocultaba el falso fondo del cajón.

En ese espacio encontró una libreta de ahorros.

El corazón comenzó a latirle violentamente. Abrió la cartilla y vio que se trataba de la libreta de una cuenta corriente situada en un

paraíso fiscal. La mayoría de los depósitos habían sido realizados en los últimos cinco años.

Ria podría no saber la fuente de aquel dinero, pero estaba convencida de que era ilegal.

Sacó de nuevo el escáner y copió todas las páginas. Dejó después la libreta de nuevo en el cajón.

—Ya te he atrapado, canalla —musitó.

—Supongo que no estás hablando conmigo —respondió irónico Jake—. ¿Has encontrado algo?

—Creo que Hendricks está chantajeando a alguien. Me preguntaba de dónde saldría todo este dinero —miró hacia el ordenador—. Me gustaría tener más conocimientos de informática para poder revisar su ordenador.

—Déjalo para otra ocasión. Ahora termina y vuelve. Ya llevas veinticinco minutos dentro.

Ria no necesitaba que se lo recordara. Pero antes de abandonar la habitación, se detuvo frente a las fotografías una vez más. Vistas rápidamente, representaban un collage de la vida militar de Hendricks. En él figuraban sus amistades y sus éxitos. En una de ellas le pasaba el brazo por los hombros a un oficial de los Rangers. Al ver la insignia, Ria lo miró con atención.

Y la respiración se le congeló en los pulmones al reconocerlo. Aquel hombre no era otro que el que había ido a matarla a Santo Cristo. El mismo que había asesinado a Luz.

Capítulo 9

Salvo por algún que otro comentario suelto, el viaje de regreso hasta el aeropuerto lo hicieron en completo silencio. Pero no había duda alguna sobre el estado de humor de Jake. Era letalmente amenazador.

Ria lo ignoró todo lo que le fue posible. Con aquel tumulto de pensamientos, agradecía el silencio, aunque estuviera cargado de dinamita. Una vez en el interior del avión, se recostó contra el asiento y cerró los ojos. Al menos dos de los hombres del equipo del que ella había formado parte estaban muertos, los había matado ella. No tendría por qué resultarle difícil relacionar al hombre que aparecía en la fotografía con alguno de los de su listado de soldados muertos.

Las cosas estaban empezando a encajar. Necesitaba ordenar la última avalancha de información y explorar nuevas opciones.

Sintió que Jake se sentaba a su lado y abrió los ojos. Dado su humor, imaginaba que iba a necesitar de todo su ingenio para tratarlo.

—¿Todavía estás molesto?

—Has estado allí casi una hora. Eso es el doble de lo que habíamos planeado. He estado a punto de ir a buscarte dos veces.

—Después de encontrar esa cartilla en el fondo del cajón, he decidido revisarlo todo más concienzudamente.

—¿Y por qué demonios se te ha ocurrido hacer algo así? Se suponía que esto sólo iba a ser entrar y salir. Ya tenías una libreta. Y has averiguado que fue mando de al menos dos de los hombres de la lista de fallecidos.

—He reconocido a uno de los hombres que aparecía en la fotografía de Hendricks —aquél había sido el catalizador de su ansia de buscar nuevas pruebas—. Era el primer asesino que enviaron a buscarme a Santo Cristo. Mató a la mujer que me había salvado la vida y después vino a por mí.

No se produjo ningún cambio en la expresión de Jake, pero Ria notó que la tensión que había entre ellos disminuía ligeramente.

—¿Estás segura?

—Recuerdo perfectamente ese rostro —su mirada se volvió reservada. Podía visualizar perfectamente las imágenes de los dos hombres que habían ido a buscarla. Las escenas se repetían constantemente en sus pesadillas—. Él habló, el otro asesino no. Me dijo que era una traidora y que enviarían a otros a buscarme. Y tenía razón. Pero también dijo algo más. Algo sobre que Sammy me enviaba recuerdos. Pero no creo que... no podía referirse al Secretario de Defensa, a Samson, ¿verdad?

Aquellas palabras le helaron a Jake el corazón. Dios santo. En lo que se refería a enemigos, no podía haberlos más poderosos.

—Espero que no —musitó.

Pero era una posibilidad que no podía ignorar. Hendricks era el hombre más próximo a Samson y había sido oficial en la base en la que habían estado destinados durante algún tiempo al menos dos de los hombres de la lista de fallecidos.

—El hombre de la fotografía —comenzó a preguntar Jake de repente, volviéndose hacia Ria—, ese tipo que estaba con Hendricks, ¿era un Ranger?

Cuando Ria asintió, sintió un nudo en las entrañas. Esperaba que aquella excursión les aclarara algunas dudas, pero maldita fuera si le estaban gustando las respuestas.

—Tenemos que llevarte a algún lugar en el que estés a salvo —dijo

de pronto—. Mi contrato expira pasado mañana. Si no convencemos a Hendricks de que estás muerta, irá él mismo a buscarte, o contratará a cualquier otro.

—Antes irá a buscarte a ti —predijo Ria.

—Cuento con ello. Pero antes podemos sacarte del país.

—¿Y eso impedirá que vaya tras de ti? ¿O que haga realidad su amenaza de soltar a Álvarez sabiendo que él irá directamente a buscarte?

—En mi casa ya tengo suficientes medidas de seguridad.

Ninguna de ellas infalible, y lo sabía; lo sabía tan bien como cualquiera.

—Mi avión puede llevarte a cualquier parte del mundo. Conozco a un tipo que es un auténtico maestro en crear documentaciones falsas. Podemos esconderte durante un día o dos como mucho y después tendrás tu documentación lista. Si Hendricks te cree muerta, ahorraremos tiempo y, con un poco de suerte, podremos sobrevivir los dos.

Ria tragó saliva y desvió la mirada.

—Hace tiempo decidí estar preparada por si tenía que huir otra vez. Así que tengo dinero ahorrado y dos identidades de las que podría disponer. Pero he estado huyendo durante toda mi vida. Por lo menos, durante todo el tiempo que puedo recordar. Estaba decidida a encontrar respuestas y ahora estoy empezando a encontrarlas. No pienso seguir huyendo. Como Hendricks parece estar metido en esto hasta el cuello, él es el hombre que me las va a proporcionar.

—No conseguirás ninguna respuesta si estás muerta —Jake sabía que sus palabras eran duras, pero no tenía sentido edulcorarlas—. Déjame ponerte a salvo. Estás demasiado cerca de la verdad para arriesgarte a morir. ¿Quieres que alguien pague por todo lo que ha pasado? ¿Que alguien pague por la muerte de esa mujer? Entonces

tendrás que asegurarte de estar viva.

Ria permaneció en silencio el tiempo suficiente como para que Jake comenzara a considerar qué alternativas tenía en el caso de que se negara. Y el secuestro comenzaba a parecerle una opción estupenda antes de que Ria por fin respondiera:

—La primera vez que alguien vino a buscarme, murió una mujer inocente. No permitiré que eso vuelva a ocurrir.

Pero en el momento en el que dejara de ser ella un objetivo, pensó Ria sombría, eso dejaría de ocurrir. No era mucho, pero era algo. Odiaba admitirlo, pero el plan de Jake parecía razonable. Si convencían a Hendricks de que Jake la había matado, no tendría ningún motivo para ir a por él. Hendricks no sabía que habían descubierto su verdadera identidad. Y ella no iría muy lejos, desde luego, no pensaba salir del país. Si se marchaba, lo haría poniendo condiciones. A un lugar que ella decidiera y en una casa que no tuviera que compartir con nadie. Y, mucho menos, con Jake.

Desde allí podría continuar la búsqueda. Y lo haría. Porque ya estaba suficientemente cerca como para empezar a saborear el éxito.

—Me iré mañana por la noche —cuando vio que Jake estaba a punto de protestar, continuó—: Antes quiero dejar las cosas en orden en la oficina.

—De acuerdo —contestó él a regañadientes.

Ria ya estaba haciendo planes. Para que su desaparición pareciera razonable, tendría que dejar todas sus cosas en casa. No sería difícil. Llevaba una existencia espartana intencionadamente. Pero antes tendría que descargar todos los archivos del ordenador y borrar el disco duro. Fuera a donde fuera, iba a llevarse toda aquella información porque pretendía continuar su investigación sin pérdida de tiempo.

Ya había pasado por demasiadas cosas. Pero aquel dolor en el

corazón era nuevo. Estaba acostumbrada a reconocer lo que había que hacer y a hacerlo. Aquella tristeza era diferente, y le resultaba difícil quitársela de encima.

Miró al hombre que estaba a su lado. Él era la causa, o gran parte de la causa de aquel sentimiento.

Ella casi... confiaba en él. No estaba segura de que fuera capaz de hacerlo realmente, pero Jake despertaba en ella sentimientos que le eran extraños.

Jake la miró en aquel momento y la expresión de sus ojos la dejó sin aliento. Tenía la mirada más suave y profunda que había visto Ria nunca en ellos. Y sabía que no estaba imaginando la tristeza que veía en sus profundidades.

Esperó a que dijera algo, aguardando quizá que sus palabras pudieran romper el hechizo que parecía unirlos inexorablemente. Pero Jake continuó en silencio, aunque alargó los brazos hacia ella para sentarla en su regazo.

Ria se tensó ante lo extraña que le resultaba aquella postura. Pero cualquier sombra de vergüenza se disipó en el instante en el que Jake enterró la cabeza en su cuello.

Había un cansancio en aquel gesto que movió algo muy profundo en su interior. Hundió los dedos en su pelo. Ria rara vez cedía a la autocompasión o maldecía las circunstancias que habían borrado de su memoria los recuerdos de su familia y amigos. Consideraba cada nueva experiencia como un paso que le permitía ganar lo que había perdido. Pero hasta entonces, jamás había sido tan dolorosamente consciente de la dulzura de un momento. Quizá porque nunca había sentido nada parecido.

Fuera como fuera, saborearía aquel instante.

Cuando Jake buscó su boca, su contacto fue ligero, un mero roce antes de detenerse con los labios suspendidos a un milímetro de su

boca. Sus respiraciones se fundían. Y Ria comprendió, sin necesidad de palabras, que aquélla sería su auténtica despedida.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo estrechó contra ella mientras movía los labios dulcemente sobre los suyos. Durante los siguientes minutos, iba a dejar de lado la tristeza, el miedo y todas sus defensas.

Iba a empezar a almacenar recuerdos para un futuro incierto. Recuerdos que pudieran reconfortarla cuando se cernieran sobre ella las frías sombras de la noche. Cuando la presión de estar sola comenzara a resultar sofocante.

Jake movió la lengua contra sus labios, pero no se precipitó, no profundizó su beso. Enmarcó su rostro con las manos y la ternura de aquel gesto hizo estragos en todos los sentidos de Ria.

Jake sentía la disposición de Ria; y su pequeño suspiro de rendición encendió un deseo imposible de extinguir. Aun así, jugueteó delicadamente con sus labios, arrancando de ellos un inmenso placer.

Devoró su barbilla, que descubrió suave y sedosa. Y supo entonces que el sexo era algo fácil cuando se hacía rápidamente y sin pensar. Cuando la pasión y el deseo cegaban la lógica y las dudas. Pero nada podía competir con el gozo de aquel instante.

Deslizó las manos bajo el jersey de Ria, sintiendo cada vértebra. Su piel era cálida y sedosa bajo las palmas de sus manos. Dibujó el perfil de sus cicatrices con el pulgar. Ria se arqueó ante el contacto de su mano y Jake supo entonces que hasta el más ligero movimiento podría acabar con su capacidad de control.

Tiró del jersey de Ria, lo dejó a un lado e hizo lo mismo con el sujetador. Se apoderó entonces de sus senos. Con los pulgares, iba acariciándolos hasta alcanzar los pezones y volvía de nuevo a retirarse. Un pequeño gemido escapó de la garganta de Ria, que se presionó contra él, urgiéndolo a tomar mucho más.

Había un lado oscuro y temerario de Jake que deseaba hacerlo. Una parte de él quería hacer el amor con Ria una y otra vez hasta saciarse de ella. Hasta que pudiera estar seguro de que por fin dejarían de atormentarlo los recuerdos.

No la echaría de menos cuando se marchara, se dijo a sí mismo, mientras tomaba los satinados pezones con el pulgar y el índice. La nostalgia era una tontería, una pérdida de tiempo.

Ria se estrechaba contra él, el fuego corría por sus venas, haciéndole temblar. Las manos de Jake hacían añicos cualquier posible intento de control. Y anhelaba sentir las descendiendo por su cuerpo, tomándolas con un gesto de posesión.

Se volvió para sentarse a horcajadas sobre él y tomó su boca. Deslizó la lengua entre sus dientes para prodigarle las más sinuosas caricias, destinadas a hacerle arrepentirse de su contención. Cuando Jake la besó y lo sintió tensarse bajo su cuerpo, Ria supo que lo había conseguido.

Deslizó las manos por su camisa con movimientos deliberadamente lentos, desnudando cada centímetro de su piel con un cuidado casi insoportable.

Cuando por fin le abrió la camisa, Jake la estrechó contra él. Durante unos segundos, Ria se quedó muy quieta, disfrutando de la exquisita sensación del roce de sus pieles. Pero el deseo no tardó en convertirla en su presa y comenzó a retorcerse contra él, disfrutando al sentir el vello hirsuto contra los pezones.

Jake sintió crecer su excitación, acabando con cualquier posibilidad de moverse lentamente. Se levantó para terminar de desnudarla y permitió que ella le devolviera el favor.

Cuando ambos estuvieron desnudos, Ria se acercó a él lo suficiente como para rozar su pecho con los pezones. Jake dedicó unos instantes a deleitarse en su imagen. Sus manos persiguieron el

mismo placer, vagaron por su cuerpo explorando cada curva, cada latido, cada uno de los músculos que vibraba bajo su piel. Y Jake reconoció en alguna parte distante de su mente que todas las promesas que se hiciera eran inútiles. Ria continuaría en su recuerdo a pesar de todos sus esfuerzos para borrarla de su mente. Ria se inclinó para tomar el preservativo que Jake había sacado del bolsillo del pantalón y lo deslizó sobre su sexo. Después, Jake se dejó caer en el sofá y tiró de ella, hundiendo las manos en su pelo mientras el deseo lo abrasaba.

Ria se sentó en su regazo. Jake inclinó la cabeza, tomó uno de los pezones entre sus labios y succionó profundamente. Ya no hubo posibilidad de control. Ria se arqueó y se meció sobre él, entrando en íntimo contacto con su erección.

Y encontraba un placer especial en saber que el recuerdo de aquel momento se grabaría en la mente de Jake tan profundamente como en la suya, que sería un recuerdo imposible de borrar.

La sangre rugía por sus venas. Sentía los músculos de Jake temblar por el esfuerzo que estaba haciendo para controlarse. En el aire crepitaba una pasión pura y desesperada.

Ria alzó las rodillas, buscó su sexo y, con dedos temblorosos, lo colocó para ir deslizándose centímetro a centímetro sobre él.

Jake se recostó contra el respaldo del sofá. El sudor perlaba su frente. Los lánguidos y aterciopelados músculos de Ria a su alrededor estaban a punto de desbordarlo. Pero era algo más que un deseo salvaje el que lo devoraba. Era la visión de Ria con la espalda arqueada y la atención concentrada, como si estuviera absorbiendo todas y cada una de aquellas sensaciones.

Y supo entonces que aquella sería la imagen que quedaría grabada para siempre en su mente. Aquella sería la imagen que recordaría de ella.

Se aferró a sus caderas desesperadamente. Pero Ria continuó descendiendo poco a poco. Y para cuando estuvo completamente dentro de ella, Jake tenía ya la capacidad de control hecha jirones.

Ria apoyó la frente contra la suya y, cuando todos los sentidos de Jake parecían estar clamando, se irguió y comenzó a moverse.

Jake intentó dejar que fuera ella la que marcara el ritmo pero, en cuanto la oyó gemir, algo estalló en su interior.

Se aferró a ella con fuerza, llenándola tan plenamente que él mismo gimió al hacerlo. Jamás había conocido un deseo tan violento, tan ardiente, tan placentero. Guiado por un deseo casi primitivo de estar más cerca de ella, ahogaba entre sus labios sus gemidos y enterraba el rostro contra su cuello, mientras los llevaba a ambos a la locura.

Cuando por fin sintió contraerse los músculos de Ria, encontró un placer casi salvaje al verla alcanzar el clímax.

El sonido de su nombre entre sus labios provocó su propia liberación, con una fuerza que hasta entonces no había conocido. Después de una última embestida, la siguió en aquella caída libre hacia el gozo más absoluto.

Minutos después, permanecían tumbados en el sofá, con los brazos y las piernas entrelazados, esperando que sus cuerpos dejaran de jadear. Ria hundía los dedos en su pelo mientras Jake le acariciaba las caderas.

Jake pensó que podía adivinar lo que estaba pensando. Pero cuando Ria habló, le sorprendió su pregunta.

—¿Qué pasará cuando suelten a Álvarez?

—Ya te lo dije. Todavía tiene muchas cosas por las que pagar.

—La policía está al corriente de vuestra rivalidad. Si le ocurre algo, irá inmediatamente a por ti.

—Tendré cuidado.

Ria se apoyó sobre un codo y lo miró con firmeza.

—¿Estás bromeando? Álvarez tiene tantas ganas de vengarse como tú. Y si algo he aprendido durante todos estos años, es que no hay ningún sistema de seguridad infalible. Si alguien quiere matarte y es suficientemente bueno, terminará haciéndolo.

—Lo sé. Pero voy a demostrar que soy mejor que él.

—¿Y por qué puede merecerte la pena correr esa clase de riesgo? Seguramente no lo haces por dinero. Prácticamente estás nadando en él.

—Eso lo dice una persona que no valora en nada la riqueza.

—No merece la pena, Jake —lo miró con firmeza—. Sea lo que sea lo que te hizo, no merece la pena tener que pasar el resto de tu vida mirando por encima del hombro.

Si alguien sabía lo que era tener que huir, ésa era Ria. Pero Ria no lo sabía todo. En absoluto.

—No es un problema de venganza —se separó de ella, se sentó y comenzó a buscar su ropa.

—¿Entonces como lo llamarías?

—Es una cuestión de justicia. Cometió un asesinato y, de una u otra forma, tendrá que pagar por ello —se puso los pantalones y comenzó a ponerse la camisa.

Ria tomó su ropa y lo miró atentamente.

—¿A quién asesinó?

—A Jilly, mi hermana —la tristeza y la culpa lo invadían. Ni siquiera los años habían conseguido diluirlas. Se abrochó la camisa —. Jilly era mayor que yo, pero... quizá se parecía demasiado a mi madre —sobre todo en lo que a la elección de hombres se refería—. Yo siempre tuve que cuidarla. Pero cuando salí del centro de menores, ella ya se había ido de casa.

Se había dirigido hacia el sur, pero Jake no estaba preocupado por ella. Creía realmente que había conseguido un buen trabajo en un restaurante caro de Columbus. Cuando había comenzado a hablarle de su novio, un hombre muy rico, Jake debería haber sospechado, pero había preferido creerse sus historias. Quería pensar que al menos ella había conseguido escapar a la violencia y a la pobreza que habían rodeado su infancia.

—Durante los primeros años, regresaba a casa en Navidad. Pero después comenzó a poner excusas. El segundo año que no vino a casa, decidí ir a verla.

Recordaba claramente lo cambiada que la había visto. Jilly siempre había sido una mujer vitalista, orgullosa de su físico. Pero la mujer que había encontrado en un cochambroso apartamento que compartía con otras dos mujeres parecía haber envejecido diez años desde su último encuentro. Jake había reconocido inmediatamente lo que querían decir las marcas de sus brazos. Pero había tardado un par de días en averiguar en qué consistía realmente su trabajo.

—Ese hombre que ella me presentó como su novio no era más que un proxeneta y un traficante de drogas —miró a Ria con amargura—. Álvarez la había reclutado prometiéndole dinero y atención. Ella se enganchó a las drogas y la dejó en la calle. Murió de una sobredosis a los veintiséis años, dos semanas después de que yo me fuera de la ciudad. Y quizá no fue Álvarez el que le puso la jeringuilla en el brazo en esa ocasión, pero yo sigo considerándolo responsable de su muerte.

—Sí, es cierto, es el responsable, directa o indirectamente. Pero tu muerte no va a evitar la de tu hermana. No creo que ella hubiera querido que corrieras tantos riesgos.

—No, Jilly nunca fue amante del riesgo —al igual que su madre, había confiado en el hombre menos adecuado porque necesitaba desesperadamente que alguien la cuidara.

Pero la ley no responsabilizaría nunca a Álvarez de la muerte de Jilly, de modo que le correspondía a él hacer justicia. Por eso había aceptado un puesto de bajo nivel en su organización y había utilizado aquella oportunidad para aprender todo lo posible sobre sus negocios ilegales. Después, había dado un soplo y la policía había hecho el resto. Y en el momento en el que la policía le estaba poniendo a Álvarez las esposas, Jake ya estaba reestructurando su imperio para hacerlo suyo.

Miró a Ria.

—Tú deberías saber mejor que nadie que a veces, la única opción que tenemos es jugar con las cartas que nos han repartido —y aunque le habría gustado que su mano hubiera sido diferente, ya nada podría cambiarlo.

Ria pasó por la oficina del sheriff y se quedó más tiempo del que tenía previsto ordenando los archivos para que el traspaso al nuevo sheriff fuera lo más perfecto posible.

Pensó sombría que quizá Ralston viera por fin cumplidos sus deseos. Con su repentina desaparición, quizá fuera considerado como el candidato más favorable.

Sin embargo, mientras conducía por el camino de su casa, sus pensamientos estaban muy lejos de la oficina del sheriff. Aunque tenía la sensación de que había pasado toda una vida, había sido la noche anterior cuando le había pedido la nueva información a Benny. Y seguramente la tenía ya en el correo electrónico.

Pero ni siquiera la anticipación que tensaba su estómago impidió que revisara todas las medidas de seguridad. Teniendo en cuenta todo lo que Jake y ella habían descubierto los últimos días, las precauciones eran imprescindibles.

Cuando pasó por la cocina, el estómago le sonó violentamente. Pero la comida tendría que esperar. Rápidamente, subió al piso de

arriba y encendió el ordenador. Mientras esperaba, sacó un maletín del armario y comenzó a guardar en él los documentos en los que había estado trabajando.

En cuanto se sentó, tecleó su contraseña para acceder a su cuenta de correo. Al ver el mensaje de Benny, tecleó impacientemente y esperó a que el ordenador descargara el documento. Y, a pesar de sus esfuerzos, su mente volvió de nuevo a Jake.

Le parecía irónico que mientras ella sólo pensaba en protegerlo, él se abrazara abiertamente al peligro que Álvarez y sus hombres representaban. Presionó una tecla para imprimir un documento.

Pensaba marcharse sin aceptar el ofrecimiento de Jake. Mientras Hendricks siguiera libre, sería muy arriesgado para cualquiera estar cerca de ella. Pero probablemente sus esfuerzos serían en vano. El juego de Jake con Álvarez era tan letal como los vínculos que ella tenía con Hendricks.

Echó un rápido vistazo a las dos primeras hojas que salieron de la impresora. Era un listado de las militares desaparecidas en misión de guerra durante el período de su desaparición.

Pero no tardó mucho en comprender que ninguna de aquellas mujeres podía ser ella. Una era demasiado vieja y la otra no tenía el mismo color de piel. Dejó aquellos informes a un lado e imprimió los siguientes. Eran más de las que esperaba las mujeres que se habían ausentado sin permiso de la base. Doce en total. Todas, salvo dos de ellas, habían sido atrapadas y expulsadas del ejército. Fueron los informes de las otras dos los que le llamaron la atención.

Al principio no leyó ni siquiera el nombre. Fue directamente a la firma del oficial. Y la de uno de aquellos informes pertenecía al coronel C. Albert Hendricks.

Todo su cuerpo se quedó paralizado. Ni siquiera podía respirar. Retrocedió lentamente y se dejó caer en una silla mientras sus ojos

recorrían aquellas páginas.

Starkey, Karen L., sargento.

Mantiene el mando con resultados excepcionales.

Su integridad y su capacidad mental están más allá de cualquier reproche.

Conoce múltiples idiomas, lo cual, sumado al resto de sus cualidades, la convierte en una candidata ideal para formar parte de la inteligencia militar.

Ria continuó pasando lentamente aquellas páginas. Su mente parecía haber dejado de funcionar. No conseguía asimilarlo. Pero no necesitaba leer nada más para saber que tenía la clave de su verdadera identidad entre las manos.

El humo serpenteaba desde el establo. Las llamas se elevaban hacia el cielo, eludiendo triunfantes los chorros de agua que arrojaban los bomberos. Al oír otra sirena en la distancia, Ria instruyó por radio:

—Parker, quita la valla de emergencia, parece que Bakersfield se dirige hacia allí —al advertir que había crecido considerablemente el número de personas que estaban contemplando lo ocurrido, se puso en contacto con otro de sus ayudantes—. ¿Clark? ¿Te has asegurado de que el camino esté despejado para que puedan entrar y salir vehículos?

—Necesitamos otro ayudante para controlar el tráfico. No sé de dónde ha salido tanta gente.

—Mandaré a alguien para allá —Ria alzó la mirada y escrutó la multitud—. Cook, Clark necesita que le echen una mano.

El hombre asintió y se dirigió hacia allí. Ria se acercó hacia el lugar en el que permanecían otros dos de sus ayudantes junto al propietario del establo, Darrell Hempsted. El hombre contemplaba el fuego con el ceño fruncido. Y cuando la vio acercarse, su expresión se

tornó truculenta.

—Si hubiera hecho lo que le dije que hiciera la última vez, sheriff, esto no habría pasado. La haré responsable de lo ocurrido.

—Tendrá que refrescarme la memoria, señor Hempsted, ¿qué fue lo que me pidió?

El hombre escupió al suelo.

—Son esos condenados chicos de Yarrow. Ya le hablé de ellos. Se pasan la vida aquí, fumando y bebiendo la cerveza que consiguen robar. ¡Y mire lo que me han hecho ahora! —señaló hacia el fuego que parecía estarle ganando la batalla a los bomberos.

Ria recordó entonces. Había enviado a uno de sus ayudantes a hablar con esos chicos y éstos habían admitido que habían estado allí en alguna ocasión. Desde entonces, el anciano había tenido más sospechas que verdaderas pruebas, de modo que no era mucho lo que Ria había podido hacer.

—Hablaremos mañana —o al menos alguien lo haría en su lugar. Porque ella ya no estaría allí.

Unas horas después, el establo estaba convertido en poco más que cenizas y la mayoría de la gente se había dispersado. Ria le dio las gracias al jefe de bomberos y a sus hombres y se dirigió hacia el camino, consciente del poco tiempo que le quedaba. Faltaba menos de una hora para que Jake enviara un coche a buscarla. Habían estado discutiendo sobre el plan durante varios minutos, cuando Jake la había llamado aquella tarde.

Jake se había mostrado distante, aunque su interés había crecido cuando Ria lo había puesto al tanto de su descubrimiento. Habían decidido que Jake dejaría el coche que iba a buscarla en la carretera, al lado de la siguiente propiedad. Ria no quería que ninguno de sus vecinos viera un coche extraño en su casa. Su desaparición tenía que ser absoluta.

Y aunque los recursos de Jake pudieran ayudarla a desaparecer en un primer momento, en cuanto tuviera una oportunidad, buscaría algún lugar diferente en el que establecerse para poder continuar su investigación.

Cuando llegó al final del camino del establo, Scott Carter la llamó.

—Sheriff, ¿cuánto tiempo quiere que nos quedemos por aquí?

—Estoy enviando a todo el mundo a casa, salvo a Simpson y a Cook. Ellos se quedarán hasta que se vayan los bomberos.

—No voy a discutir por ello. Esta noche me he perdido la cena, ¿quiere que la deje en alguna parte?

—He venido en coche, pero gracias de todas maneras —estaba utilizando un coche del departamento desde que le habían disparado yendo en el suyo.

Scott caminó a su lado mientras se dirigían hacia sus respectivos coches.

—Usted compró la casa de los Haskell que está a un par de kilómetros de aquí, ¿verdad? Mis abuelos vivieron en esa casa. Tengo muy buenos recuerdos de ese lugar.

Ria se detuvo cuando estaba a punto de abrir el coche.

—¿Por qué la vendieron tus abuelos?

—Bueno, envejecieron y se trasladaron a la ciudad. Ya no querían vivir tan aislados, supongo —se despidió de ella con un gesto y se metió en el coche.

Ria pensó en sus palabras mientras conducía. Aquélla era la única casa que había sido realmente suya en los últimos seis años, pero eran pocos los recuerdos que se llevaría de allí. Quizá el del día que había encontrado a Jake en su salón, con la pistola escondida debajo del periódico. Aquella noche, su inexplicable presencia parecía haberse prolongado a pesar de sus esfuerzos por evitarla. O el recuerdo de Jake y ella examinando minuciosamente las listas de

militares. O el del momento en el que había descubierto su verdadero nombre.

Detuvo el coche cerca de la casa y alargó la mano hacia la linterna. Rodeó la casa y, al no ver nada extraordinario, subió los escalones de la puerta de atrás para comprobar la posición del felpudo y la pintura seca que colocaba diariamente en el pomo de la puerta. Satisfecha, se dirigió hacia la parte delantera de la casa.

El perro pareció salir de la nada, gruñendo y ladrando. Ria saltó hacia atrás y alzó la linterna amenazadora. El animal era enorme y, a juzgar por el collar que llevaba, pertenecía a uno de sus vecinos.

Más enfadada que asustada, se mantuvo donde estaba hasta que el animal retrocedió sin dejar de ladrar. Sin perderlo de vista, Ria continuó avanzando hasta la casa. Aquel perro era suficientemente grande como para haber activado el sistema silencioso de alarma. De hecho, aquélla no sería la primera vez que pasaba.

Pasó por la ventana del cuarto de estar, medio esperando ver las luces de la alarma. Pero el interior de la casa estaba a oscuras. Frunció el ceño, apagó la linterna y volvió a mirar. La casa continuaba en sombras.

Un frío glacial le recorrió la espalda. Sabía que la ausencia de luz no podía deberse a ningún fallo del sistema de alarma.

Se apartó de la ventana y se pegó a la fachada, con el miedo corroyéndole las entrañas. Podría haber habido un corte de electricidad. O quizá alguien hubiera desactivado intencionadamente el sistema de alarma. Algo que sólo podía hacerse desde el interior de la casa.

Capítulo 10

Ria intentó recuperar la calma. Seguramente aquella paranoia era producto de los últimos acontecimientos. Pero había sido su instinto el que le había permitido sobrevivir durante aquellos años.

Y era su instinto el que le estaba advirtiendo a gritos en aquel momento.

Podía acercarse a la finca que lindaba con la suya y esperar a Jake. En menos de una hora estaría lejos de allí. Lejos del peligro que la esperaba en el interior.

Pero allí estaban sus informes, reunidos en un pequeño maletín que pensaba llevarse con ella, junto a las ampollas y las jeringuillas que les había quitado a los dos asesinos. Vaciló un instante. Podría hacer que le enviaran de nuevo aquellos datos, después de tomar la precaución de abrir otra cuenta de correo. Benny ya lo había hecho en una ocasión. No había ningún motivo para pensar que él...

Benny.... El teléfono móvil que tenía para ponerse en contacto con él estaba también en el maletín. Se suponía que no dejaba ningún rastro, ¿pero podrían ser localizadas las personas a la que Ria llamaba?

El miedo crecía en su pecho mientras consideraba aquella posibilidad. Para alguien con suficiente dinero y poder, no había ninguna tecnología que no pudiera ser utilizada para rastrear el número de Benny. De lo que deducía que podía estar a punto de sufrir el mismo destino que había padecido Luz.

Pero Ria había jurado que ningún inocente volvería a morir por culpa suya.

Tras tomar una decisión, intentó pensar la manera de entrar en la

casa y sorprender al intruso. A esas alturas, ya tenía que saber que estaba allí.

De modo que tomaría otras precauciones. Había una ruta de escape de la casa, aunque ella siempre había considerado la posibilidad de utilizarla para salir de allí, no como una alternativa para entrar. Pero si quería emboscar al intruso por sorpresa, aquélla era su única esperanza.

Dejó la linterna en el suelo y rápidamente se dirigió a la parte delantera de la casa para subir al tejado del porche. Segundos después, se izaba sobre el tejado de la casa. No tenía tiempo que perder. Estaba esperándola y, seguramente, ya había advertido su presencia. ¿Saldría a buscarla? Ella así lo creía. Y esperaba además que ni se le ocurriera pensar que era ella la que podía estar tras él.

Se puso de cuclillas y ascendió hasta el centro del tejado, donde la inclinación era menor. En aquella zona había una trampilla, probablemente destinada a facilitar la limpieza de la chimenea, pero que en aquel momento le permitiría el acceso que necesitaba.

Abrió la trampilla y descendió por una escalera hasta el ático, rezando mientras bajaba para que no hubiera sido detectada su presencia. Una vez en el suelo, sacó la pistola y llegó hasta la puerta del ático. Tomó aire, giró el pomo de la puerta y la empujó lentamente.

Primero advirtió que el resto de las escaleras estaban vacías. Un rápido vistazo a su estudio le mostró que, no sólo estaba vacío, sino que el maletín había desaparecido. Se le secó la boca. Su última esperanza de que el sistema de seguridad hubiera tenido un fallo acababa de desvanecerse.

En el dormitorio, tomó una de las almohadas de la cama y continuó bajando las escaleras. Era imposible evitar los crujidos de la madera mientras lo hacía, pero tampoco lo intentó. Pistola en mano, continuó bajando, mirando hacia ambos lados para detectar

cualquier movimiento.

Estaba ya a cuatro escalones del suelo. Se detuvo y miró en la oscuridad. Allí, una sombra acababa de moverse ligeramente, como si se estuviera preparando para asaltarla. Un paso más. Contuvo la respiración y lanzó la almohada por delante de ella.

Una figura negra se abalanzó hacia la almohada. Tardó menos de un segundo en darse cuenta de su error, pero fue el tiempo que Ria utilizó en su favor. Saltó al vestíbulo, giró y le dio una patada en los riñones.

Su oponente se tambaleó, pero no cayó al suelo. Alzó el brazo y Ria oyó un ruido sordo por encima de su cabeza. Llevaba una pistola con silenciador. Ria disparó rápidamente dos tiros y rodó en el suelo para buscar refugio en la siguiente habitación.

Envalentonado, el intruso salió de la esquina en la que se había escondido y disparó otra vez, haciendo añicos una lámpara.

Ria alzó la pistola y disparó dos veces más. Oyó el grito de dolor de su contrario; la bala le había rozado el brazo. Oyó que algo caía al suelo. Un intenso dolor explotó entonces en su mano, obligándola a abrir los dedos. Estuvo a punto de dejar caer el arma, pero la sujetó a tiempo con la otra mano.

Saltó entonces hacia su enemigo, golpeándole la cabeza con el cañón de la pistola. Él esquivó el golpe, pero no pudo evitar el siguiente, que le destrozó el puente de la nariz. Ria alzó la rodilla con intención de rematarlo, pero el hombre la agarró por la garganta y la hizo girar hasta que cayeron ambos al suelo. Rodaron por tierra, batallando por el control de la pistola. En la refriega, el hombre perdió su máscara. Estaban suficientemente cerca como para que Ria pudiera reconocer el rostro del hombre que había contratado a Jake para que la matara.

Ria se colocó sobre él, utilizando la rodilla para presionarle la

entrepuerta. Pero a pesar de su postura, podía sentir que estaba perdiendo terreno. Tenía la mano derecha inutilizada y, aunque él también estaba herido, tenía más fuerza en su brazo bueno que Ria. Poco a poco, la pistola comenzaba a estar fuera de su alcance.

Una voz rasgó entonces la oscuridad, interrumpiendo aquella batalla mortal.

—Colton, me desilusionas. Si no te conociera, diría que estás intentando quitarme el trabajo para el que me has contratado.

Una figura entró en la habitación; había demasiada oscuridad como para distinguirla a aquella distancia, pero la voz le resultó a Ria inmediatamente familiar. Jake se acercó a los contendientes y apuntó a Colton en la sien.

—Suelta la pistola, Ria. Con mucho cuidado.

Ria sintió hielo en las venas. ¿Cómo podía haber entrado Jake? La sensación de haber sido traicionada era tan intensa que le destrozaba el corazón. Buscó sus ojos, pero no vio compasión en sus profundidades. Sin embargo, pensó, no era a Jake a quien debía culpar, sino a sí misma por haberle dado el arma que podía utilizar contra ella.

—No me hagas decírtelo otra vez —le advirtió Jake.

—Tarrance, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —Hendricks por fin pareció recuperar la voz.

—Me contrataste para hacer un trabajo, ¿recuerdas? Tenía una semana, Colton, y no me gusta que hayas cambiado las reglas sin decírmelo.

—¿Entonces a qué demonios estás esperando? ¡Dispara!

—¿Ahora?

Al ver que Jake parecía a punto de obedecer, Hendricks dijo precipitadamente:

—Espera, idiota, déjame levantarme.

Jake alargó la mano hacia la pistola que descansaba todavía entre ellos y se la metió en la cintura del pantalón. Ria se levantó lentamente y retrocedió. Su mirada volaba de uno a otro. Sería el colmo de la crueldad morir cuando estaba a punto de descubrir la respuesta que había estado esperando durante seis largos años.

Pero más cruel sería morir a manos del único hombre que la había hecho sentirse, al menos durante algún tiempo, plena.

—¿A qué está esperando? —Hendricks se limpió con la manga del jersey la sangre que cubría su rostro—. Mátala ahora.

—Preferiría que antes me pagara —Jake esbozó una sonrisa letal—. Comprenderá que, después de haberlo encontrado aquí, no pueda fiarme de usted.

—Puedo ingresar ese dinero en su cuenta casi inmediatamente. Faltaban solo unas horas para que acabara el plazo. No puede culparme por haber imaginado que había cambiado de opinión.

—Pues se ha equivocado —confundida, Ria lo vio apuntar a Hendricks con la pistola—. Ria, agarra la otra pistola.

—¡Hijo de perra! —Hendricks se abalanzó hacia delante, pero se detuvo bruscamente al ver la pistola de Jake.

Jake sonrió.

—¿Por qué no me da un motivo para disparar? Después de lo que le ha hecho a Ria, no será difícil resultar convincente.

El dolor superaba a su capacidad de comprensión, pero aun así, Ria dio un paso adelante y tomó la pistola que se había guardado Jake en la cintura.

Hendricks curvó los labios al verla.

—No sabes con quién estás tratando. Si me matas, no habrá un rincón en esta tierra en el que puedas esconderte.

—Pues la verdad es que sí lo sé —lo corrigió Ria, manteniéndose a una prudente distancia de Jake. El alivio se fundía con una

desconcertante sensación de júbilo—. Coronel C. Albert Hendricks. Pero su nombre de civil es Chad Hendricks, ¿verdad? Asesor especial del Secretario de Defensa, Samson.

Clavó la mirada en aquel hombre que tanto sufrimiento le había causado, extrañada por su propia falta de sentimientos.

—Si él es el hombre al que ha estado chantajeando durante los últimos cuatro años, algo me dice que no va a lamentar mucho su muerte.

El ayudante Ralston aparcó al lado de la camioneta que había aparcada en la carretera y estiró el cuello para mirar hacia su interior. No había nadie en el asiento delantero, pero eso no implicaba necesariamente que estuviera vacía. Un silbido escapó de sus labios. Radió el número de matrícula y no podía decir si realmente le había sorprendido descubrir que se trataba de un coche a nombre de Jake Tarrance.

No era la primera vez que había descubierto uno de los coches de Tarrance aparcado por allí. Y sabía exactamente a qué distancia estaba de la propiedad de Kingsley. Esa zorra podía poner todas las excusas que quisiera, pero no podía tener ninguna excusa que justificara un encuentro con el jefe del crimen organizado de Columbus. Con una risa, Ralston palmeó la cámara digital que tenía a su lado. Una imagen siempre valía más que mil palabras.

Hendricks parpadeó ligeramente, pero continuó con la mirada fija en Ria.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —los sentimientos de los que había creído carecer unos minutos atrás, retornaron con fuerza—. Formó su propio equipo, pero no sé si lo hizo a petición de Samson o fue una idea propia. Cada uno de nosotros había sido seleccionado cuidadosamente y usted era el único vínculo entre todos nosotros.

¿Cuál era su misión? ¿Ante quién teníamos que responder?

—¿No lo sabes? En ese caso, la droga es tan eficaz como un disparo, ¿verdad?

De pronto, Jake, que permanecía en silencio al lado de Ria, se abalanzó sobre Hendricks, lo agarró por la camisa y le dio un puñetazo que lo tiró al suelo.

—Recordarnos lo que hizo no es la mejor manera de permanecer vivo —le aconsejó Jake.

Con movimientos de experto, le palmeó los bolsillos. De uno de ellos sacó las llaves del coche, del otro, un pequeño estuche de plástico negro con una luz verde en una esquina.

—¿Qué es eso?

Como Hendricks continuaba en silencio, Jake se acercó a la pared y encendió la luz. Cuando Ria vio el estuche, sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Es un detonador.

—Así que recuerdas cosas del pasado —dijo Hendricks con una desagradable sonrisa—. Quizá también recuerdes lo que significa la luz verde. Si tienes interés en seguir viva, tendremos que salir de aquí en diez minutos.

—Es mentira —Jake lo miró con los ojos entrecerrados—. No creo que fuera capaz de llevar encima un explosivo que pudiera acabar también con su vida.

—A lo mejor está dispuesto a darnos algunas respuestas durante estos minutos que quedan —Ria miró al antiguo militar—. ¿Qué me dice, coronel? No hay nada que nos impida a mí y a Jake marcharnos de aquí y dejarlo en el interior de la casa.

—Si quieres respuestas, tendremos que salir de aquí. Tengo documentos que lo explican todo, todos puestos a resguardo. Vamos —bajó la voz—. ¿No quieres saber cuál es tu verdadero nombre? ¿No

quieres saber si tienes a algún familiar esperándote en alguna parte?

No sólo era un traidor, sino un maestro en psicología.

—Ya sé cuál es mi verdadero nombre —advirtió que Jake giraba la cabeza hacia ella sorprendido, pero no lo miró. No apartaba los ojos de Hendricks—. Karen Starkey —advirtió la sorpresa que reflejaba su rostro—. Y no me sorprendería enterarme de que usted mismo me echó una mano para que formara parte de la Agencia de Inteligencia Militar.

Hendricks dio un paso hacia ella con el rostro convertido en una máscara de odio.

—Sí, yo te recomendé. Maldita sea, me debías todo lo que habías llegado a ser. ¿Y qué hiciste? Traicionaste a tu país y a tu equipo.

La adrenalina se fundía con el miedo en el estómago de Ria. Aquélla era, entonces, su verdad. Si es que realmente podía creer a aquel hombre.

—Cuénteme lo que ocurrió.

Vieron los faros de un coche acercándose a la casa. Hendricks se acercó a la ventana y corrió las cortinas.

—Es alguien de la oficina del sheriff, Ria.

Pero a Ria estaba a punto de acabársele la paciencia.

—Dígame ahora, Hendricks.

—Se está bajando del coche —informó Jake desde la ventana.

Como si las palabras de Jake fueran el único catalizador que necesitaba, Hendricks se puso en acción.

—Esos hombres pertenecían a un cuerpo de operaciones especial. Era una unidad creada por Samson, previa recomendación mía, y sólo tenía que responder ante él. El equipo estaba destinado a realizar misiones de las que habría sido políticamente arriesgado hacer publicidad. Desgraciadamente para todos nosotros, en la segunda misión era necesaria una mujer. Y pensé en ti.

—Uno de tus ayudantes se dirige hacia la casa —avisó Jake.

El pánico cubrió el rostro de Hendricks.

—Ven conmigo y te enseñaré todas las pruebas que quieras —se levantó del suelo, a pesar de la pistola con la que Ria lo apuntaba—. ¿Quieres dinero? Puedo ofrecerte millones.

El sonido de un golpe en la puerta de la entrada hizo saltar a Hendricks hasta la puerta de la habitación. Jake le dio un puñetazo, tirándolo al suelo.

En cuanto oyó crujir los escalones del porche, Ria comprendió lo que estaba pasando.

—Ha colocado el otro dispositivo en la puerta de la entrada —corrió hacia Jake y lo empujó para que se moviera—. Salgamos por la ventana del comedor, ¡vamos!

Corrieron hacia allí. Jake agarró una silla, rompió el cristal de la ventana y sacó a Ria antes de salir tras ella.

—Aléjate de la puerta —le gritó Ria a su ayudante, mientras ellos corrían para ponerse a distancia de la casa—. Aléjate de esa puerta, no la toques.

La explosión desgarró la noche. La fuerza de la onda expansiva la lanzó al aire. Hubo un instante de terror antes de que todo se sumiera en una oscuridad absoluta.

Capítulo 11

Tres meses después...

La espuma de las olas se arremolinaba alrededor de los tobillos de Ria mientras ésta caminaba por la playa. La mayor parte de los turistas que había elegido Costa Verde en vez de Río de Janeiro por su belleza y su soledad, debía estar cenando en aquel momento, o disfrutando de los entretenimientos nocturnos. En el raro tiempo que tenía libre, aquélla era su parte favorita del día, el momento en el que el sol teñía el cielo de rosa y oro y se preparaba para su rápido descenso por el horizonte.

Con los edificios de los hoteles a su espalda y la mirada fija en el lugar en el que el cielo se fundía con el horizonte, era fácil olvidarse de que debería regresar al puesto que ocupaba de responsable de seguridad de un hotel en sólo unas horas. En cambio, su mente estaba llena de las noticias que llegaban de los Estados Unidos.

Los medios de comunicación de Norteamérica continuaban informando sobre el ex Secretario de Defensa, Samson, que no había tenido oportunidad de contener el huracán de especulaciones y críticas que se había levantado durante las últimas semanas. La muerte de Ralston apenas había llamado la atención, pero la muerte de Hendricks había tenido un gran coste para su jefe.

Ria imaginaba que Hendricks había acumulado información suficiente sobre las misiones Pegaso como para chantajear a Samson. De modo que para ella no había sido ninguna sorpresa descubrir que Hendricks había dejado muchas pruebas en manos de su abogado, al que había ordenado que las hiciera públicas tras su muerte. Las primeras noticias habían salido a los pocos días de la explosión que

había destrozado su casa. La mayor parte de las respuestas que había estado buscando habían recibido cobertura informativa. Pero Ria se sentía como si estuviera escuchando y leyendo información sobre otra persona.

Hizo un dibujo en la arena con el pie y observó cómo lo borraba el agua casi de inmediato. Durante mucho tiempo, comprendió, Karen Starkey había sido como esa línea que había trazado en la playa. En el momento en el que se había negado a llevar a cabo la última misión que le habían encomendado, había firmado su sentencia de muerte.

Los detalles estaban en los archivos de Hendricks. En su sexta misión, Samson los había enviado a Puerto de Ponce para asesinar al primer ministro y ayudar a las guerrillas partidarias de un cambio de gobierno que permitiera una alianza con los Estados Unidos. Pero cuando se estaban acercando a la isla, le habían planteado la necesidad de volar la casa del primer ministro y matar a toda su familia. Según aquellos documentos, Starkey, ella, prefería acabar con Lelaue al día siguiente, cuando estuviera solo.

Pero no había lugar para la disensión en el Pentágono.

Uno de sus antiguos compañeros de equipo le había inyectado una droga diseñada específicamente para su unidad, con intención de salvarle la vida, aunque para ello tuviera que borrar su pasado. Pero el jefe del equipo había insistido en seguir el protocolo exigido por Samson: la disensión implicaba la muerte.

Ria pensaba que, probablemente, Hendricks había sido el francotirador que había estado a punto de matarla en su casa. Y después de fallar, había decidido buscar a alguien que hiciera el trabajo por él.

Como pensar en Jake le resultaba demasiado doloroso, se concentró en lo que había estado descubriendo sobre su pasado.

La huérfana Karen Starkey estaba en realidad tan sola como

Rianna Kingsley. Su padre había sido un general del ejército que la había educado solo tras la muerte de su madre. Su infancia había sido un constante trasiego, de una base militar a otra. El general Arnold Starkey había muerto un año después de que Ria se incorporara al ejército.

Ria imaginaba que habría estado orgulloso de que la eligieran para formar parte de un grupo de élite.

Curiosamente, cuanto más información tenía sobre el equipo Pegaso y las labores que realizaba siguiendo la particular percepción de Samson sobre la justicia y el honor, más agradecía su falta de memoria. Todavía podía recordar nítidamente los rasgos de los dos hombres que había matado. ¿Cuántos otros rostros la perseguirían si conservara la memoria?

Ingenuamente, en otro momento había llegado a creer que con el simple hecho de saber, cesarían las preguntas que la habían estado volviendo loca durante los últimos seis años. Y había descubierto, de hecho, muchas de las respuestas. Según los archivos de Hendricks, Samson había ordenado matar al resto del equipo después de que dos de ellos hubieran fracasado en su intento de matarla. Y a pesar de que él había intentado protegerse de cualquier posible consecuencia, Hendricks había muerto, al igual que Ralston, en la explosión.

Pero el hecho era que Luz continuaba muerta. Y, por lo menos eso se decía en Fenton, también Rianna Kingsley y Karen Starkey. De alguna manera, cuando pensaba en la conclusión de aquel capítulo de su vida, Ria nunca había imaginado que terminaría adoptando otra identidad, aquella vez la de Andrea Clauson. Huyendo una vez más.

Las olas eran más fuertes en aquel momento y alcanzaron el borde de su falda blanca de encaje. Con aire ausente, se levantó la falda con ambas manos. Había huido de nuevo ante la insistencia de

Jake. Estaba tan desconcertada por lo ocurrido que había permitido que la metiera en el coche que la estaba esperando. Una vez allí, Jake le había entregado los documentos de su nueva identidad y la había llevado en su avión a un lugar situado en Jamaica. Ninguno de ellos había previsto lo que ocurriría cuando Hendricks desapareciera de escena.

El recuerdo de Jake le resultaba doloroso. Y tener noticias suyas era mucho más difícil que estar al tanto de las noticias sobre Samson. En los medios de comunicación nunca aparecía nada sobre él, aunque Ria buscaba diariamente en Internet y no dejaba de leer los periódicos de Columbus. Sin embargo, varias semanas atrás había encontrado una referencia a la salida de Enrico Álvarez de la prisión de Donaldson.

Aunque prefería creer que el hecho de que no hubiera noticias significaba que Jake probablemente todavía estuviera vivo, sabía mejor que nadie que una persona podía desaparecer sin que ello provocara muchas preguntas.

Se volvió para mirar de nuevo hacia la playa. Al ver lo lejos que estaba, comenzó a retroceder. Las respuestas que había estado buscando sobre su pasado eran solo eso, respuestas. Aliviaban su mente, no su dolor. No cambiaban nada. Y al descubrirlas, su vida se había quedado sin dirección.

Sin aquella búsqueda a la que tanto se había entregado, a veces se sentía como si estuviera flotando, esperando a que ocurriera algo. Y eso tenía que cambiar. Ya llevaba demasiado tiempo sintiéndose como una espectadora de la existencia de los otros. Ya era hora de que comenzara a labrarse su propia vida, aunque todavía no pudiera decidir lo que eso suponía. Y aunque estaba segura de que en ella no incluiría a ningún hombre con el que pudiera compartirla.

Ria se interrumpió para observar la bola de fuego que se hundía en el mar. Pero no estaba tan absorta en aquella contemplación como

para no darse cuenta de que ya no estaba sola. Miró por encima del hombro y vio a un hombre en la distancia, caminando hacia ella. Desde allí le resultaba imposible distinguir sus facciones, pero su caminar le resultaba familiar. Frunció el ceño. No sería raro que se tratara de Carlos, intentando que le cambiara el turno para así poder salir él con alguna turista a la que le hubiera echado el ojo.

Pero estaba prácticamente convencida de que no era él. Aquel hombre era más alto, más fuerte, y caminaba con una determinación de la que carecía el guardia de seguridad. Era como si, de alguna manera, su mente acabara de conjurar la imagen de Jake Tarrance. Sabía que la ilusión se desvanecería en cuanto parpadeara, así que continuó con la mirada fija, observando aparecer los detalles del rostro del hombre a medida que se acercaba. Era un juego inofensivo, aunque, en el caso de que estuviera vivo, Jake no tenía manera de saber dónde estaba. Y menos todavía, razones para seguirla.

Ria cerró los ojos y los volvió a abrir. Realmente, no podía culpar a su mente por jugarle aquella mala pasada, porque aquel hombre con gafas de sol se parecía muchísimo a Jake.

Contuvo la respiración. A medida que el hombre fue acortando la distancia, pudo reconocer la cicatriz que cruzaba su mejilla. Tuvo que lidiar con su propia incredulidad. Porque aquel hombre era Jake Tarrance. Y, a excepción de una pequeña cojera, en él no había nada diferente al hombre que ella recordaba.

El júbilo surgió en su interior, tan puro y tan fuerte que estuvo a punto de marearse. Su asombro no era menor, pero ninguno de aquellos sentimientos se reflejó en las palabras que salieron de sus labios.

— ¿Cómo me has encontrado?

Jake curvó los labios en una media sonrisa y aceleró el paso.

— Sabía que sería lo primero que me dirías.

Se quitó las gafas de sol y la recorrió con la mirada.

—Hola, Ria.

Ria tuvo unas décimas de segundo para reconocer el brillo de sus ojos antes de que Jake devorara sus labios.

La tierra pareció mecerse bajo sus pies. Los labios de Jake eran demandantes y la respuesta de Ria lo fue todavía más. Había sido muy fácil decirse a sí misma que había exagerado en el recuerdo la intensidad con la que reaccionaba ante él. Pero la realidad se burlaba de todas sus racionalizaciones.

Pasaron unos minutos deliciosos antes de que Jake se separara de ella para tomar aire. Pero no la soltó. Continuó estrechándola con fuerza contra él.

—Bueno, tengo que reconocer que la bienvenida ha sido mucho mejor de lo que esperaba. Quizá éste sea un buen momento para admitir que he hecho que te siguieran.

—¿Qué? ¿Dónde? —Ria pestañeó confundida.

Como si hubiera previsto el momento exacto en el que iba a registrar lo que querían decir sus palabras, Jake retrocedió y le soltó la cintura.

—Aquí, desde mi casa. Imaginé que huirías, y es lo que hiciste. Pero he tenido a un par de personas detrás de ti desde que te fuiste de Jamaica.

La emoción que Ria había experimentado se enfrió inmediatamente.

—Me has seguido...

Su tono amenazador no pareció perturbarlo. Asintió rápidamente, sin dejar de mirarla.

—Exacto, no quería perderte para siempre y, dado tu cálido recibimiento, te costará hacerme creer que no te has alegrado de que te haya encontrado. Yo diría que, en esta ocasión, el fin justifica los

medios.

Parecía absolutamente complacido consigo mismo.

—Tú siempre tiendes a pensar que el fin justifica los medios, ¿verdad? —buscó sus ojos—. Me enteré de que habían soltado a Álvarez, pero los medios de comunicación no decían nada sobre ti. No sabía...

—No había ninguna noticia que dar. Lo soltaron pronto. Hendricks lo había arreglado todo antes de meterse en tu casa. Probablemente pensó que así nos ocuparíamos el uno del otro y de esa forma no tendría que preocuparse de que yo hablara.

—¿Y al final qué ocurrió entre vosotros?

Jake vaciló. La bala que le hacía cojear era una herencia de su primer encuentro con Álvarez en diez años. Pero Álvarez tampoco había salido indemne.

—Tuvimos un encuentro bastante corto. La policía ha estado encima de mí desde que liberaron a Álvarez. De modo que consideré que lo más lógico era retirarse y volver a examinar la situación.

Con la clase de atención que estaba recibiendo por parte del Departamento de Policía de Columbus, sabía que iba a necesitar más paciencia que antes para poder organizar un fin adecuado para Álvarez. Y después de diez años de espera, aquella perspectiva no debería haberlo inquietado tanto.

Pero el escuchar las noticias sobre Samson sabiendo lo que cada uno de aquellos detalles estaba suponiendo para Ria, había incrementado su impaciencia. Pasarían años hasta que pudiera acercarse a Álvarez sin que cayeran inmediatamente sobre él. Y no tenía tanto tiempo.

Lo único que tenía era un deseo incontenible de volver a ver a Ria. La idea de la venganza lo había sostenido durante una época, pero había demostrado ser ineficaz a la hora de borrar sus recuerdos de

Ria.

—Así que... continúa vivo.

—Digamos que he retrasado su ejecución —la corrigió Jake.

Pero aquella frase no fue acompañada de la habitual oleada de resentimiento.

—He hecho algunos cambios en mi organización —continuó bruscamente. La agarró por los codos, acariciándola suavemente con los pulgares—. Me llevará algún tiempo, pero contaré con algunas fuentes legales de ingresos —y las ilegales terminarían en manos de Cort con el tiempo—. Durante un par de años, no podrán ser completamente legales, pero a la larga lo serán. Supongo que para ti es algo importante.

Por la expresión de Ria, ésta parecía haberse perdido lo verdaderamente importante de aquella noticia.

—Bueno, si de esa forma puedes permanecer fuera de prisión, supongo que es importante.

—La cuestión es si será suficiente para mantenerme en tu vida.

Jake hizo una mueca mientras se oía a sí mismo. Hasta ese momento, la delicadeza nunca le había parecido algo importante.

El sol estaba cediendo paso a la noche. Y tenía la sensación de que sus oportunidades morirían con él.

—En los documentos de Hendricks no hay nada que indique lo contrario, de modo que debemos suponer que Samson sabe que estás viva. Tendrás que permanecer escondida durante varios meses, posiblemente años, si hay un procedimiento penal, que es lo más probable. ¿Has pensado en hacer pública tu situación? El cielo sabe que el gobierno te debe al menos seis años de vida. Puedes testificar contra Samson.

Ria le dirigió una media sonrisa.

—¿Y qué podría decir yo? En los archivos de Hendricks hay

mucha más información de la que yo puedo dar. No puedo recordar nada de esas misiones y no tengo manera de vincular a Samson con ninguna de ellas. Es posible que aún así siga siendo un objetivo para él, pero tengo más oportunidades si permanezco oculta.

Jake se la quedó mirando fijamente y asintió.

—Entonces me quedaré contigo.

Ria intentó hablar, pero tuvo que aclararse la garganta.

—¿Quieres... quieres quedarte aquí?

Jake se encogió de hombros y la miró intensamente a los ojos.

—Aquí o en cualquier otra parte, pero contigo. Eso es lo único importante. Lo único que sé del amor es lo que sentí por mi hermana, pero en ti hay algo que me dijo algo desde el momento en el que te vi en el restaurante —algo más que deseo, recordó—. Quiero mantenerte a salvo, y quiero estar a tu lado en medio de toda esta locura. Y cuando decidas lo que quieres hacer con el resto de tu vida, quiero que me incluyas en tu decisión.

No era una declaración poética de amor. Jake no tenía experiencia en aquella clase de sentimientos, Ria lo sabía. Y tampoco ella. Pero con sus palabras llenaba el vacío que crecía en su interior. Y de repente resultaba más fácil contemplar el futuro que se extendía ante ella.

Lentamente, caminó hasta sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Menudo par. ¿Cómo podemos esperar encontrar nuestro camino cuando ninguno de nosotros tiene la menor idea de a dónde va?

—Lo averiguaremos juntos. Por lo menos eso es lo que yo quiero hacer.

Ria inclinó la cabeza para mirarlo. Nunca le había resultado fácil confiar, y confiar en Jake le había parecido suicida. Pero, por una vez,

sus sentimientos la aventuraban hacia un lugar al que su mente nunca iría. Y si no hubiera sembrado ya las semillas de la confianza en Alabama, seguramente no le habría dolido tanto la supuesta traición de Jake cuando había entrado con Hendricks en su casa. Todavía no comprendía cómo podía haberse forjado un vínculo entre ellos a pesar de todas sus defensas. Pero sabía que quería que estuviera a su lado mientras exploraban el futuro.

—Yo no sé mucho sobre el amor.

—Yo tampoco, pero tengo la sensación de que vamos a aprenderlo todo juntos.

Y mientras cubría su boca, su última palabra resonaba en los oídos de Ria como una resplandeciente promesa.

Juntos.

Epílogo

La adolescente de catorce años cerró el libro con expresión culpable cuando oyó a su abuela en la puerta. Todavía no había barrido la casa y la cena no estaba preparada. Una vez más, se había quedado absorta en el asombroso mundo de la biología y había perdido de vista la realidad.

Se levantó rápidamente y comenzó a cortar las verduras que había comprado en el mercado, al volver del colegio. Su abuela entró y suspiró al ver los libros en la mesa. Aquella niña era tan testaruda como lo había sido su madre.

—Ya estás perdiendo el tiempo con esos libros.

La universidad no es para la gente como nosotros —se dirigió hacia la niña y la apartó de la mesa. Con manos rápidas y expertas, comenzó a cortar las verduras—. ¿Has comprado carne?

—Estaba muy cara. He pensado en hacer un estofado de verduras.

Su abuela asintió. La carne era un lujo que sólo podía permitirse un par de veces a la semana si su marido hacía suficientes viajes en taxi.

—Tienes una carta en la mesa. No habrás empezado a enviar solicitudes para la universidad, ¿verdad?

—No, abuela.

La niña agarró el sobre. Aunque era largo y estrecho, no llevaba la dirección de ninguna universidad. Frunció el ceño y lo giró con curiosidad, no, no figuraba ninguna dirección. Con movimientos rápidos, lo abrió y sacó la única hoja que había en su interior. La curiosidad cedió inmediatamente paso al enfado, seguido de una

melancolía a la que ya estaba acostumbrada.

Querida Maria:

No puedes imaginarte cuántas veces he pensado en ti durante todos estos años. Cuántas veces he deseado que hubiera sido mi vida en vez de la de tu madre la que hubieran arrebatado. Luz tenía un gran corazón y murió precisamente por ayudar a una desconocida. Jamás me he perdonado por haber llevado el peligro a vuestra pequeña parcela de la isla.

Durante muchos años, he estado buscando la respuesta a lo que ocurrió aquel día. Por fin la he encontrado, pero eso no ha cambiado nada. Continúa faltándote una persona que vivía por ti. Eso no puede cambiar.

María se secó las lágrimas con impaciencia. La pérdida de su madre le había destrozado la infancia y era una herida que continuaba doliéndole.

No puedo reparar la deuda que contraje con tu madre, y eso es algo que continúa persiguiéndome. Pero recuerdo lo orgullosa que estaba de ti. Y sé que habría hecho todo lo que estuviera en su poder para que no perdieras una sola oportunidad.

He estado al tanto de tu vida durante todos estos años y sé que quieres ser enfermera. Creo que tu madre estaría muy orgullosa. El número de cuenta que aparece debajo es el de una libreta a tu nombre. Allí tienes dinero suficiente para pagarte los estudios.

Ante la mirada interrogante de su abuela, María sacó una silla y se sentó. Apretó con fuerza la carta en la mano. Una pequeña semilla de esperanza comenzaba a arraigar en un terreno en el que antes sólo había una gris resignación.

Sé lo que es vivir con un vacío en el interior que probablemente nunca podrás llenar. Cada una de nosotras debe encontrar la manera de reconciliarse con el pasado. Yo hace muy poco que he aceptado el

mío. Espero que, siguiendo tu sueño, el sueño que Luz tenía para ti, puedas conseguirlo tú también. Ángel.

Una lágrima se deslizó sobre la hoja, empapando la tinta. Y después otra. Alarmada, su abuela exclamó:

—María, ¿son malas noticias?

La niña negó con la cabeza y le tendió la carta a su abuela para que la leyera.

—No, abuela, no son malas noticias. Creo que podría ser un milagro.

FIN